

CURIOSIDADES NATURALES
Y
CARÁCTER SOCIAL
DE LOS ESTADOS UNIDOS (I)

II

LA CIUDAD DE FILADELFIA
Y EL CARÁCTER DE LOS NORTE-AMERICANOS

1. De Nueva York á **Filadelfia**. Aspecto de esta ciudad.—2. El tratado de Penn con los indios. La tumba de Benjamín Franklín.—3. Cementerios.—4. El Parque de Fairmount.—5. La Exposición centenal de 1876. Grupo de la Libertad religiosa. Ofrenda á Mr. Welsh.—6. Colegio Girard. Templo masónico. Casa Consistorial y otros edificios.—7. Paralelo entre Nueva York y Filadelfia. Los Cuákeros.—8. Antagonismo entre norte-americanos é ingleses.—9. Rasgos más sobresalientes del carácter norte-americano.

1. Aun cuando de Nueva York á Filadelfia se puede ir por mar hasta Sandy Hook á la vista de la costa, que es muy pintoresca, la travesía dura unas seis horas, y el trayecto que hay que recorrer desde la última de estas poblaciones hasta la bella ciudad del Delaware, es triste y monótono por la aridez del terreno que se cruza. Son muchos, por lo tanto, los

(I) Véase la pág. 48 de este tomo.

viajeros que toman el ferrocarril directo con economía de tiempo, si no de precio de pasaje, porque la distancia entre aquellas dos capitales, que es de 144 kilómetros, se recorre en menos de tres horas.

Al salir de Nueva York se cruza el Hudson en un *Ferry* y se desembarca en Jersey City, donde se toma el tren y donde además de las grandes estaciones de los ferrocarriles existen los muelles y diques de los famosos vapores de la empresa Cunard. De seis á nueve estaciones intermedias se pasan durante el viaje, según la línea que se tome. La campiña es llana; abunda en praderas cercadas y presenta de vez en cuando algunos rodales de roble de diferentes edades. Los alrededores de Jersey City son pantanosos, crían mucha hierba y parecen casi del todo improductivos, lo cual forma un notable contraste con las grandes edificaciones de la ciudad y su término, con las suntuosas obras de los ferrocarriles y con la animación y movimiento que por todas partes se observa.

Una de las mejores estaciones de Filadelfia es la de la parte occidental de la ciudad (*West Philadelphia*) separada de la oriental, que es la más antigua y poblada, por el río Schuylkill, afluente del Delaware, al cual se reúne un poco más abajo de la población.

Apenas se sienta la planta en la hermosa ciudad fundada por el inmortal Penn, ya se presentan á la vista del viajero para despertar su admiración, como prueba palpable de la febril actividad de los norte-americanos, dos soberbias construcciones; una, la grandiosa estación de *West Philadelphia* ya citada, que yo he visto levantar desde los cimientos y concluir del todo, en menos de cinco meses, y otra el puente sobre el Schuylkill de la calle de Market, de 162 metros de longitud, que viene á parar cerca de aquella estación y que fué construído por la compañía del ferrocarril de Pensylvania en *veintiun días*. Esta obra, ejecutada en sustitución del puente anterior, que se quemó el 20 de noviembre de 1875, costó, apesar de ser de madera, 56.500 dollars, y tiene la anchura necesaria para el paso de los trenes, con doble vía, tramvías y gente de á pie. Esta comunicación era de absoluta necesidad para los viajeros y habitantes de Filadelfia, porque es la más fre-

cuentada para pasar de una á otra parte de la ciudad. El Ayuntamiento ó Consejo municipal no disponía por el pronto de los fondos necesarios para reedificar el puente incendiado, y ante el conflicto de la paralización de aquella vía pública, la empresa del ferrocarril se prestó al anticipo de los gastos y comprometióse á hacer la obra en aquél tan breve plazo, contando de antemano con un experto ingeniero. Así se trabaja en aquel país donde la divisa de todos es siempre el famoso *Go ahead!* (¡adelante!) y donde el tiempo es oro, *time is money!* como repiten á cada paso los norte-americanos.

Es Filadelfia la ciudad de mayor superficie ó ámbito de todos los Estados Unidos, y la que después de Nueva York, tiene mayor número de habitantes. Su descripción exigiría volúmenes enteros, si se hubiese de dar cuenta de todos sus monumentos, institutos, corporaciones y bellezas de todo género, á cuyo fin no responden los ligeros *relatos* que forman el plan del presente trabajo, encaminados tan sólo á poner de relieve algunos rasgos fisionómicos propios del país al cual se contraen.

2. Dos siglos hace que Guillermo Penn, el cuákero incorruptible y austero que fundó la ciudad, celebró con los indios un tratado para adquirir el terreno sobre el cual se construyeron los primeros edificios. Este solemne acto tuvo lugar á la sombra de un corpulento olmo, desaparecido hace un siglo, y en el sitio que ocupa hoy un modesto monumento de piedra levantado en la calle Beach, un poco más arriba de la de Hanover. Filadelfia se ha envanecido siempre, y con justísima razón, de que la fe prometida en aquel singular tratado no fué quebrantada nunca, habiendo sido el único celebrado sin expreso juramento. Lástima grande, que aquella pequeña pirámide que recuerdo el hecho (1), hoy casi olvidada, no haya sido sustituida por su grandioso monumento, admiración del mundo, donde todas las generaciones aprendieran á

(1) La inscripción grabada en una de las caras de la pirámide dice así: *Treaty Ground of William Penn and the Indian Nation, 1682.*—UNBROKEN FAITH. (Lugar de la celebración del tratado de Guillermo Penn con la nación indiana, en 1682.—La fidelidad prometida jamás se quebrantó.)

conservar aquel espíritu de noble independencia, caridad y justicia que inspiró al insigne cuáquero el deseo de establecer en el lugar de *Coaquanock*, así llamado entonces por los indios, una provincia «donde los oprimidos y desgraciados de todas las naciones formaran un pueblo enteramente libre, bajo la égida de un Gobierno que, viviendo en fraternales relaciones con los indígenas, sirviese de ejemplo al mundo.» Por eso dió Penn el nombre de *Philadelphia*, amor fraternal, á su naciente ciudad, llevando allí la savia europea, ¡cosa pocas veces vista en el mundo! no por medio de las armas y la conquista, sino con la bandera de paz en una mano y el libro de la justicia y la fraternidad en la otra, sin violencias, sin atropellos, sin engaños, pactando con los salvajes, con igual seriedad y buena fe, como si se tratara de pueblos cultos é ilustrados. No hicieron otro tanto, por cierto, los pueblos que, invocando la sublime doctrina del Evangelio, invadieron y se apoderaron por medios violentos de los territorios más ricos del continente americano, á partir de la época de su descubrimiento. Filadelfia debe, pues, enorgullecerse de su fundador, y en tanto será acreedora á la admiración de los hombres en cuanto conserve incorruptible aquel espíritu de fraternidad y pureza de costumbres cuya atmósfera respiró al nacer, cuyas aspiraciones ha conservado después y cuyas cualidades la distinguen profundamente de todas las demás poblaciones norte-americanas, hasta el punto de merecer todavía hoy, apesar de las vicisitudes de los tiempos y de la dificultad de sustraerse por completo á la influencia de las modernas costumbres, un tanto viciadas y torcidas por la degeneración del carácter primitivo, el dictado de ciudad puritana por excelencia.

Nobles pensamientos é ideas levantadas inspira también una humilde sepultura—más humilde aún que el monumento del tratado indio—que á través de una sencilla reja descubre el visitante en el pequeño cementerio de la iglesia episcopal del Cristo, situado en la esquina de las calles Arch y Quinta. Allí, bajo una sencillísima losa, sin más adorno que un pequeño cabezal también de piedra, descansan los restos del sabio ilustre y eminente patricio Benjamín Franklin al lado de los de su esposa, enterrada con igual sencillez. La inscripción dice:

Benjamín
y
Deborach } Franklin.
1790.

y en verdad que la grandeza de aquel ciudadano incorruptible, físico esclarecido y economista insigne, no há menester de las galas arquitectónicas y retóricas para realzar sus méritos, ni para hacer vivir su nombre en la posteridad, que en tanto exista en el mundo la federación norte-americana, y en tanto la historia conserve en sus anales los hechos gloriosos de la independencia de los Estados Unidos, la memoria de Franklin irá unida á estos acontecimientos, destacándose en ellos como una de las figuras más grandes de aquel extraordinario país. Franklin representa algo más que la ciencia, hija del estudio perseverante y del ingenio sutil; es la expresión innata del patriotismo austero, del trabajo asiduo y de la sencillez puritana. Por eso, en ninguna parte mejor que en Filadelfia, cuyo espíritu histórico responde á aquellas cualidades, podían guardarse los restos de aquel patricio, en el cual parecían encarnadas las virtudes y talentos de Penn. Lástima es, sin embargo, que esta pobre sepultura, con su imponente sencillez, no ocupe lugar mejor en la ciudad, desapareciendo del sitio que hoy ocupa, donde la estrechez del cementerio y la gran circulación de gentes de negocios que por allí tiene lugar, parece como que crea alrededor de dicho sitio cierta atmósfera de indiferencia que engendra poco respeto á la memoria de aquel grande hombre.

La tumba de Franklin, sin perder su actual sencillez, debería ocupar un lugar más espacioso en un sitio de más tranquilidad y de mayores atractivos naturales. La colina de Belmont ó cualquiera otra de las más notables que graciosa y pintorescamente accidentan el magnífico parque de Fairmount, sería para el caso un lugar muy á propósito. Es extraño que con motivo de la celebración del centenario de la independencia del país, festejado en Filadelfia con su asombrosa Exposición internacional, localizada en el parque antes citado, no se pensase en coronar la fiesta, trasladando á dicho recinto los

restos mortales de aquel hombre extraordinario, y dejando en el lugar que hoy ocupa su fosa un pequeño monumento que recordase la fecha de la inhumación primitiva y la de este memorable suceso.

3. La mansión de los muertos debe ser lugar de quietud, sobresaliendo en ella las galas de la naturaleza. Estas ideas nos llevan como de la mano á decir algo de los cementerios de la ciudad. El más grande de todos, *Laurel Hill*, situado á orillas del río Schuylkill y graciosamente distribuído por un terreno ondulado, sobre el que se levantan algunas colinas y oteros cubiertos de frondoso arbolado, recuerda por su capacidad, desahogo, paisaje y perspectivas, al de *Greenwood* de Nueva York. Adornado á la entrada con un gran pórtico dórico donde descuella la estatua de Walter Scott y la alegoría de la muerte, ostenta en su recinto entre millares de tumbas de conmovedora sencillez, ricos mausoleos de un gusto exquisito. Los restos del General Mercer, que sucumbió en la batalla de Princetown, y los del Comodoro Hall, héroe naval de la guerra contra los ingleses, descansan en este lugar.

Después del de *Laurel Hill*, el cementerio más grande es el de *Woodland*, de igual belleza panorámica que el anterior, y como él, situado á orillas del Schuylkill, si bien en la margen contraria y bastante más al Sur. Entre sus enterramientos más notables figuran los del Comodoro David Porter, Almirante Steward, y teniente Greble, el primer oficial del ejército regular que murió en la guerra civil. La sepultura de este último es de una construcción tan sencilla como imponente. La familia del banquero Drexel tiene aquí un rico mausoleo, reputado por el mejor del mundo. Es todo él de mármol y afecta la forma de un templo griego sostenido por columnas dóricas.

Varios otros cementerios tiene Filadelfia no menos bellos y ricos, tales como el católico, el de *West Laurel Hill*, el de *Glenwood*, el de los *Odd Fellows*, el del monte *Moriah*, y algunos más; pero aquí no haremos especial mención más que del conocido con el nombre de *Monument*, que está en la calle Broad, cerca de la avenida Montgomery. Toma el nombre este Campo Santo del monumento en su centro levantado á la memoria de Lafayette y Wáshington, héroes de la inde-

pendencia norte-americana. En esta construcción, de carácter esencialmente simbólico, no sé si elegido con el mejor gusto, por su sabor un tanto masónico—el pedestal ocupa una superficie de 77 yardas cuadradas—la edad de Lafayette; el fuste es de 67 pies y 10 pulgadas de alto, representando á su vez la edad de Wáshington; los 13 escalones del pedestal indican el número de los primitivos Estados; las 32 muescas de la base de la columna el número de Estados cuando ésta se erigió, y los 56 pies que hay desde el punto en que el fuste cambia de forma hasta su extremidad, el número de los representantes que firmaron la declaración de independencia. Lo extraño de la idea que presidió al plan de este monumento le hacen digno de un detenido examen.

4. Como lugar de esparcimiento y solaz, nada más bello que el parque de *Fairmount*, como ya lo indica su mismo nombre de *monte hermoso*. Más de tres veces mayor que el *central* de Nueva York —su superficie pasa de 1.200 hectáreas,— más extenso también que el *Bois de Boulogne* de París, sólo le superan, de entre los más afamados del mundo, los bosques de *Epping* y *Windsor* en Inglaterra. Está situado en la parte Noroeste de la ciudad y se extiende unos 11 kilómetros á un lado y otro del río Schuylkill y de su pintoresco afluente el *Wissahickon Treek*, llegando en esta dirección, hasta las colinas de *Thesnut Hill*, que distan cerca de nueve kilómetros. Los extensos paseos que corren á lo largo de aquellos ríos, sombreados por añosos olmos, robles y tulíperos, son verdaderamente encantadores. La naturaleza agreste y caprichosa presenta en algunos sitios un aspecto sumamente pintoresco, no faltando allí, para embellecer el paisaje, rocas, saltos, cascadas, gargantas y pequeños lagos. Matizan este lindo cuadro, acá y acullá, varias sencillas y elegantes construcciones cuyo carácter se ajusta perfectamente á las condiciones del lugar. *Strawberry* y *Belmont Mansions*, *The Solitude*, *Lemoa Hill*, y los ricos pabellones de los diferentes *clubs* de regatas figuran en primer lugar. Las colosales obras y maquinaria para elevar el agua del Schuylkill á fin de surtir á la ciudad, y el grandioso jardín zoológico—uno de los más completos y suntuosos del mundo—constituyen las verdaderas

maravillas del renombrado parque. No faltan praderas, *partes*, cenadores rústicos, fuentes, pedestales, estatuas y cuantos adornos propios de esta clase de predios ha puesto en uso el gusto moderno, para aumentar los atractivos de las bellezas naturales. Los lindos monumentos erigidos, uno á la memoria de Federico Graff, autor del proyecto y primer ingeniero de las obras hidráulicas antes mencionadas, y otro rematado con la estatua en bronce del Presidente Lincoln, á cuyo recuerdo ha sido levantado, aumentan el mérito y atractivo de aquellos deliciosos lugares.

5. En su recinto tuvo lugar el año 1876 la renombrada Exposición internacional, celebrada para conmemorar el primer centenario de la independencia del país. Ninguna otra solemnidad de esta clase ha sobrepujado á la de Filadelfia, ni antes ni después, en Europa ni en parte alguna del mundo. Si, como parecen exigirlo los adelantos científicos é industriales y también los alardes de la fastuosidad y el poderío, pensase alguna nación organizar de nuevo un concurso de aquella índole, entiéndase que debe tomarse como punto de partida para superar las grandezas pasadas, no la última Exposición universal del Campo de Marte, sino la hasta ahora única del parque de Fairmount, rica, espléndida y verdaderamente colossal, como empresa ideada y llevada á cabo por el esfuerzo de un pueblo, que ante todo y sobre todo ama con delirio lo gigantesco.

Aquel grandioso acontecimiento, por ninguno otro aventajado, ha dejado memoria perpetua del patriotismo, espíritu de empresa y fuerzas industriales del pueblo norte-americano. Inglaterra y Francia, cuyas naciones son las que más se han distinguido en esta clase de esfuerzos, han dejado, la primera en su palacio de cristal, y la segunda en el bellissimo del Trocadero, un testimonio perpetuo de grandeza y ostentación, es verdad; pero también es cierto que, siguiendo en esto el procedimiento que pudiéramos llamar *européo* en materia de Exposiciones, la nación y el municipio se han hecho solidarios de los gastos, viniendo por lo tanto á gravar el Erario público, en mayor ó menor cantidad, el coste de las obras; pero en Filadelfia no sucedió esto; la Exposición se realizó por una em-

presa particular, y si bien el Gobierno federal hizo un adelanto de fondos á la compañía, ésta le reintegró religiosamente al terminarse la Exposición; apesar de haber sufrido una pérdida de casi las tres cuartas partes del capital empleado en la totalidad del negocio. Así y todo, aplicando á ello el auxilio que también recibió, tanto de la ciudad cuanto del Estado de Pensylvania, erigió en el parte el Palacio de Bellas Artes, magnífica construcción, estilo del renacimiento, hoy destinado á museo, y el Palacio árabe de horticultura, maravilla de la construcción moderna, donde el hierro y el cristal forman la base del edificio y donde se cuidan con esmero, bajo espaciosas y bien acondicionadas estufas, las plantas más delicadas, bellas y arrogantes. Estos dos permanentes monumentos pueden muy bien rivalizar con los de Londres y París antes citados.

En el mismo parque de Fairmount tuvo lugar también, durante la Exposición mencionada, un acto muy significativo, que enaltece á los anglo-americanos y que, apesar del positivismo de que se les acusa, revela la alteza de sus sentimientos y el espíritu noble y levantado de sus ideas filantrópicas y humanitarias. El día 30 de noviembre del año 1876 en que se celebró la Exposición—día festivo para los norte-americanos, que lo destinan á dar gracias al Todopoderoso por los beneficios que se digna conceder al país (*Thanksgiving Day*) y á cuyo efecto el Presidente de la República expide todos los años una orden llena de unción y espíritu cristiano, decretando dicha festividad—en este día, repito, se inauguró, asistiendo una compañía de voluntarios negros, el monumento de la *Libertad religiosa*, costado por los miembros de la *Independent Order Benal Berith* y por los israelitas de los Estados Unidos, como lo expresa la inscripción grabada en la cara izquierda del pedestal. En el paramento de la derecha se lee lo siguiente: «En conmemoración del centenario de la independencia de América,» y al frente, copiado de una de las bases de la Constitución federal del país, este admirable precepto, á cuyo cumplimiento deben los Estados Unidos en gran parte su desarrollo y poderío: «*El Congreso no podrá legislar sobre el establecimiento de religión alguna, ni prohibir el libre ejercicio de las que se profesen.*»

El grupo escultural lo componen una matrona que representa á la América sosteniendo sobre el pecho con una mano el escudo nacional, y descansando la otra sobre las fasces romanas, á la vez que sujeta una corona de laurel y un rollo que contiene la Constitución. A la derecha de esta figura y casi cobijada por la misma, aparece la de un joven con la cabeza y una mano levantada hacia el cielo, simbolizando la fe, en tanto que con la otra mano sostiene el bajel insumergible en el cual arde la llama de la religión. Del lado contrario y formando contraste con la anterior figura, vese una potente águila clavando sus aceradas garras en el cuello de una serpiente—la intolerancia,—que está enroscada en un manojo de varas y parece ocultarse bajo el manto flotante de la matrona que representa la América.

La idea de la composición es magnífica y pocas le áventajan en vigor simbólico. La ejecución á su vez es delicada, como obra del acreditado escultor norte-americano Ezekiel, premiado por la Real Academia de Berlín. Tiene la estatua principal tres metros de altura, y pesa todo el grupo quince toneladas. El costo de la obra fué de 20.000 dollars.

Son recuerdos también de la misma Exposición internacional, que enaltecen en alto grado á los *yankees*, estimados en Europa por gente que sólo se rinde al *almighty dollar*—ó como si dijéramos, genticilla para la cual únicamente es *poderoso caballero don dinero*;—los que ha dejado la institución de una cátedra de Historia y Literatura inglesa en la Universidad de Filadelfia, creada con el donativo de 50.000 dollars, que al efecto hizo el Sr. Welsh, presidente del comité de hacienda de la Exposición, cediendo para dicho fin aquella suma que le ofreció la sociedad, en premio de sus valiosos y gratuitos servicios. Por la misma causa la indicada empresa regaló al Sr. Goshorn, director del certamen, una biblioteca de cinco mil volúmenes, con un valor de 10.000 dollars. Y esto se hizo, nótese bien, por simples particulares, sin auxilio alguno de las arcas públicas y por una compañía que había perdido tres cuartas partes del enorme capital empleado en la empresa. ¿Puede citarse en Europa ejemplo alguno de semejante desinterés, patriotismo é ilustración? ¿Los servicios extraordi-

narios, se premian aquí, generalmente, de otro modo que con honores y distinciones, la mayor parte anacrónicas cuando no desprovistas de sentido común y ocasionadas á estímulo inmoral de vanidades y orgullos intemperantes? Actos de tan ilustrada filantropía como la del Sr. Welsh, ¿son comunes entre nosotros?

La Exposición internacional de Filadelfia—no me he de cansar de repetirlo—ha sido la más grande, material y moralmente, de cuantas se han celebrado en el mundo, y su memoria pasará á las generaciones venideras, como motivo de admiración y asombro, probando que en el país acusado ligeramente de positivista, hay algo que se sobrepone al egoísmo individual, y que este algo responde á los eternos ideales de la libertad fraternal, de la ilustración y del trabajo, que son los sólidos cimientos sobre que descansa el verdadero progreso.

6. Pasar revista á todos los edificios públicos y particulares de singular belleza y grandiosidad que encierra Filadelfia, fuera á la verdad un trabajo que exigiría volúmenes enteros. Las maravillas y riquezas de construcción de las metrópolis norte-americanas, apesar de los pocos años que cuentan de existencia, no entran por poco en la profunda impresión que causa la pujanza y brío de nación tan emprendedora.

Se necesitan muchos días para ver de cerca y estudiar con el debido detenimiento las iglesias, establecimientos benéficos, escuelas, colegios y universidades, museos, bibliotecas, bancos, teatros y tantos otros edificios públicos como encierra la ciudad de Penn. En este proceso investigador se camina de admiración en admiración y de asombro en asombro. El colegio Girard, soberbio edificio de mármol, estilo griego, rodeado de praderas y terrazas que abrazan 18 hectáreas de superficie, se sostiene con un legado de 2 millones de dollars que á este fin dejó aquel excéntrico filántropo, uno de los bienhechores más grandes de Filadelfia, puesto que donó además á la ciudad 7.280 hectáreas de terrenos muy ricos en carbón y maderas; en Pensylvania, donde existen en explotación produciendo anualmente cerca de un millón de toneladas; diez minas del mejor carbón mineral que se conoce; é igualmente unas 2.000 hectáreas de tierra en Kentucky, también muy abun-

dantes en riquezas naturales. El colegio sostiene gratuitamente quinientos niños varones, huérfanos, pobres, blancos, de seis á diez años, naturales de Pensylvania, condiciones todas impuestas por el fundador. Reciben en él una sólida instrucción preparatoria y se enseña además, á los que lo desean, algún oficio. El orden y el aseo que en el colegio reinan, las comodidades de que están rodeados los colegiales, y las atenciones de que son objeto, nada dejan que desear. Entre otras cátedras hay una de español desempeñada hace muchos años por la Srta. de Merino (D.^a Florentina), distinguida y muy ilustrada profesora de dicho establecimiento. Por categórico mandato de Stephen Girard, está prohibida la entrada en el edificio á los eclesiásticos, sean de la religión que quieran, y asimismo está prohibida la enseñanza en el colegio de toda religión positiva. A la terminación de las clases, los colegiales se suelen reunir en una aula, donde el director eleva una breve plegaria al Todopoderoso, parafraseándola brevemente el auditorio, como tuve lugar de ver en mi visita á aquel establecimiento. Estos son los únicos actos místicos que allí tienen lugar y que por otro lado son comunes en los Estados Unidos en toda clase de ceremonias, por profanas que sean. En efecto, apenas se celebra en los Estados Unidos una reunión científica ó patriótica—siempre que se trata de actos solemnes—que no vaya precedida ó que no termine por una fervorosa oración invocando el auxilio de Dios ó dándole gracias por los beneficios otorgados al pueblo. Esto es lo que hace aquella nación de *descreídos*. En cambio suelen los europeos manifestar su religiosidad en actos análogos, inaugurándolos al son de armoniosas músicas, de algazara y de estruendo, lo cual es por lo menos más divertido, ya que no de mejor gusto ni de igual dignidad.

Llama también la atención, por sus proporciones y belleza, el famoso templo masónico de la calle Broad y Filbert, que es el más grande del mundo. La masonería, tan decaída hoy en el Mediodía de Europa, cuenta en Filadelfia más de setenta y cinco logias. Tiene el templo treinta y cinco metros de fachada en la primera de aquellas calles y setenta y tres en la segunda, con una altura de veintiocho. La construcción es de granito y el estilo del más bello y puro de la época norman-

da. Adornan la fachada dos elegantes torres, de las cuales la más alta se eleva á setenta y cinco metros del suelo. La magnificencia de las salas y oficinas es extraordinaria, sobresaliendo las del género egipcio, salomónico y otras. Este sorprendente edificio ha costado un millón trescientos mil dollars, pudiéndose de aquí inferir, habiéndose reunido esta suma por donativos de los hermanos, cuál será el poder de aquella asociación en los Estados Unidos.

No lejos del templo masónico, en la intersección de las calles de Market y Broad, se levanta imponente el soberbio edificio—no concluído todavía—destinado á Casa Consistorial, y cuyo presupuesto de gastos asciende á la enorme suma de diez millones de dollars. Una vez concluído, será el edificio más grande de América y quizás el más alto del mundo. Su planta forma aproximadamente un cuadrado de ciento cuarenta y cinco metros de lado. En cada uno de los ángulos del edificio hay una torre, y en el centro otra, cuya aguja—la más alta tal vez de cuantos monumentos existen en el globo—se hallará á ciento treinta y cinco metros de elevación sobre el nivel del suelo, rematando con una estatua de Penn, de seis metros de alto. El estilo del edificio es el del renacimiento, convenientemente modificado, según las exigencias de su destino. El basamento es de granito blanco fino, y los muros de mármol blanco, de las ricas canteras de Lee. La distribución interior está hecha para quinientos veinte departamentos.

Con análogos motivos de alabanza pudiera hablar aquí, á ser posible, de la Penitenciaría, cárcel celular de seis crujías radiadas, que ha servido de modelo á todas las de igual clase que existen en América y Europa; de la Academia de música, teatro el mejor de la ciudad, de estilo italiano bizantino, en el cual pueden colocarse en cómodos asientos 2.900 personas; del puente de dos pisos de hierro—*Fairmount-bridge*,—sobre el Schuylkill, cuya longitud es de 105 metros y la anchura de 14; del más moderno, de *Girard Avenue*, sobre el mismo río, también de hierro, con preciosos ornamentos, y una longitud de 300 metros por 30 de ancho; de los hospitales, manicomios y hospicios, tan numerosos como cómodos, amplios y perfectamente servidos; de la fábrica de locomoto-

ras de Baldwin, que ocupa tres manzanas, da trabajo hasta 5.000 operarios y puede fabricar una locomotora completa en un día; del arrogante edificio de la Universidad, en el cual una sola de sus secciones—la de Medicina,—puede alojar 600 alumnos; el hospital clínico, con baños rusos, turcos, de vapor, minerales, mercuriales, eléctricos, etc.; la casa de corrección para jóvenes delincuentes ó indóciles, de ambos sexos, donde se les instruye en las artes y oficios, y cuyo edificio ha costado 1.000.000 de dollars; el famoso arsenal del Gobierno, con un departamento de pirotecnia, donde se pueden hacer 1.000.000 de cartuchos metálicos al día; el hermoso casino ó *club*, *Unión League*, que con el mobiliario costó 200.000 dollars; de los grandes y suntuosos edificios de muchos bancos y sociedades de crédito; de la arrogante sinagoga de Rodef Shalom, de delicado estilo árabe; de la Academia de Bellas Artes, estilo gótico modificado, en cuya construcción se han gastado 300.000 dollars, y de tantos y tantos otros monumentos civiles y religiosos, como se encuentran á cada paso en aquella gran ciudad, donde se respirará todavía—recorriendo los barrios del Oeste,—aquella plácida quietud que tanto distinguió á los discípulos de Fox y Penn.

7. Poco espíritu de observación se necesita para comprender—al poco tiempo de llegar á esta parte de los Estados Unidos—la diferencia que hay entre las dos grandes, y en cierto modo rivales ciudades, de Nueva York y Filadelfia: aquélla, más rica indudablemente, emporio del comercio norte-americano, y con uno de los puertos más concurridos del mundo entero, se distingue por su carácter un tanto cosmopolita, como no puede menos de suceder, siendo como es el puerto de arribada y el lugar de visita de casi todos los europeos. Por eso, el trato social, el movimiento, la índole de los espectáculos, las costumbres, y aun los vicios se revelan allí por cierta mezcla de cultura y de licencia, que hacen palidecer en cierto modo los caracteres propios de la nacionalidad. Esta—Filadelfia,—menos asediada por los forasteros, que la visitan como de paso, conserva mejor sus rasgos ingénitos y sus antiguas costumbres, contribuyendo á ello también el loable sentimiento de orgullo de que blasonan todos sus habitantes, cre-

yéndose los verdaderos depositarios de las virtudes cívicas y domésticas, cuya semilla sembró Penn, y de cuyo ideal se han apartado un poco los neoyorkinos. Nueva York parece como que quiere asemejarse á Europa; Filadelfia, por el contrario, teme contagiarse con su contacto. Aquélla transige en cierto modo con las bellezas y las fealdades del viejo mundo; ésta se reconcentra en su puritanismo y rechaza toda innovación. Allí reina cierto libertinaje descocado que no teme la luz; aquí el vicio se avergüenza de sí mismo y se cobija en las tinieblas. Nueva York no se acuerda ya de que comenzó siendo *Nueva Amsterdam*, y se agita para ser Nueva Londres ó París. La ciudad' del amor fraternal recuerda con orgullo los primeros días de su existencia, y no quiere ser otra cosa que Filadelfia. Andando el tiempo, Nueva York llegará á ser la Constantinopla de los norte-americanos; pero Filadelfia será siempre la Meca de los Estados Unidos.

La influencia cuáquera, en ningún punto de la nación tan de manifiesto como en Filadelfia, contribuye no poco, apesar de su notoria decadencia, al mantenimiento de aquel espíritu sencillo á la par que severo, que tanto singulariza á la perla del Schuylkill y del Delaware. Los prosélitos de Penn no transigen todavía con las reformas que en las costumbres introducen todos los días las modernas aspiraciones. Todavía visten con aquella patriarcal sencillez de los tiempos de Fox, ostentando graves, serenos é impasibles sus trajes negros, sus levitas ajustadas, de faldas largas, estrechas mangas y cuello derecho, sus chalecos cerrados hasta la barba y sus negros sombreros de copa baja y ala ancha, que tanto carácter imprimen á su extraña figura. Las mujeres se reconocen fácilmente también por la simplicidad de su vestido, unicoloro y exento de todo adorno, y por el sombrero aplastado y ajustado á la cabeza, de la cual viene á formar esta prenda como un estuche abierto y algo prolongado por la parte del rostro, al cual sombrea ligeramente. Bajo el punto de vista artístico, estos trajes favorecen poco á los cuáqueros, llevando la peor parte las jóvenes, cuyo busto y cuyos contornos esculturales carecen del lucimiento que exigiría su arrogante figura y sus lindos rostros; pero juzgando bajo un orden de ideas exclusi-

vamente moral, esta simplicidad indumentaria en medio de las seducciones de la moda, tiene algo que cautiva y atrae, como atraen y cautivan los perfumes de la virtud y de la sencillez. Los cuákeros, esclavos de su austeridad de costumbres, no frecuentan las diversiones ni los paseos públicos, hablan poco, no dan tratamiento de distinción á nadie; celebran sus reuniones entre individuos de la misma secta, y se juntan los domingos en sus *casas de reunión* (*Meeting Houses*), abstrayéndose allí, confundidos unos con otros, sin preferencias de clase ni edad, en sus meditaciones religiosas, en medio del silencio más profundo. Estas iglesias no tienen altares, imágenes, ni adornos místicos de ninguna clase, estando reducidas á unos salones más ó menos amplios y cómodos, desprovistos de toda ornamentación que revele tendencias al lujo ó á la vanidad. Como la secta carece de clase sacerdotal, los *hermanos* que se creen inspirados en el momento de la reunión, se levantan unos tras otros y dirigen al auditorio una plática moral ajustada á la idea de su inspiración y á la doctrina que profesan. Terminada la plática, si no hay algún otro hermano que sienta arder en su alma el fuego divino, vuelve á reinar en el recinto el más absoluto silencio y la más rigurosa compostura é inmovilidad, cosa á la verdad que causa extrañeza á los extranjeros, como me la causó á mí la primera vez que presencié esta única ceremonia religiosa que en comunidad celebran los cuákeros. En los nacimientos, casamientos y defunciones, los jefes de las familias respectivas se encargan de las breves oraciones que acompañan á estos solemnes actos, haciendo con esto innecesaria la intervención de los sacerdotes, cuya autoridad asumen los fieles todos, por más que exista un consejo de ancianos, encargado de velar por la pureza de las prácticas cuákeras entre todos los adeptos.

No se crea, sin embargo, que la influencia de esta secta prevalece en la ciudad; por el contrario, disminuye de día en día, tanto por el desarrollo que alcanzan otras, cuanto por la natural resistencia que encuentra en los modernos usos y costumbres sociales, contra las cuales choca á cada momento. Falta de *adaptabilidad* á las condiciones del medio en que vive, su fuerza se debilita y sus prosélitos disminuyen, no es-

tando lejano el día en que desaparezca de aquel territorio, donde á semejanza de las antiguas vestales, ha mantenido y mantiene aún encendido el fuego sagrado de la austeridad de su doctrina, aceptable siempre como expresión la más sencilla de la virtud y de la fraternidad religiosa, pero de difícil aplicación hoy, dadas las necesidades de la vida y las exigencias de la sociedad, á cuyo influjo no puede sustraerse el hombre civilizado. De aquí se infiere, y con esto se explica el por qué no siendo ciertamente Filadelfia, como no es, un pueblo de ascetas ó cartujos, conserva, sin embargo, cierto fondo de sólida moral profundamente arraigada, por más que esté desprovista de las galas de las formas cuákeras que la pondrían más de manifiesto á los ojos de los extranjeros.

8. El carácter *yankee* en general—y el de los hijos de Filadelfia no constituye en modo alguno una excepción—no propende á la pavorosa seriedad de los cuákeros, ni reproduce tampoco la impasibilidad un tanto ceñuda de los ingleses, con los cuales—digámoslo de pasada—no quieren tener los anglo-americanos nada de común, por más que sea uno mismo el origen, el temperamento, la religión dominante, los hábitos y las costumbres. A los oídos de un ciudadano de los Estados Unidos suena muy mal el calificativo de anglo-americano, y aun le disgusta no poco el dictado de norte-americano, sin duda porque en la América del Norte tremola aún el pabellón de la Gran Bretaña por toda la extensión de los dominios del Canadá. Los descendientes de Wáshington no quieren ser más que americanos, y así se llaman ellos siempre con enfática autonomasia. Miran con buenos ojos á los españoles, á los alemanes, á los franceses, pero no transigen con sus antiguos dominadores, aun cuando corra por sus venas la misma sangre. Los ingleses á su vez hablan de ellos con cierto desprecio, teniéndolos por menos cultos y designándolos con el epíteto de *yankees*, al cual dan cierto carácter depresivo; pero los norte-americanos les pagan en la misma moneda, y no desdeñan menos la altivez enfadosa de *John Bull*. Pasa con ésta lo mismo que con todas las colonias emancipadas de sus metrópolis. Las Repúblicas americanas estiman poco á los españoles; el Brasil mira con malos ojos á Portugal, los Estados Unidos

han de sentir necesariamente cierto natural despego por sus antiguos señores. Los mismos irlandeses—tan numerosos en los estados del Nordeste, ó sea en la Nueva-Inglaterra—si bien son bien recibidos por sus aspiraciones separatistas en el Reino Unido, y por sus latentes rebeldías fenianas, simbolizadas en su pabellón verde matizado con la tradicional lira que figura en todas las funciones y solemnidades de los Estados Unidos apesar de su ilegitimidad política—son considerados por los norte-americanos descendientes de las primeras familias que colonizaron el país y por las de los que pelearon por la independencia de la patria, como inferiores en rango y méritos, sin duda por su procedencia inglesa.

En sus viajes de recreo á Europa, frecuentes durante el verano entre las clases más acomodadas, los norte-americanos visitan como de pasada la Gran Bretaña; y establecen sus reales en París, de donde hacen arrancar sus excursiones sucesivas á Suiza, Alemania, Italia y otros países. Aunque siempre poco allegadizos, huyen, sin embargo, con notoria premeditación de la compañía de los ingleses, á quienes tienen por poco delicados y amables en su trato. Un joven de Filadelfia me contaba á este propósito, no hace mucho tiempo, que viajando por Inglaterra preguntó en cierta ocasión á un compañero de viaje, hijo del país, cuál era el nombre de una estación en donde el tren hizo paradá, á cuya pregunta le contestó con dureza el hijo del Támesis que lo mirase en la guía. Otro compañero á quien se dirigió para saber cuánta distancia quedaba por recorrer hasta llegar al término del viaje, le respondió, también con mal gesto, que eso lo preguntase al conductor ó jefe del tren. Con igual número de palabras—puesto que sabían muy bien lo que mi amigo trataba de inquirir—hubieran podido estos dos soberbios hijos de Albión haber dejado satisfecha la curiosidad del joven norte-americano, cuyas preguntas no tenían, en verdad, nada de impertinentes ni extraordinarias. A pasar esto en España, seguro es que la poca complacencia inglesa hubiera provocado, por sus ribetes de descortesía, un lance serio entre el interpelante y el interpelado.

9. A este punto no llega nunca el norte-americano; antes al contrario, muéstrase siempre deferente y cortés, aun cuan-

do sus formas y tono carezcan de aquella entonación varia é insinuante que tanto atractivo ejerce sobre las personas, y que constituye uno de los caracteres más culminantes de la urbanidad entre los pueblos latinos. Lo que hay es que el norte-americano no es oficioso, ni dulce, ni redundante; dice las cosas con gran naturalidad y con pocas palabras. Esto unido á cierto prurito egoísta, que ha tomado de los ingleses, mal que le pese á su deseo, hace que pase entre nosotros, á veces, por poco condescendiente y excesivamente duro. Pero aun cuando esto constituyese en él un verdadero defecto, lo cual no está bien probado todavía, tiene, en cambio, la ventaja que no le molesta la reciprocidad, y que, por lo tanto, no sólo no se lastima, sino que desea ser tratado del mismo modo que él trata á los demás, aun cuando con ello tenga que sacrificar sus gustos ó comodidades. Quejábame cierto día un amigo mío, norte-americano de pura raza, de lo mucho que le habían incomodado las repetidas expresiones de gracias con que le abrumaron al entrar en su casa dos damas madrileñas amigas suyas, á quienes había enviado un ramo de flores en celebridad de no sé qué acontecimiento. Mr. S..... no podía convencerse de que por tan pequeña cosa hubiese necesidad de hacer tantos extremos. Poco faltó para que mi norte-americano, bastante amoscado con lo sucedido, no rompiese las relaciones con aquellas corteses damas.

Las insinuaciones de la repetición y recomendación exageradas, no las comprenden los norte-americanos, y entienden que para otorgar ó negar algo, basta con formular el deseo lisa y llanamente, sin insistencia ni pesadez. Chasco se lleva el que piense que en los Estados Unidos todo *pobre porfiado saca mendrugo*. A la primera indicación, contesta el *yankee* sí ó no, como lo juzga conveniente, y vuelve en seguida la espalda al interpelante, importándole ya muy poco, y antes al contrario, considerándolo como una impertinencia detestable, que para hacerle cambiar de resolución se invoque todo lo que de más interesante, conmovedor ó útil haya en el mundo. Todo el tiempo que se emplee en tratar de convencerle de que cambie de resolución, es tiempo perdido. De aquí nace el carácter de seriedad y formalidad que revisten todos sus

actos. Puntual hasta la exageración, hace siempre lo que dice y nunca falta á las citas á la hora marcada, ya se trate de negocios, ya sea cuestión de simples pasatiempos. Y es lo notable que así como él cumple en esto su deber con un rigorismo casi exagerado, no por eso se impacienta ni increpa á los demás cuando faltan á sus promesas ú olvidan sus compromisos. Es en esto de una tolerancia suma, y lo que en nosotros produce actos violentos de impaciencia y cólera, en él se traduce por una conformidad en cierto modo placentera, que á la verdad no está bien justificada. Lo único que hace el *yankee* en este caso es tomar nota allá en sus adentros de la falta con él cometida, y si conoce que es hija de la voluntad, revelando mala fe ó poca consideración, entonces rompe las relaciones con los informales, y... si te he visto no me acuerdo, porque dejarse engañar dos veces seguidas, no sería de listos ni discretos.

Para sufrir con verdadera resignación las contrariedades de todo género, las desgracias y los reveses de fortuna, no hay otros como los norte-americanos. En su rostro no se reflejan nunca los movimientos de la impaciencia, la cólera ó la desesperación. Las enfermedades de todo género y las pérdidas de familia no logran alterar la habitual serenidad de su semblante. ¿Son los negocios los que, por la natural alternativa á que están sujetos, vienen á cambiar de repente la posición del *yankee*, privándole en un instante de la consideración, crédito y comodidades? Pues nuestro hombre rasga de un golpe las hojas de la pasada bienandanza en el libro de su vida, y comienza á vivir de nuevo en la estrechez y las privaciones, como si nunca hubiese conocido ni disfrutado posición mejor. Ni la negra melancolía embarga su alma, ni la necia vanidad por lo que fué mortifica su espíritu, ni su orgullo se rebela contra la pequeñez del presente, en contraposición con la grandeza del pasado. Vuelve á trabajar con ahinco, emprende de nuevo y con más fe sus negocios, y ni le importa el qué dirán, ni se abate por lo infructuoso del tiempo perdido, pensando muy poco en la brevedad de la vida, cuyo término no tiene nunca presente, y creyendo que la fortuna se puede hacer en muy pocos años, trabajando con constancia y actividad.

La vida para el norte-americano es la lucha incesante, activa, sin tregua ni descanso, pero á la vez paciente, ordenada, serena; así empieza y así acaba su existencia, sin que en aquel espíritu fuerte y sosegado se levanten nunca las tempestades de las impacencias turbulentas, ni lo adormezcan las calmas deletéreas de los desfallecimientos y desengaños. Y así con esa entereza de carácter y esa constancia de voluntad, vence todos los obstáculos y llega casi siempre al término de sus esperanzas, para abrirse en seguida nuevos horizontes y continuar marchando por la senda de sus nuevas aspiraciones con la misma serenidad y firmeza hasta que le sorprende la muerte en mitad de su camino, cuando todavía tiene alientos para recorrer mayores espacios y realizar nuevas empresas. En esto se diferencia notablemente de los hombres de la raza latina, invencibles en sus arranques y exaltaciones, pero indolentes, inactivos ó cobardes, cuando no vencen desde luego los obstáculos ó no logran á las primeras tentativas el fin que se proponen. El norte-americano es el soldado sereno y previsor que avanza con lentitud, pero avanza siempre, gastando con medida sus municiones; el latino es el combatiente fogoso que siempre corre hacia el enemigo con ímpetu violento, choca con él, apura en un instante las municiones todas, y si es rechazado en tan formidable empuje, se abate y cae con el ánimo desfallecido y la esperanza perdida. Tiene el norte-americano algo de la laboriosidad ordenada y regular de la hormiga, que provee sin descanso á sus necesidades, en tanto que el latino se asemeja á la perezosa araña que en un instante y con un violento esfuerzo quiere procurarse todo el alimento que demanda su voracidad.

La conformidad y resignación sin extremos de abatimiento alguno, antes bien como condición la más natural y espontánea de su carácter, la manifiestan á cada paso los norte americanos en sus frecuentes y variados viajes. Las impertinencias de los compañeros poco considerados, los retrasos de los trenes ó vehículos, los entorpecimientos imprevistos y las inclemencias del tiempo, todo lo sufren con notable paciencia, sin que asome á su rostro la menor indicación de las contrariedades sufridas, las cuales festejan, si así puede decirse, con una

sonrisa, en vez de anatematizarlas con imprecaciones. Y en esto las mujeres no se quedan atrás, siendo bien difícil decidir cuál de los dos sexos va más allá en eso de recibir con aire placentero las molestias y contratiempos imprevistos.

¡Cuántas veces, con ocasión de determinadas funciones públicas, he visto yo tomar por asalto los trenes, aguantando las señoras con la sonrisa en los labios los empujones más descomunales de las impacientes turbas! ¡Cuántas veces las he visto también dentro de los coches celebrar con ruidosas carcajadas los empujes del oleaje de los pasajeros, de pie entre los hombres y á la vista del notorio deterioro que sufrían sus elegantes trajes y tocados! ¿Y no es, en verdad, cosa que llama la atención cuando algún vehículo público, ómnibus ó tramvía, sufre algún accidente que paraliza su marcha, ver cómo descenden los pasajeros sin distinción de clases, y en vez de jurar y maldecir de la suerte ó dejar solo al conductor para que salga como pueda del mal paso, ayudarle animosos todos, *arrimando cada cuál el hombro á las ruedas ó caja del carruaje*, para sácarlo de su atolladero?

Se dirá que todos estos son accidentes pueriles de escasa importancia para determinar condiciones de carácter dignas de tomarse en cuenta. Puede que así sea; yo no me empeño en que se valoren en más de lo que valgan; pero ello es lo cierto que en sus efectos ponen de manifiesto cualidades apreciables, mientras que en otros pueblos las consecuencias de las mismas causas constituyen reprochables defectos de educación y de temperamento que hacen más difícil la buena armonía en el trato social y agrían el carácter, amargando en demasía la vida.

Suele ser achaque de los europeos censurar á los norteamericanos su escasa finura de trato, y yo debo decir que si por esto se entiende la repetición y glosa de los empalagosos cumplidos é hiperbólicas lisonjas con que por acá se suele recibir ó aturdir á todo el mundo, el cargo no puede ser más fundado. Las fórmulas de cortesía, tanto de palabra como por escrito, son en los Estados Unidos sencillas y naturales, lo cual tiene varias ventajas, tales como las de *desperdiciarse* menos tiempo y las de poder aprender brevemente el modo de ser cortés con todo el mundo, sin correr el riesgo de pecar

por carta de más ó por carta de menos, como sucede entre los pueblos latinos, donde hay que tener aprendida no una, sino un juego completo de fórmulas para cada sexo, edad, clase y condición social, aparte del obligado cortejo de reverencias, sonrisas y gesticulaciones que el ritual de la buena sociedad exija, según de quien se trate. En esto, el norteamericano, seguramente más sincero, propende á la sencillez, sin que por ello sea menos atento. Esto, por lo que toca á la forma. En cuanto al fondo, no pierde nunca la ocasión de obsequiar con su natural dignidad á aquellos con quienes le ligan deberes sociales, amistad ó parentesco, y esto lo hace sin ruido ni publicidades, sólo por el placer de cumplir las obligaciones propias de toda persona bien educada. En ocasiones, estos obsequios revisten el carácter de verdadera y delicada galantería. Como no me gusta hablar de memoria, voy á citar, en corroboración de mi aserto, un caso de entre los mil de que fuí testigo en aquel país.

Asistí en cierta ocasión, con otros españoles, á un certamen que se celebró en el colegio de sordo-mudos de ambos sexos, de la ciudad de Filadelfia, cuyo notable establecimiento, donde se educan 300 alumnos internos y 200 externos, está situado en la esquina de las calles Brood y Pine.

Los ejercicios de conversación, lectura, escritura, geografía, historia y aritmética, que ante numeroso público hicieron los alumnos, fueron notabilísimos, descollando en todos la clase de señoritas, entre las cuales las había de catorce y más años. El director, cuyo nombre siento á la verdad no recordar, enterado de que entre el auditorio había algunos españoles, y creyéndose obligado solo por esto á darles una prueba de consideración y simpatía, al examinar á sus discípulas de historia geográfica, preguntó entre otras cosas, á la más aventajada, lindísima joven de unos diez y seis años, esbelta, graciosa y sonriente, *quiénes fueron los que descubrieron la Florida, el Mississippi y el Pacífico*, á cuyas preguntas dió inmediata contestación aquella encantadora criatura, escribiendo en el encerado lo siguiente:

La *Florida*, descubierta por *Ponce de León* en 1512.

El *Mississippi*, descubierto por *Hernando de Soto* en 1541.

El *Pacífico*, descubierto por *Vasco Núñez de Balboa*.

No hay que decir si esta delicadísima galantería del director nos conmovió á todos los españoles, siendo objeto de ella en aquel país y á tanta distancia de la madre patria. Pues bien: los norte-americanos, si no pródigos de ellas, no las escasean tampoco, y lo que en estos casos hay que admirar, no es la forma, que suele ser siempre algo desaliñada, sino la naturalidad á la vez que el vigor de la expresión en su sentido interno, lo cual supone mayor sinceridad y mejor deseo que cuando lo poco se quiere revestir con apariencia de mucho, acudiendo á la hojarasca de la exterioridad, vicio muy común en las gentes del viejo mundo.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(*Se continuará.*)





HISTORIA

DE LA

CAMPAÑA DE 1647 EN FLANDES,

SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO (I).

CAPÍTULO V.

Rápida marcha del ejército de S. M. para socorrer la Bassée.—Ríndese ésta á los franceses antes de la llegada de S. A.—Trata de atacar al enemigo en sus líneas y recobrar la plaza.—Revista que con este objeto pasa el Archiduque á su ejército.—Fuerzas de que se componía.—Aproxímase á la Bassée.—Cañonéanse uno y otro ejército.—Peligro en que estuvo S. A.—Desiste de atacar al enemigo en vista de las posiciones que ocupa.—Divide su ejército para hacer frente á Gassión y á Rantzau.—El Marqués de Caracena marcha con parte de las tropas á oponerse á Rantzau en Flandes.—Refuerza S. A. el ejército con tropas de Lorena y otras de guarniciones.—Llega el de Caracena á Nieupoort.—Escaramuza con los franceses y pérdidas considerables que éstos tuvieron.—Detiénese el Archiduque en Ferlinghem. Gassión sitia y ataca súbitamente á Lens.—Acude S. A. á su defensa.—Levanta Gassión precipitadamente el cerco.—Acampa S. A. en Loó.—Llegada á este punto del Duque de Lorena.—El ejército de S. M. llega á Enulín.—S. A. y el de Lorena reconocen la Bassée.—Combate de un puesto de guardia de caballería de Lorena con Gassión y su escolta en un reconocimiento.—Completa derrota de los franceses.—Escapa Gassión con gran peligro.—Dirígese S. A. con el ejército á Armentieres.

ANIMADO el Archiduque Leopoldo de noble anhelo por socorrer la Bassée, prosiguió con suma celeridad su marcha con el ejército, caminando siempre á caballo, y llegó á Brea. Descansó breves momentos, y á la una de la noche continuó caminando, llegan-

(I) Véase la pág. 67 de este tomo.

do al medio día á Bouchain. Supo allí con alegría que aún se defendía la plaza sitiada, y el Gobernador de aquella población le dijo que había oído por la mañana disparar artillería. Con tan buena nueva, resolvió S. A., de acuerdo con el Marqués de Castel-Rodrigo, el Duque de Amalfi y otros Generales, marchar derechamente sobre el enemigo y acometerle en sus líneas, dándole batalla si salía de ellas, socorriendo así la ciudad.

Siguió caminando con tal presteza, que aquella misma tarde llegó á Douay, adelantando siete leguas, y no pudiendo seguirle muchos soldados por cansancio y fatiga, se quedaban atrás; mientras que otros más fuertes y animosos se esforzaban con tal ardor y alegría en seguirle, que causaba maravilla verlos. Mas apenas llegó á Douay, firme en su anterior resolución, supo con la más profunda pena que la Bassée se acababa de rendir al enemigo por no tener suficiente guarnición para resistir el sitio, porque D. Esteban de Gamarra, á quien S. A. había enviado con una división del ejército á asegurar y proveer de gente la plaza que el enemigo intentase sitiar, creyendo que su misión se reducía solamente á vigilar á Rantzau, marchó con toda diligencia á oponerse á su propósito, que entendió era sitiar á Dixmunda, no ocupándose para nada de Gassión y no socorriendo oportunamente á la Bassée.

En alto grado contrarió al Archiduque y á toda su corte la toma de esta plaza, obligándole á hacer alto con todo el ejército en Douay, en cuya población se alojó con los Generales, acampando el ejército en los caseríos inmediatos y dando así tiempo á que los soldados rezagados pudiesen incorporarse á sus tercios y regimientos. Quedó por tanto contrapesada la satisfacción y alegría que en todo el país produjo la buena noticia de la toma de Landrecies con la pérdida de la Bassée, tanto más cuanto que por todas partes se llegó á creer, y con sobrado fundamento, que S. A. haría levantar al enemigo el sitio de tan importante ciudad.

Comunicó S. A. al Rey de España á un mismo tiempo la toma de Landrecies y la pérdida de la Bassée, en carta de 23 de julio, manifestándole el profundo sentimiento que tan desgraciado suceso le había causado, principalmente por haberlo

prevenido á tiempo con órdenes y gente que dió para ello á D. Esteban de Gamarra, encargándole verbalmente metiese gente en aquella plaza, por ser de las más expuestas, no habiéndolo podido hacer, según se decía, por haber llegado tarde. A este propósito apunta las sospechas que se tenían sobre si hubo omisión en el socorro, ofreciendo que no la tendría él en castigar á los culpables, si se llegase á averiguar la certeza del caso. En concepto del Archiduque, el designio del enemigo era atacar y tomar una plaza mientras el ejército de Su Majestad se hallase ocupado en sitiar otra (1).

Exponía asimismo á S. M. lo necesitado que se encontraba de soldados y de dinero, toda vez que habiéndose tratado de hacer algunas levadas en Alemania, no se podían éstas ejecutar por la falta de recursos. Para enterar á S. M. de éstas y otras cosas tocantes á la guerra, así como también para solicitar que se enviasen al ejército españoles á trueque de valones, envió á la corte de España al Marqués de Grana y á D. Miguel de Salamanca (2).

Pasadas estas cartas á consulta del Consejo de Estado, á que concurrieron el Marqués de Mirabel, D. Francisco de Mello y el Marqués de Valparaíso, acordaron se le contestase «que V. M. queda con noticia de lo que contienen (la carta citada y otras varias) y no se maravilla que sucedan casos como los de la Bassée y Dixmunda, porque los accidentes de la guerra son de esta calidad, y no se puede siempre gozar de buena fortuna; que V. M. estima y agradece, como es razón, la atención, cuidado y trabajo que pone S. A. en la mejor dirección de las cosas de aquellos Estados, especialmente en las

(1) Arch. de Simancas, Estado, leg. 2.067.

(2) En carta de 6 de agosto insistía S. A. en la necesidad de ser socorrido con dinero. Todavía en esta fecha no había recibido la mesada de junio, y pide, por tanto, que á más de la puntualidad en el envío de las mesadas, se le remita algún socorro extraordinario, tanto para atender á las necesidades del presente como para prevenir las de la próxima campaña, «porque en esto consistirán los buenos efectos della.» Los 145.000 escudos adquiridos en virtud de una negociación practicada por el Duque de Medina Sidonia, se consumieron rápidamente y de su inversión dió cuenta el Archiduque á S. M. Con ellos fué también socorrido D. Francisco de Meneses, cuando vino á España.

de la guerra, y no duda que se harán todos los esfuerzos posibles para mejorarlas, así como V. M. los manda hacer en las asistencias de dinero, pasando los límites de la posibilidad, respecto de lo mucho á que es necesario acudir en todas partes, si bien siempre tendrá en la estimación de V. M. el grado y lugar que es justo lo que toca á aquellas provincias, mayormente en el tiempo que el Sr. Archiduque tiene á su cargo el gobierno dellas. También se le podrá avisar de que ya se tiene noticia que recibió la mesada de junio, y espera V. M. que la de julio, que partió de aquí días há, le habrá llegado, y que se queda disponiendo la de agosto.» El decreto que Felipe IV puso á esta consulta fué el siguiente: «Está bien; encargándose al Archiduque mire mucho cómo se empeña en los riesgos de la guerra, por lo que importa su persona» (1).

Dió también cuenta el Archiduque á S. M. en carta de la misma fecha de haberle participado el Duque de Amalfi una carta en cifra que le escribió un sobrino suyo desde Florencia, noticiándole las pláticas que había tenido con el Duque de Vandome en orden á hacer partido en Francia para restablecer la paz en Italia, con beneficio para la Corona de España. Comunicó el Archiduque este pensamiento con el Marqués de Castel-Rodrigo, quien le advirtió ser plática esta que ya se había tratado por alguno de los Ministros de S. M. en Italia.

Parecioles, sin embargo, á ambos se debían enviar pasaportes para que pasasen á Flandes la persona ó personas que el de Vandome ofrecía mandar para esta negociación. Con el mismo objeto había hablado con S. A. el abad de Merci, indicando algunas proposiciones hechas por el francés Conde de Santibal, residente á la sazón en Holanda y poco satisfecho de su patria, á que el Archiduque contestó diciendo que fuese el abad á verse con el Conde á Lieja, á donde decían que también concurriría la Duquesa de Chevreuse, que mantenía en Francia correspondencia encaminada al mismo fin; y que habiendo resuelto ir á aquella población el Marqués de Castel-

(1) Arch. de Simancas. Consulta del Consejo de Estado á S. M. de 7 de setiembre de 1647.

Rodrigo, comunicase con él las propuestas de Santibal y de la Chevreuse, para que con su parecer diese cuenta á S. M. de todo. Con este motivo insiste S. A. en que para el mejor logro de la negociación, para que el ejército esté tan poderoso que dé calor al partido que en Francia se formase en pro de la paz y para empezar á hacer levás en Alemania, se le envíen socorros de dinero.

El Rey, siguiendo el parecer de los consejeros Marqueses de Leganés, de Mirabel, de Valparaíso y de D. Francisco de Melo, aprobó el envío de los pasaportes dados para la negociación con el Duque de Vandome, así como también el medio que se había tomado de remitir el negocio de Santibal á las vistas de Lieja, «como quiera que siendo estas negociaciones el motivo por donde se podrían salvar los trabajos en que se ve esta monarquía, parece se puede hacer poco fundamento en ellos y menos en la presente propuesta por las experiencias que se tienen; pero que siempre será bien no despedirlos, sino oírlos sin empeño, por lo menos hasta que se vea verosimilitud de que pueda surtir algún efecto, y habiéndolo, lo ajuste S. A. y avise de lo que se ofreciere» (1).

No decayó el ánimo del Archiduque con la inesperada rendición de la Bassée; antes por el contrario, determinó acometer al enemigo en sus líneas y volver á sitiar la plaza, no obstante las dificultades que á esta empresa se oponían, teniendo que pelear con un ejército fortificado y apoyado por la ciudad que á su lado conservaba. Quiso antes, obrando como prudente capitán, recontar sus fuerzas, y á este efecto dió orden de juntar el ejército, así el de S. M. como el del Duque de Lorena, en plaza de armas. Salió, pues, fuera de Douay á las nueve de la mañana y halló ya toda la infantería y caballería formadas convenientemente en batallones y escuadrones, y dividido el ejército en dos cuerpos.

El del Marqués de Caracena estaba compuesto de seis batallones de infantería española de los tercios de los Maestres

(1) Archivo de Simancas. Consulta del Consejo de Estado á S. M. de 7 de setiembre de 1647. Por este mismo tiempo hizo un asiento el Archiduque con el Marqués Mathey para conducir tres mil italianos á Ostende.

de campo D. Francisco Deza, D. Gabriel de Toledo, D. Bernabé de Vargas, D. Baltasar Mercader, D. Gaspar Bonifacio, y D. Fernando Solís; de un batallón de infantería borgoñona del tercio del Marqués de Diene y de tres batallones de infantería lorenesa, que formaban un total de diez batallones de infantería, dispuestos en dos alas, y á cada lado de éstas una ala de caballería escuadronada en sus gruesos, con el Conde de Bucquoy al frente de toda ella.

El otro cuerpo de ejército, mandado por el Barón de Beck, contaba asimismo otros diez batallones de infantería, compuestos de catorce tercios de valones y alemanes, formados también en dos alas, y á cada lado de esta infantería un ala de caballería, así de la de S. M. como de la de los Príncipes de Darmstat y de Chimay, dispuesta en gruesos y escuadrones, estando respectivamente colocados, aquel Príncipe al frente de la caballería imperial, éste al de la alemana, y el de Ligne al de toda ella.

Así formados los dos cuerpos mandó S. A. á los Comisarios pasar muestra á todo el ejército y distribuirle el dinero que habían traído los Estados de la provincia de Hainaut, dándole todo á los soldados sin reservar nada para los individuos de su corte. Al contemplar el Archiduque tan lucidas tropas y su marcial continente, exaltóse vivamente su entusiasmo y no vaciló ya en acometer al ejército francés, mandado por Gassión. Salió de Douay y llegó á Enulín, donde se detuvo un día. El 27 de julio se puso nuevamente en marcha á las dos de la noche, caminando con extraordinaria diligencia hácia la Bassée y mandando dejar el bagaje en Haubordín.

A las tres de la tarde llegó sin tocar tambor ni trompeta hasta muy cerca de las líneas y trincheras del enemigo nuestro ejército, dispuesto en orden de batalla. Desde dos baterías que el Teniente general de artillería, Brunetti, construyó rápidamente, se dispararon á los franceses muchos cañonazos; pero Gassión permaneció firme en sus posiciones y contestó con otros tantos de todas sus baterías, que causaron algún daño en nuestros batallones y escuadrones, saliendo ileso S. A., casi por milagro, porque hallándose bajo un molino, muy cerca de las trincheras enemigas, con el Duque de Amalfi y otros

Generales, para reconocer las posiciones y fuerzas contrarias y las baterías de donde tanto jugaba la artillería, una bala de cañón pasó por medio de S. A. y del de Amalfi, tocando en el sombrero de aquél y quemándole la pluma, yendo á dar en la pierna de su caballerizo D. Alonso de Ibarra. Echó entonces pie á tierra el Archiduque, y apenas se había arrimado al pilar del molino, vino otra bala á estrellarse contra él, rompiendo la muralla, cayendo las piedras sobre S. A. y dándole en la cara algunos pedazos.

Continuaba en tanto el ejército de S. M. formado en batalla y desafiando al enemigo; pero éste no quiso salir de sus líneas y prosiguió tirando cañonazos.

Viéndose entonces cuán impracticable y temerario era atacar á un enemigo metido dentro de sus líneas y teniendo por suya la plaza, á la que en todo caso se podía retirar, retrocedió S. A. con el ejército media legua, situándose en el caserío de Coppigny. En él tuvo consejo con los Generales, acordándose marchar hacia el Lys. Dirigióse, pues, á Saily, donde tuvo aviso de que, habiéndose apoderado Rantzau de Dixmunda y guarnecídola fuertemente, iba á atacar el fuerte de Nieuwendam, cerca de Nieuport. Para oponerse á los dos ejércitos franceses y atajar su marcha, dividió también S. A. el suyo. Quedó él con la mayor parte en la ribera del Lys alojado en Ferlinghem, á dos leguas y media de Lille, y envió al Marqués de Caracena con la otra parte á Flandes á resistir á Rantzau, con orden de que fuese él delante y caminase á Nieuport.

Para reemplazar la gente que el Marqués llevaba á Flandes envió S. A. al Príncipe de Lixen á suplicar al Duque de Lorena tuviese á bien hacer venir de Luxemburgo los regimientos de infantería y caballería que allí había dejado á cargo del Barón de Clinchamp para oponerse al Vizconde de Turena y Marqués de La Ferté, toda vez que el primero se había internado en Alemania y se había unido el segundo con Gassión.

Conforme el de Lorena con la voluntad del Archiduque, le envió los regimientos que pedía, y al mismo tiempo ordenó éste al Barón de Beck, gobernador de la provincia de Luxen-

burgo, le mandase los regimientos alemanes que en ella había.

Caminó el Marqués de Caracena con tal diligencia, que el martes 30 de julio por la noche llegó con 500 caballos á Audenburg, habiendo andado 14 leguas. Dispuso luego echar puente sobre la ribera de Bruges, y el miércoles entró en Nieuport, que lo tenían ya por sitiado, á causa de haberse apoderado el enemigo del fuerte de Nieuwendam, creyendo el Gobernador y los demás cabos que le guarnecíán, que no estando acabado de construir, antes al contrario, abierto por dos partes, era preferible desampararle por ser imposible defenderlo.

El viernes, 2 de agosto, avisaron al de Caracena que el enemigo se marchaba de aquel fuerte. Enviólo á reconocer, y se halló ser verdad, por más que se veía que trabajaban en él, y era que minaban sus cortinas, haciéndolas volar poco después. En el acto mandó el Marqués salir 400 hombres de la guarnición de Nieuport con 300 caballos, y con ellos se encaminó por los diques con ánimo de cargar al enemigo en la retaguardia, haciéndolo sus soldados con tanta bravura, que le atajaron algunas cortaduras y le fueron echando de ellas. Apurado Rantzau, se vió obligado á hacer frente y cargar á los nuestros, pero se revolvieron con tanta furia contra los franceses, que tuvieron que retirarse á toda prisa con pérdida considerable de gente, quedando en poder del Marqués trece prisioneros, entre ellos un caballero de distinción, hermano de Mr. de Villers, logrando escapar muchos heridos, atacados por unos 40 mosqueteros que el Marqués hizo pasar á la otra parte del río hacia Saint-Choor que les causaron mucho daño.

Si en aquella ocasión D. Esteban de Gamarra hubiera llegado á tiempo con su gente, el Marqués pudiera entonces llevar al combate 1.500 ó 2.000 infantes, lográndose mayor y más importante victoria; pero no se pudo hacer más con tan poca gente, no siendo poco lo que se consiguió causándoles muchas bajas, obligándolos á retroceder con todo y retirarse cerca de Scoorbacq, donde pusieron dos piezas de artillería. Y conociendo el Marqués que se había adelantado demasiado, hallándose á una legua de Nieuport, y que no podía ya hacer más daño al enemigo sin exponerse seriamente por la poca

gente que llevaba, se retiró con tanto orden, que no se atrevieron á molestarle.

De los nuestros murieron 10 y quedaron 20 heridos, contándose desgraciadamente entre los primeros D. Gonzalo Pozo, camarada del Marqués, que herido de un mosquetazo, falleció de sus resultas poco después. Súpose luego que las pérdidas del enemigo fueron más considerables de lo que en un principio parecieron, elevándose, según unos, á 600, según otros á 800 y aun á 1.000, entre ellos un hijo del Duque de Elbeuf, que, muy mal herido, le trasportaron á París.

El Archiduque, que tuvo noticia de este buen suceso el 4 de agosto á su llegada á Ferlinghem, permaneció algún tiempo en esta población «teniendo en brida á Gassión» con su ejército francés y cubriendo á la vez á Lille, Menin, Armentieres, Ipré y Audenarde, á cuyo último punto envió al Príncipe de Lixem á encontrar y conducir la gente que venía de Luxemburgo, y al Príncipe de Chimay, dió también orden de que fuese á encontrar con su caballería los regimientos alemanes que de la misma provincia llegaban.

Estando aún S. A. en su cuartel de Ferlinghem, sorprendióle á 13 de agosto la inesperada nueva de que Gassión había súbitamente salido de las líneas de la Bassée con parte de su ejército y sitiado á Lens. Sin esperar segundo aviso, mandó que se aprestase todo el ejército á marchar á las dos de la noche, como lo efectuó, dirigiéndose á Lens con intento de rechazar á Gassión. Hízose la marcha con increíble rapidez, llegando S. A. á Haubordín al frente de todo el ejército cerca de las siete de la tarde, acompañado de algunos caballeros de su corte y de sus compañías de guardia, siguiendo luego el Príncipe de Ligne á la cabeza de toda la caballería; y por último, la infantería y artillería. Como en Haubordín hay dos puentes, colocóse el Archiduque en el primero, y desde él vió desfilar por el otro toda la caballería y demás tropas con que iba á pelear, no retirándose hasta que pasó el último soldado, que fué después de media noche, permaneciendo de pie más de seis horas seguidas y retirándose á pasar el resto de la noche en la abadía de Loó allí próxima.

Al día siguiente muy de mañana continuó S. A. su marcha

con la misma presteza y vehemente deseo de encontrar aun al ejército francés en Lens para atacarle. Mas á eso de las diez de la misma mañana, pasando por la aldea de Camphin, dos horas y media distante de la ciudad sitiada, le vino nueva de que Gassión después de haberla vigorosamente atacado durante treinta y seis horas, batídola con ocho piezas y dádola tres asaltos generales, al saber que S. A. se dirigía á él á marchas forzadas y se hallaba ya tan próximo, había huído precipitadamente y vuéltose á sus líneas de la Bassée en la mayor confusión, habiendo perdido en los asaltos más de mil y quinientos hombres, entre ellos veintisiete capitanes, el Marqués de Compagniole y otros nobles franceses. Las pérdidas de los sitiados, aunque sensibles fueron pocas, conquistando merecidos laureles el Gobernador de la plaza, teniente coronel Bascourt, sus capitanes y soldados, que con tanta inteligencia como valor la defendieron.

Con esto hizo alto nuestro ejército y á la caída de la tarde volvió á su cuartel de Haubordín, S. A. á la abadía de Loó y Gassión á sus líneas de la Bassée, admirado de la prontitud con que el Archiduque había acudido á socorrer la plaza.

Llegó el 18 de agosto á Loó el Duque de Lorena, acompañado del Príncipe de Lixem; mandó S. A. darle una habitación en su casa, y al día siguiente comiendo le dió cuenta de cómo habían llegado ya cerca de Orchies y estaban alojadas en Marchiennes, sus tropas, consistentes en catorce regimientos de infantería y caballería, al mando del coronel Mr. de Clinchamp.

De Loó partió S. A. el lunes 19 de agosto, pasando por Sclyn; alojó luego su ejército en Camphin y se dirigió á Enulín, legua y media de la Bassée, y como hubiese el enemigo durante su ausencia pasado el río con la mayor parte de su caballería, ordenó S. A. al Duque de Amalfi que enviase contra ella la caballería de S. M. y la de Lorena, siguiendo de cerca la infantería; pero el enemigo no quiso aguardarla, frustrando una vez más al Archiduque su esperanza de batirle.

Estando aún en Enulín, el de Amalfi, por orden de S. A., acampó el ejército entre la Bassée y aquel lugarcillo, y hallándose en esta operación, llegaron las tropas del Duque de Lo-

rena, incorporándose á las que habían hecho toda la campaña, formando un cuerpo de 8.000 hombres, todos muy buenos soldados, acostumbrados á pelear. El Duque de Lorena se acuarteló en Leyne, media legua del cuartel de S. A.; y ambos, acompañados del Duque de Amalfi, gobernador de las armas, del Príncipe de Lixem, de los Maestres de campo generales y de otros caballeros, fueron á reconocer las posiciones del enemigo alrededor de Bassée, el marrazo que había entre la ciudad y su campo, el puente Avendín sobre el río, y la abadía de Berelo, que el enemigo tenía bien guarnecida de gente, frente á la cual mandó S. A. al Teniente general Brunetti hacer batería y artillarla, imitando el francés esta disposición y cañoneándose uno á otro todo aquel día.

Mientras así jugaba la artillería, se dejó ver Gassión con mucha caballería en el mencionado puente Avendín, y habiéndolo avisado los batidores de estrada, salió el Duque de Lorena á pelear con ellos, rechazándolos con tal valor y brío que no volvieron á presentarse.

A la noche siguiente, el de Amalfi, por orden de S. A., hizo marchar hacia Estaires los dos tercios de italianos de los Maestres de campo Marqués de Bentivoglio y Juan de Liponti, y el tercio de valones del maestro de campo Conde de Bruay, con alguna caballería, mandando después, al día siguiente, que volviesen. Todos estos movimientos y marchas tenían por objeto desconcertar al enemigo y confundirle con los avisos que recibía ó recibir pudiese, suspendiendo cualquier designio que intentase acometer.

El día 28 de agosto fué S. A. de Enulín á Escodín, junto á Loó, y como al amanecer del siguiente tocasen las trompetas á botasilla para marchar, vino Gassión á reconocer la marcha con 300 caballos y mucha nobleza. Aproximóse hasta una legua de nuestro ejército y se encontró con un puesto de guardia de la caballería de Lorena que en aquel momento acababa de ser relevada, con que hallándose doblada esta guardia, hizo frente á Gassión y á los suyos y los derrotaron. Corrieron al arma los croatas y cortaron el paso á los franceses, no pudiéndose retirar sino muy pocos, que fueron perseguidos hasta sus líneas, quedando los demás ó muertos ó prisioneros.

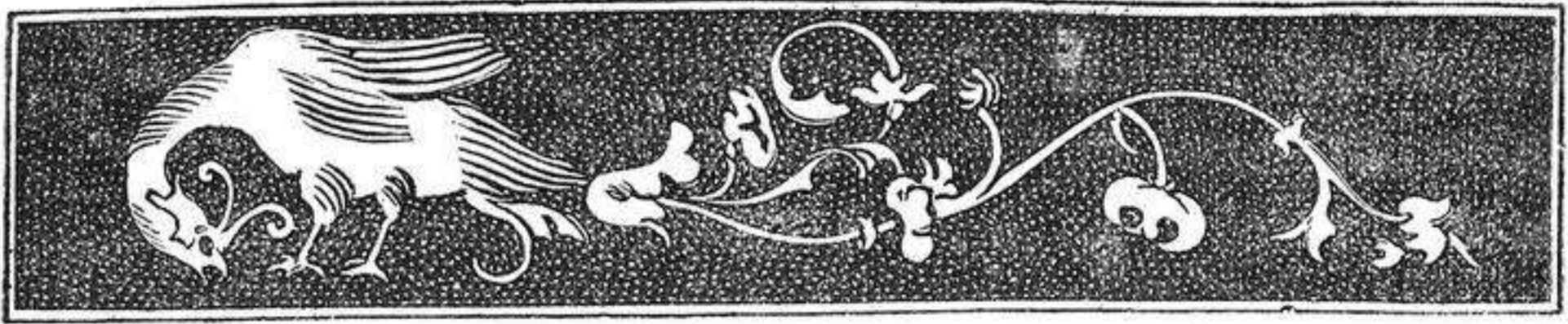
De suerte que de los 300 caballos solos 30 ó 35 se salvaron, entre los cuales se contó Gassión. Persiguióle tan tenaz y aproximadamente el coronel lorenés Mr. de Fange, que casi le tuvo prisionero; y habiendo escapado de sus manos, cogió un croata á un capitán francés que corría delante de Gassión figurándose era éste por ir ricamente vestido, dejando escapar al verdadero General. Quedaron prisioneros 158, y entre ellos el caballero de La Vienville, hijo del Marqués del mismo título, Mr. de Chamarón, coronel de sus croatas, un sargento mayor, 12 capitanes, muchos oficiales y no poca nobleza.

Al siguiente día, 31 de agosto, antes de amanecer, mandó S. A. tocar de veras á botasilla y caminar, y mientras marchaba la vanguardia, fué á ver el sitio donde el día anterior había sido la escaramuza. Siguió el ejército caminando hacia Armentieres, atravesando en Houplines el río Lys sobre el puente al efecto prevenido, y permaneciendo S. A. en él hasta que pasó el último soldado. Alojóse aquella noche con el ejército en Arquinghem, viniendo el de Amalfi y Beck á darle cuenta del orden en que habían quedado dispuestos los cuarteles; su primer ayuda de cámara á traerle una gruesa suma de dinero de Alemania, y con él el reverendo padre Haverneck, su predicador.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

(Se continuará.)





RESEÑA CRÍTICA DEL TEATRO

EN ALGUNOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Conclusión (I).

IV.

DURANTE el siglo XVIII la poesía había declinado en la mayor parte de las naciones de Europa, entrando en un período de decadencia si se compara principalmente con el estado de florecimiento, de grandeza y progreso de tiempos anteriores; y esto sucede, no tan sólo donde la poesía es imagen constante de la vida real como en España, sino aun en aquellos pueblos, como en Italia, donde el genio del arte forma parte del carácter de la nación. Es cierto, es indudable que aun en esta clásica tierra de la belleza y del amor, durante el período ya citado, no produjo nada en la esfera artística comparable á las antiguas obras poéticas; sin embargo, su teatro se le ve desarrollar de un modo más variado; así, en Metastasio, Goldoni, Gozzi y Alfieri se encuentran individualizados los elementos de un teatro poético acompañado de cierto carácter maravilloso.

Y sube de punto el mérito de estos célebres poetas al con-

(1) Véase la pág. 430 del tomo XLIX.

siderar las dificultades que tuvieron para elevar la poesía dramática á la altura colocada por ellos merced á sus relevantes condiciones. Encontrábase el teatro en manos de empresarios deseosos de atraer á él la multitud lisonjeando su gusto; de aquí nacía como consecuencia lógica el divorcio, la completa separación entre los literatos y el pueblo; aquéllos hacían comedias de un arte frío, convencional, y éste tenía por proveedores á personas de oficio que improvisaban saliendo á la escena con máscaras, siendo los actores sastres, zapateros y tejedores, los cuales se disfrazaban por la noche de Ninos y Arbaces. El napolitano Cerlone, inventor de la polichinela y del doctor Fastidio, compuso multitud de bosquejos para aquellas improvisadas piezas llenas de jocosidades, verbosidad, rasgos satíricos, bufonadas y transparentes alusiones; y cuyos actos se prolongaban indefinidamente: por eso es más de admirar ver en Metastasio el lenguaje llevado al más alto grado de perfección musical, y en Goldoni, representada la vida común con caracteres propios y exentos de exageraciones romancescas. En efecto: Goldoni no posee una rica variedad, ni el arte de describir con pureza; pinta, no la vida, sino la sociedad, todo cuanto hay en el hombre rudo y característico; de ahí sus costumbres son siempre triviales, sus pasiones superficiales, mujeres sin delicadeza y fisonomías desprovistas de la generalidad, causa única de belleza productora. No pinta allí al sér nacional en esa constante lucha sostenida por dos fuerzas igualmente contrarias y que tienen su asiento en su misma naturaleza; se limita tan sólo á presentar, á describir al hombre en su verdadero estado natural, y sin aquel grado de cultura y civilización propia del perfeccionamiento de su ser, del progreso realizado en sus distintas esferas y bajo diferentes aspectos. Apesar de estos defectos, maneja bien la escena y el diálogo, bosqueja con maestría los caracteres, presentándolos de una manera verdadera, sin disfraz, según los usos italianos, y no como entre nosotros con extremada doblez y refinada hipocresía.

Para comprender en toda su significación y poder apreciar debidamente las condiciones cómicas de Gozzi, escribió las *Tres naranjas*, fábula de pura imaginación, por lo que

se le prodigaron los mayores aplausos, sirviéndole esta ovación como de estímulo para dar á luz otras nuevas. Abandonado á su exuberante fantasía y convencido de la necesidad de cultivar la comedia del arte, producto nacional, adquirió inmensa popularidad, poniendo en escena los acontecimientos del día, las cuestiones literarias; parodiaba las hinchadas metáforas de Chiari, con sus gestos producía la risa, se aplaudía la directa y estudiada alusión aunque fuese grosera y fuera de lugar. No es posible ejerciera ninguna influencia entre las personas de gusto al llevar al teatro sucesos de actualidad, los cuales eran puestos de relieve bajo formas desprovistas de todo atavío; por eso es absurda la opinión de Baretti al decir es Gozzi el hombre más extraordinario despues de Shakspeare, por más que reconozcamos hay extranjeros admiradores de este poeta, habiendo traducido Schiller algunas de sus fábulas; admiración que tan sólo puede ser tenida entre los amigos de la fantasía y de la paradoja. Sin embargo, justo es reconocer en él fuerza de invención verdaderamente poética, pero desnuda de esa perfección musical, de ese brillo comunicado tan sólo á la poesía por la belleza.

Al tratar de Alfieri obsérvase un fenómeno curioso en extremo por lo que se refiere al carácter de sus producciones. Identificado por completo con los escritores franceses, desprecia á todos ellos, como también á Rousseau, á quien, sin embargo, imita y copia. Ese general desprecio, especial distintivo del dramático italiano, en el cual están incluídos los filósofos, los incrédulos, los devotos y los ignorantes, los nobles y los plebeyos y hasta su misma nación le hace ser rudo y epigramático, para lo cual despoja á la lengua de todo encanto y al verso de toda armonía.

Sin conocimiento alguno del fecundo, rico y nacional teatro español, ni tampoco del alemán, ni aun de Shakspeare, se echa en brazos del francés, imitándole en la forma, busca la pureza con riesgo de la monotonía, sujeta su imaginación para no extraviarse y degenerar en romántico, presentando las pasiones con las galas de la retórica. A la edad avanzada, según su propio testimonio, estudió el griego para leer á sus

trágicos, así como también á Homero y Píndaro; empero la diferencia entre los clásicos y Alfieri es notable. El estilo de los griegos es sencillo y natural, el suyo es todo arte; para aquéllos, la acción sirve para pintar los caracteres y las costumbres, para éste es el objeto; la falta de intriga en los primeros es suplida por la variedad de los desarrollos accesorios y la riqueza de los detalles; sus personajes son reales, mientras que en el segundo se observa abandono de la naturaleza, encontrándose constantemente al autor.

Para el poeta italiano consiste el mérito de sus tragedias en seguir escrupulosamente todas las reglas y hacer no sea la representación de una época, ó la viva pintura de los progresos de una pasión: de ahí el juicio emitido por algunos críticos, fundándolo en el arte; y de ahí sus reformas estén limitadas á no recurrir á los confidentes, á las sombras visibles, á los truenos y á los relámpagos, á los reconocimientos con ayuda de billetes, cruces, espadas y otros pequeños medios de costumbres. Oigamos á él mismo: «El que ha observado el argumento de una de mis tragedias, dice, las conoce casi todas. El *primer* acto es muy corto, el principal personaje no se presenta en la escena, sino en el *segundo*; en el *tercero* no hay ningún incidente, muchos diálogos sin importancia; el *cuarto* vacíos en una y otra parte en la acción que el autor cree haber llenado y disimulado con cierta pasión al diálogo; los actos *quintos* son muy cortos, y con frecuencia toda acción y espectáculo en ellos; los moribundos hablan con mucha brevedad. Véase comprendida la marcha muy semejante de todas aquellas tragedias.»

Escaso de erudición Alfieri, y falto de esas condiciones necesarias para poderse plegar al carácter de la época y de los tiempos el poeta dramático, rehace á su modo los acontecimientos y los personajes, imprimiéndoles un sello uniforme con sujeción estricta á meras abstracciones. La *Conjuración de los Pazzi* dice mucho menos que la historia de aquel suceso: el lugar de la escena es indeterminado, pasando tan pronto en una plaza pública como en el gabinete más aislado, y los personajes, lejos de diferenciarse entre sí, son iguales; de tal suerte que Cosme no difiere de Creon, ni se dis-

tinguen los Pazzi de Antígono ó Michol: además, separándose de la realidad de los hechos, crea un nudo horrible, describiendo en él siempre espantosas catástrofes, tiranos que no tienen igual en los infiernos y criminales sin la más insignificante señal de arrepentimiento. Incapaz de tratar los asuntos modernos por no separarse de las generalidades al ocuparse de los antiguos, cuando interrumpe ese camino seguido por él anteriormente, se le ve levantar su vuelo y producir una composición digna de su talento: tal sucede con el *Saul*, tal vez su obra maestra, consistiendo su verdadero mérito en no haber descendido á particularidades propias del pueblo hebreo.

Débele á este poeta la Italia haber hablado siempre de ella, ayudando de esta manera á sostener su nombre vivo cuando todo lo demás había perecido, sirviéndose de la tragedia para inspirar sentimientos magnánimos; pero desgraciadamente, haciendo caso omiso de su siglo, vive en lo pasado, fomenta los odios, desconociendo los progresos y necesidades de la sociedad moderna, detesta la servidumbre sin inspirar amor á la libertad, sofoca toda sensibilidad, excepción hecha del horror á los tiranos. Así crea en Italia un teatro nuevo, pero no nacional.

La historia del drama en Inglaterra presenta rasgos peculiares, estando su corona adornada con uno de los genios más grandes, más portentosos, que ilustran la literatura de un pueblo. El origen del drama fué en esta nación como en las demás de Europa las representaciones puramente religiosas, y cuyos asuntos se sacaban del Nuevo Testamento y de las vidas de los santos: por eso se llamaban *misterios*. A contar del año 1110 en que se representó el misterio de Santa Catalina, composición de un monje normando, llamado Godofredo, siguen representándose otros análogos fundados en las principales escenas de la Pasión de Jesucristo, como sucede en el monasterio de Coventry, predominando este sistema por espacio de algunos siglos; prueba de ello la encontramos en las producciones dadas á luz en 1512 con los títulos de *El degüello de los Inocentes* y *María Magdalena*, y en 1538 entre otras *La Creación*, *La Oblación de los tres Reyes*, *La Tenta-*

ción, La última cena y La elección de San Matías. El clero adoptó este medio de instruir al vulgo en la historia de las Sagradas Escrituras y en la biografía de los santos, llevando al teatro los venerandos misterios de la religión cristiana, introduciendo en ellos bufonadas groseras y chocantes obscenidades, no siendo objeto de escándalo, ni mucho menos de profanación por aparecer envueltos con el manto de la religión. De esta suerte se comprende que la Iglesia, encargada de propagar la sublime doctrina del Evangelio, dándola á conocer del pueblo, dispensara gracias, concediera perdones al que asistiese *pacíficamente* á la serie de misterios representados por Pascua de Pentecostés en Chéster y que empezaban por la *Creación* y acababan por el *Juicio final*. Excusado es advertir hacía gran papel el diablo en estos misterios, el cual salía á las tablas con una máscara y dos astas, nariz larga, boca enorme, rabo y pezuñas: su criado era el vicio, haciendo éste siempre el papel de gracioso.

Desterrada de la escena esta clase de dramas, le sucede el de carácter alegórico, en donde figuran como principales personajes la caridad, el pecado y la muerte, llamándose *moralidades*. Las más notables de este género fueron *La pobreza impaciente, El hijo indócil, La caprichosa bonita, El casamiento del ingenio con la ciencia, y El dinero lo puede todo*.

Los toscos é imperfectos ensayos consignados anteriormente dieron lugar al nacimiento del verdadero y legítimo drama, cuya época exacta no han podido averiguar todavía los eruditos, siendo lo más probable fuese por los años 1566 con la *Aguja de Gammer Gurton*, representada en un colegio de Londres, obra debida á Still, que después fué Obispo. Pero aun antes de llegar á la época del verdadero drama, cuyos imperfectos ensayos hemos bosquejado, y antes de aparecer el gran Shakspeare, en quien todo es incierto, excepto su inmenso genio, el teatro inglés se presentaba rudo, tosco y desnudo de las galas de otros pueblos.

Prescindimos al presente describirlo bajo el punto de vista de la distribución de sus partes; tan sólo hemos de dar á conocer la tosquedad de los espectáculos ingleses en lo referente á sus obras. Felipe Sidnay se expresa de esta manera:

«Nuestras tragedias y comedias no observan las reglas de la cortesía honrada, ni las del arte poético; veréis en ellas por una parte el Asia, por otra el África y muchos reinos en que el actor se ve precisado al llegar, á dar á conocer al principio del discurso en qué punto se encuentra; de otro modo, ninguna inteligencia humana podría darse cuenta del hecho. Se ven á tres damas coger flores, y preciso es que saquéis en consecuencia que aquel sitio representa un jardín. A veces se oye la relación de un naufragio sucedido en aquel mismo paraje; y á menos de ser muy tontos, no puede dejar de conocerse que es un escollo. Un monstruo horrible sale del fondo vomitando fuego y humo; los desgraciados espectadores deben considerar aquello una caverna. Al mismo tiempo dos ejércitos, que emprenden la fuga, están representados por cuatro espadas y cuatro escudos: deberá creerse que el lugar de la acción es un campo. A veces un hermoso príncipe y una encantadora princesa se abrazan de amor; después de muchas desgracias, la joven se encuentra en cinta y da á luz un niño; éste se extravía ó se pierde, llega á ser hombre, arde también en amor y está á punto de engendrar otro hijo; todo en el espacio de dos horas. Los que posean algún buen sentido, pueden fácilmente conocer cuán absurdos son estos dramas.»

En este estado encontró Shakspeare el teatro inglés para con su brillante genio, que cual poderosa águila remonta su vuelo á las más elevadas esferas, crear producciones, admiración de los siglos. Es inútil buscar en ninguna literatura otro dramático como el inglés, ni en poder creador, ni en el vigor y variedad de la fantasía, en la riqueza del colorido y en la descripción de todas las edades, tiempos y clases; es preciso dejarlo solo, contemplar su gran figura para rendirle el respetuoso homenaje propio de su incomparable talento dramático. Como en él se halla reconcentrada la vida escénica, por decirlo así, del pueblo inglés; como ni antes, ni después de él aparece ningún otro que ni remotamente pueda igualarse, por esto nos ocuparemos tan sólo de Shakspeare, si bien con la brevedad posible.

Comenzamos por consignar la falta de moralidad en sus

dramas en el genuíno sentido de la palabra, de fidelidad histórica y geográfica; obsérvase en ellos carecen de artificio, intriga y exposición; con frecuencia groseras chanzas turban la emoción trágica; construcciones viciosas, juegos de palabras, ambigüedades; una dicción oscurecida con expresiones nuevas ó anticuadas; pasajes de mal gusto, extravagancias ridículas, infracciones de las leyes de la propiedad y de la verosimilitud, ofrecen materia suficiente á la crítica para censurarle, como sellan los labios de Drake y otros modernos, dándoles un solemne mentís por no admitir en él ningún defecto.

Shakspeare concebía el drama y lo regulaba por el efecto que había de producir en los espectadores; sabía más por instinto que por reflexión, suplía el genio con sus grandes bellezas las faltas cometidas en su desarrollo; así le preocupaba todo y le inquietaba menos se le objetase no existir la universidad de Heidelberg, en tiempo de Hamlet; que en el siglo de Teseo no se enviaba á las doncellas al convento; que no ha habido nunca en Milán ningún Duque Antonio, y que no arriban barcos á Bohemia, faltando de esta suerte á la exactitud geográfica é histórica. Su genio, abillantado con la fuerza creadora de su fecunda imaginación, al mismo tiempo que le llevaba á infringir las leyes de la verosimilitud, le abría vastos horizontes, donde lucía la riqueza de las grandes bellezas, propias tan sólo de los eminentes poetas; por eso, apesar de su falta de observancia en las unidades de tiempo y de lugar, lo cual le atrajo las más severas críticas de los escritores franceses y el título de *bárbaro*, dado por Voltaire, palidecen todas ellas al lado del vivo interés, de la naturalidad y de la profunda sabiduría, carácter distintivo de sus composiciones.

Para apoderarse de los dramas de Shakspeare, penetrar en su espíritu, seguirle en sus gigantescas concepciones y apreciar debidamente la verdadera pintura de sus cuadros, es preciso estudiar su época y reflexionar sobre el momento histórico en que apareció en el teatro.

La Reforma, con sus trascendentales cambios, había sepultado bajo sus ruinas á la Edad Media, no libertándose aún

los tiempos modernos; la duda había conmovido las creencias, extendiéndose por todas partes, dirigiendo su mirada escrutadora á las diferentes esferas de la vida, especialmente á la religiosa, y preparando de esta suerte la revolución primero en las ideas, para después venir al terreno material. Época de transición, se encontraba todo mezclado, llevando el sello de la confusión las personas y cosas; así las clases sociales participan de ese carácter, y los mercaderes, los médicos, los caballeros y los servidores del Estado se distinguen por sus trajes, por su educación y lenguaje. Mezcla confusa de un pasado no destruído todavía y de un porvenir que se asienta sobre sus ruinas; encuéntranse costumbres antiguas en pugna y abierta oposición con las corrientes actuales de la sociedad; un despotismo feroz al lado de un feudalismo de caballeros llenos de dureza; la grosería antigua asociada á la cortesanía nueva llena de terquedad; las imperfectas comodidades de la vida y las osadías más grandes en busca de un nuevo mundo, físico é intelectual; las genialidades de la literatura nacional, unidas á las imitaciones de las bellezas clásicas; este es el cuadro informe que nos presenta la época, en la cual aparece el gigante de la poesía dramática. Pero hay todavía más; los sucesos realizados en este tiempo estimulaban á las imaginaciones juveniles, dándoles fuerza y vigor. Se presentaban en aquel siglo los apostolados de Enrique VIII de Inglaterra y Felipe II de España; la terrible Inquisición de Torquemada y la sangrienta persecución de Isabel; la matanza de los protestantes en París y de los católicos en Irlanda; el cadalso de la infortunada Reina de Escocia y el suplicio de los insurreccionados flamencos, y en fin, la humillación de Portugal y la exaltación de la Holanda. Por otra parte, en medio de esta incesante lucha, de esta continua renovación en las ideas, del choque de opiniones contrarias, surgía el progreso á través de las vicisitudes de los tiempos, y en medio del continuo batallar la filosofía triunfaba de la superstición y del fanatismo, las artes renacían, la industria se desarrollaba, el comercio abría nuevos horizontes, los descubrimientos se sucedían con rapidez vertiginosa, y en todas partes se vislumbraba la aurora de un nuevo día.

He aquí el cuadro que se le presenta á Shakspeare para sacar de él los asuntos de sus dramas. Concentrada en sí la vida de la humanidad, recoge para llevarlas al teatro sus virtudes, sus crímenes, sus ridiculeces, sus vicios, sus odios y sus simpatías, sus recuerdos y sus presentimientos, sus desalientos y sus esperanzas, las miserias de una imaginación vacilante y los arranques de las pasiones humanas en sus diversos grados, desde la sencilla é inocente infancia hasta la caduca vejez encorvada bajo el peso de los años. Shakspeare, pues, pinta al hombre tal como le veía, tal como se le presentaba la sociedad; no como el Dante, que le describe oculto en medio de las profundidades del infinito; por eso sigue escrupulosamente la ley de los contrastes, principio constitutivo de la vida del hombre.

Su poder creador no reconoce límites, no teniendo rival en ninguna literatura; sus personajes son copiados del natural, no abstracciones personificadas, lo cual hace pertenecer á todos tiempos y lugares por participar de lo natural é ideal. Sus poesías líricas prueban la delicadeza de los sentimientos; sin embargo, en el drama describe la naturaleza humana con inflexible severidad; no juzga, no demuestra doctrinas ni sostiene teorías, dejando tan solo al espectador aprovecharse de sus lecciones. Es cierto analiza el corazón humano con una sagacidad fría é irónica, no conociendo perdón ni piedad; empero la vida no puede presentarse bajo otro aspecto al que la considera sin caridad ni fe. Tomando por asunto la naturaleza humana, esencialmente una y varia en sus múltiples aspectos, no limitándose á un hecho particular como los griegos, sino tratándose de reproducir al hombre, Shakspeare no reconocía trabas en la unidad artística y seguía presentando al sér racional bajo el punto de vista de la unidad sintética; por consiguiente, no deben examinarse en él las condiciones del arte poético, el encadenamiento de las escenas y la manera de producir el desenlace; sino la ciencia íntima del corazón humano, la marcha de la pasión y la involuntaria revelación de sus ocultos síntomas.

La fatalidad, el destino determina las acciones en Esquilo, Calderón abre la vida futura para mostrar en ella la solución

de los problemas de ésta; Voltaire anima á sus actores con sus propios sentimientos; Alfieri pone en boca de héroes vestidos á la griega sentencias de los filósofos de su siglo, y Shakspeare presenta al hombre en sus fuerzas y sentimientos el motivo de sus acciones, el principio interno de sus obras: por eso Goëthe compara sus personajes á los relojes transparentes, los cuales además de indicar las horas, permiten ver su mecanismo interior.

En la pintura de los caracteres, en el retrato de las personas y en la manera de describir las situaciones, no tienen rival en ninguna literatura. Se han visto diferentes veces representarse en el teatro conjuraciones de ambiciosos, caídas de Reyes, desaparecer los tronos y sepultarse los Imperios; ¿pero cuándo se han visto mejor representados los errores de un rey débil y apocado, irresoluto y al mismo tiempo despótico como en el *Ricardo II* de Shakspeare, cuya ambición no reconoce límites, siendo causa de precipitarse en un abismo? El carácter de ambicioso, ¿dónde mejor personificado que en Bolingbroke, sabiendo prever, aguardar y aprovecharse de la ocasión, unir la bajeza á la temeridad, la prudencia al valor, escalar el trono con ayuda de la opinión, asociando á su causa los intereses y temores de todos?

Así como el terror domina en *Romeo y Julieta* y en *Macbeth*, en la del *Rey Lear* es la conmiseración. Ver aquel Rey privado, no sólo de la grandeza exterior, sino también de los dones de la naturaleza, que, pobre y enajenado, es escarnecido por sus hijas. En un principio muéstrase abyecto, débil, egoísta; después la opresión sufrida por él le anima hasta excitar vivamente la compasión; delira por grados; su poder intelectual saca energía de los injustos sufrimientos; aunque caído en la infancia, es irascible. ¡Qué concepción más admirable la de esta composición al mirar aquel sér desgraciado, representado en el *Rey Lear*, á quien no le queda otro recurso que amar y sufrir!

La gloria de Shakspeare es haber dado al drama el sello nacional, identificando sus composiciones con el sentimiento del país; es el haber sido el representante de la libertad moral, de esa libertad que tanto engrandece al hombre, le eleva

y le sublima, no sucumbiendo jamás; es el sér, fiel intérprete de las creencias del pueblo, llevando al teatro su afición á lo maravilloso; es pintar al hombre en medio de los reveses, de los infortunios y desgracias de la azarosa vida; es el haber profundizado, como ningún otro, los secretos del corazón humano; es el haber expresado con exquisita exactitud y delicadeza los sentimientos; es haber sabido manejar con toda facilidad y variedad de giros el endecasílabo; es la de saber contrastar admirablemente los caracteres de sus personajes, para dar mayor realce á su desarrollo; así en *Otelo* es un moro feroz, violento, suspicaz y excesivamente celoso; su querida es una criatura suave, inocente, tímida y llena de ternura; Jago es un falso amigo, traidor astuto, sabiendo sacar partido de las flaquezas del amante y de la dama; es el haber representado con su peculiar, propio y verdadero carácter los personajes de sus dramas; así en *Macbeth*, el protagonista es un ambicioso que aspira á mucho y no se atreve á nada; supersticioso, solapado, dispuesto á desanimarse á presencia del más leve obstáculo; en su mujer, la ambición impone silencio á todo escrúpulo. *Macbeth* comete un crimen y se espanta de su atentado. *Lady Macbeth* le induce á cometerlo, le pone el puñal en la mano y se recrea en su consumación. La ambición de *Macbeth* es el amor al poder; la de su mujer, la vanidad; queriendo probar el poeta con esto que las pasiones bajas y mezquinas son más peligrosas y maléficas que las elevadas y nobles; es, en fin, haberse elevado á una incomparable altura por su brillante genio, por sus concepciones gigantescas, por esa especie de intuición psicológica al presentar el amor, resorte principal de sus dramas, bajo diversos caracteres y revistiendo distintas combinaciones; y por ese conocimiento profundo del corazón humano, causa de las bellezas exparcidas profusamente por sus composiciones teatrales.

Para terminar el estudio que nos hemos propuesto hacer del teatro, nos falta ocuparnos del alemán, representado principalmente en Schíller y Goëthe.

La lectura de Klopstock había hecho concebir al primero de estos poetas sentimientos religiosos, siguiendo los errores

de la época en sus primeras composiciones. Sabido es que el terrible sacudimiento social de la revolución francesa había cambiado profundamente el modo de ser de la sociedad, había llevado á las inteligencias nuevas ideas, había hecho brotar la duda y el frío escepticismo, arrancando las creencias más sublimes y consoladoras á la humanidad, sumergiéndola en un abismo insondable. Estas ideas, este radical cambio en la manera de pensar en la esfera religiosa y política, principalmente cundió á Alemania, participando el teatro de este natural contagio; así se explica que Schíller en sus *Salteadores* presente á unos bribones llegando á parecer virtuosos, siendo tal el efecto producido por aquella pieza, que varios jóvenes abandonaron la existencia de la ciudad para dirigirse á los bosques; así se comprende que en el *Amor y la Intriga* aparezca el triunfo del egoísmo calculado sobre las generosas pasiones de la juventud; y así el *Don Carlos* y la *Conjuración de Fiesqui* están llenas de republicanismo, cuyas ideas lo invadían todo en aquel entonces. La Convención francesa, agradecida á estos servicios prestados á la causa de la República, decretó expedirle el título de ciudadano francés, y, ¡cosa extraña y digna de profunda meditación! los seis miembros que habían firmado la carta, al llegar á manos del poeta alemán, habían perecido de muerte violenta, dándole á conocer bien claramente las funestas consecuencias de teorías utópicas, absurdas é impracticables.

Schíller no posee ciertamente la fecunda variedad, la profundidad patética y la poderosa originalidad de Shakspeare. La verdad de sus personajes es destruída por atribuirles ideas y sentimientos de otra época; discurre, reflexiona, dogmatiza, cuando debiera pintar, conmover y describir; no crea seres reales, como el poeta inglés, ni se apodera de los secretos del corazón humano, llevando al teatro las diversas y muy complejas situaciones de la vida humana. La duda, estado natural de su inteligencia, se deja sentir en sus obras frecuentemente; aprendiendo de la filosofía de Kant ser la idea de un Dios y el sentimiento del deber condiciones necesarias á la existencia del hombre, mostrándole además la obligación de acatar y respetar ciertos misterios. Esta saludable influen-

cia, ejercida por la filosofía kantiana, le hace tomar entonces sus inspiraciones de una fuente más elevada, y buscó el triunfo en la parte moral del hombre sobre la material, del alma sobre el cuerpo, demostrando la libertad del sér racional, y haciendo, por consiguiente, como él decía, la tragedia digna de los altos destinos de la época. En su *Wallenstein* se encuentran caracteres gigantescos, su tosquedad se halla disminuída por el arte, y el ideal de la virtud y de la bondad aparece siempre triunfante sobre el vicio y la perversidad. Idéntica tendencia se observa en *María Stuardo*, *Guillermo Tell* y la *Doncella de Orleans*.

Goëthe sucede á Schíller haciendo su primer ensayo dramático con el *Gotz de Berlinchingen*; en él personifica de una manera poderosa á los fundatarios de su última época, y apareciendo en él sin regla ni proporción barones, clérigos, pueblos, tribunales secretos, en una palabra, toda la sociedad germánica. Empero dejando á un lado otros ensayos hechos sobre asuntos griegos é italianos, fijémonos por breves momentos sobre el *Fausto*, su más célebre obra dramática.

El drama de Goëthe es la historia toda del universo, comprendiendo desde el último sér de la creación hasta Dios, desde el palacio de los Reyes hasta la humilde cabaña. Avaro de ciencia y de placeres, Fausto hace pacto con el diablo Mefistófeles, con el objeto de poder satisfacerse de ellos. Aquel talento burlón, aquel escéptico sin traspasar nunca los límites del mundo exterior, sin elevar jamás su mirada á una región superior, busca tan sólo el placer, la satisfacción de los sentidos; para él la virtud es objeto de burla, de sarcasmo el sentimiento generoso, noble y desinteresado, y de sonrisa despreciativa el padecer, el sufrir. Expone en este drama las doctrinas, pero la negación más absoluta, la nada es la consecuencia fatal, ineludible de su mortal y frío escepticismo: el amor tan sólo tiene una existencia real, pero aun ese mismo amor conduciendo á una sencilla doncella á un abismo de oprobio y miseria, de ruina y desgracia, de infelicidad y de abandono; exclamando cuando la ve perderse: *No es la primera*. Mefistófeles, encarnación del mal, vence al hombre, y Margarita, viva expresión del puro amor, se encuentra in

ducida y arrastrada inevitablemente al pecado, al infanticidio y al cadalso. Después de la muerte de Margarita, Fausto se entrega á los placeres, conoce las torpezas de la política, los delirios de la ciencia, la locura de las creencias, resolviéndose todo en la unidad personal.

El problema, como se ve, es la existencia del mal; pero resuelto sin la intervención de una consoladora Providencia, causa de nuestras esperanzas, sostén de nuestras creencias, apoyo firmísimo de nuestra fe, escudo impenetrable de graves errores y bálsamo cicatrizador de nuestras heridas, abiertas por los infortunios y contrariedades del proceloso mar de la vida: Goëthe lo resuelve, por el contrario, con aquella crítica atrevida é incrédula, propia de su siglo; con burla, orgullo y desesperación afirma ser el mal infinito, eterno é irreparable. Este drama, donde cada uno puede encontrar lo que quiere, obró sobre el carácter alemán una acción tan deletérea, que multitud de escépticos satirizaron el saber, renegaron de la idealidad, adoptando como sistema la incredulidad.

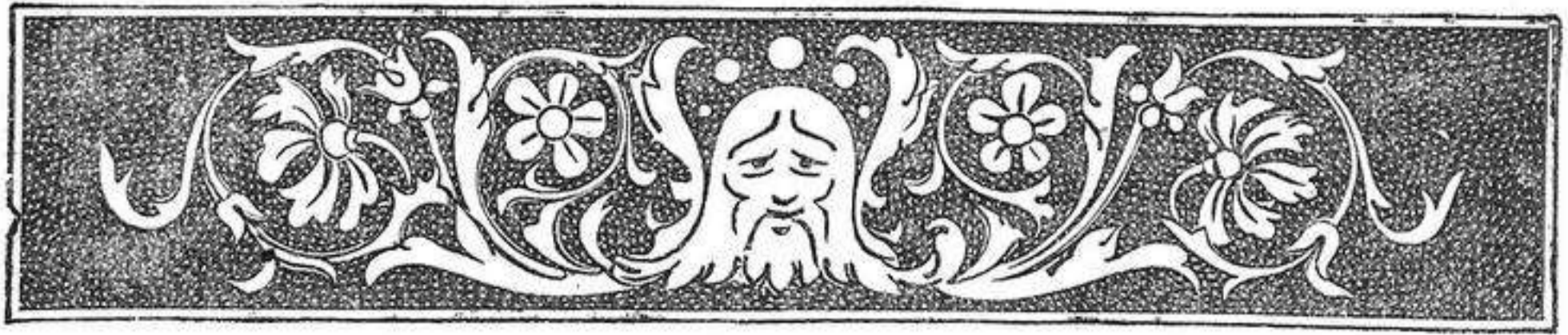
No por eso se inquietaba el poeta alemán; *con la frente tranquila y las manos ardientes*, modela, traza sus personajes, independientemente de su propia individualidad, sin corazón, sin cuidarse más que de la forma y del efecto, pensando tan sólo reproducir, como un espejo, las imágenes que le afectan; se le ve á veces adoptar y seguir á los griegos, otras se le puede considerar como émulo de Propercio; ya se le ve trasladarse á Oriente, ya se presenta en la cuna del cristianismo, y siempre en todas estas situaciones aparece con ingenua sencillez, figuras atrevidas, flexibilidad, gracia y sublimidad en la expresión.

La ligera reseña que del teatro, en algunos pueblos antiguos y modernos, acabamos de hacer, nos prueban de una manera concluyente la incontrastable influencia de la poesía dramática en las costumbres, en las ideas y sociedad en general, determinándose la manera de ser y contribuyendo poderosamente, no solo á la cultura y civilización de las naciones, sino, lo que es más, el teatro refleja, como en un espejo, el carácter, tendencias y sentimientos de la sociedad que re-

presenta; siendo el indicador más seguro para poder apreciar el grado de moralidad de los pueblos; por eso su estudio, y principalmente su examen, es objeto de las miradas del filósofo; por eso la crítica severa é imparcial no puede, no debe consentir la inmoralidad, bajo cualquiera forma que se presente, anatematizando el vicio y ensalzando la virtud; por eso, las más acres censuras deben dirigirse contra las obras que, llevadas de un deseo de agradar, sacrifican en aras del interés personal ideas más elevadas y de un orden superior; y por eso, en fin, desearíamos de todas veras desterrar del teatro, desapareciesen para siempre aquellos dramas que, no obstante de sus excelentes condiciones externas, contienen y llevan en sí un principio eminentemente inmoral, y, por consiguiente, reprobado por la razón.

MARIANO AMADOR.





BIBLIOGRAFÍA

UNA OBRA PÓSTUMA DE EDGAR QUINET

DELIBERADAMENTE califico este trabajo como de bibliografía, no de crítica. Como crítica me ofrecería muchas dificultades la tarea, y más tratándose de un escritor tan eminente como Edgar Quinet, conocidísimo en España por todas sus obras, y con particularidad por aquellas como *Las revoluciones de Italia*, *Los Jesuitas* y *Mis vacaciones en España*, donde tantas y tan hermosas páginas nos ha dedicado, consignando en ellas interesantísimas observaciones acerca de nuestro pasado y de nuestro presente, juicios llenos de imparcialidad y de rectitud.

Edgar Quinet, que no dobló nunca la frente al hombre que faltando á sus juramentos se hizo dueño de la Francia el 2 de diciembre de 1852, vivió en el destierro, produciendo en él, no obstante las penalidades y los tristísimos recuerdos que al proscrito mortificaban, algunas de sus imperecederas obras, y no regresó á Francia hasta que la fuerza de los acontecimientos, las consecuencias lógicas de toda la conducta de Napoleón III, trajeron sobre éste la espantosa ruina de Sedán, y sobre Francia los desastres sin cuento de la guerra franco-prusiana.

La vuelta á la patria, por quien siempre la profesó ciega

adoración, fué como nueva vida en el ánimo del ilustre proscrito; mas con todo esto, no pudo menos de sentir honda pena al contemplar las innumerables desgracias que habían caído sobre su país, no siendo la menor, entre ellas, la manifestación prematura, y especialmente arrebatada y violentísima, de ciertas instintivas aspiraciones que si pueden tener alguna razón de existencia, esto no cabe cuando se prescinde de discusión y examen previos acerca de ellas, de buscar la armonía de los intereses pacíficamente, trabajo que durante el imperio no pudo ejecutarse como se requería, por lo interesado que estaba en evitar la difusión y la crítica de determinadas ideas que pudieran perjudicarle: de todos modos, aquella manifestación tan extemporánea, hecha cuando el enemigo extranjero pisaba todavía el suelo francés, tan sólo por esto, ya hubo de afectar dolorosamente el corazón de los verdaderos patriotas, entre cuyo número, y por mil títulos á cual más digno, estaba Edgar Quinet.

Desvanecida aquella tempestad, siquiera en el modo como se presentó, no por eso desaparecieron las ideas que encerraba en su seno, las cuales dilatándose y perdiendo algo de su fuerza expansiva, por lo mismo que el régimen inaugurado después del imperio otorgaba más libertad para que se propagasen, han producido el resultado de que el número de sus prosélitos recibiese aumento, y como la vitalidad que los anima es grande y son muy halagueñas para ciertas clases sociales, de esto ha provenido una perturbación inmensa en los partidos que constituyen la vida política interior de Francia, que están lejos de ser, y de cada día lo serán menos, de como eran durante la república del 48, y algún tiempo después, consecuencia muy natural del movimiento de las ideas y del despertar de los intereses.

No estaban entonces tan desmembrados los partidos; constituían menos agrupaciones que en la actualidad, pero con mayor número de afiliados. No habían llegado como hoy día á darse las formas tan estudiadas, tan lógicas, que hoy conocemos para contener ciertas ideas que por entonces no merecían otra calificación que la de instintos, y que como tales se revelaban, aprovechando las ocasiones que se les ofrecían,

con la inexperiencia, con el arrebató del instinto, alarmando á los que no profundizaban el caso, á los que huían de pararse á considerar lo que hubiera de admisible en ellas en cuanto á la forma como en cuanto al fondo. No se había llegado á esa exaltación de la personalidad humana que al presente vemos, irreflexiva muchas veces, que está necesitando un gran desarrollo de las múltiples ciencias á quienes corresponde dirigirla, para que se convierta en fuente de bienes lo que podría ser causa de intensos males; para que tan poderoso movimiento en vez de encaminarse á la anulación de ninguna personalidad, por insignificante que sea, vaya levantándolas todas con todos los derechos que les corresponden para existir con existencia verdaderamente humana, para unir las en pensamiento y en acción con que se realicen más brevemente los grandes destinos de la humanidad.

Pero si existe idea clara y bien definida de lo que se desea, no existe aún conformidad de pareceres en cuanto á los procedimientos más sencillos para llevarla á cabo, pues siendo muchos los individuos, y aun clases que lo solicitan ansiosamente ó por necesidad ó por humanidad, cada uno según la posición que ocupa, según la índole de las penalidades que le aquejan, quiere que ese procedimiento se desarrolle con más ó menos lentitud, para que las perturbaciones que produzca sean lo menores posible, para que el tránsito de una situación á otra sea lo menos violenta posible, y no falta quien, impelido por lo grande de las mortificaciones que padece, por la fuerza é impetuosidad de su temperamento, y también, á veces, por los estímulos de la ambición, abomina de todo medio pacífico, ordenado para llegar al logro de sus ideales y sólo confía en la fuerza como recurso para conseguirlos. Resulta, en fin, que hay mucha diversidad de pareceres en cuanto á la conducta, y que esta diversidad produce sus efectos en el organismo de los partidos, disolviéndolos de tal manera que ya no se sabe dónde encontrar la verdadera mayoría, que no parece sino que las naciones donde tal movimiento se verifica, y donde no predomina la fuerza, más ó menos inteligente, para mantenerlas en vida propia, están próximas á deshacerse.

Esta, con brevedad manifestada, era la situación de Francia en los postreros años de la existencia del egregio Quinet, y de ahí que nada tenga de particular el esbozo que delineó para su última obra: *Vida y muerte del genio griego*.

«¿En dónde me refugiaré—dice—para no ver lo que estoy viendo, para no oír lo que estoy oyendo? Me refugiaré en una roca inaccesible: el mundo griego. Expondré su formación en la edad clásica.»

Nos queda el plan de su trabajo, mas no el desenvolvimiento completo, y si podemos, á lo menos, figurarnos lo que hubiera sido, se debe á los cuidados de una distinguida escritora, su viuda, que como antigua compañera del ilustre proscrito, como depositaria de sus pensamientos, ha conseguido establecer la hilación conveniente entre las ideas desenlazadas que habían de constituir la obra, reuniéndolas piadosamente de la boca del escritor, como esas frases inconexas que se escapan de los labios de un moribundo, y cuyo sentido lo comprenden tan sólo las personas que al rededor del lecho de muerte, y poseedoras de cuantos antecedentes pueden explicarlas, así correspondan al orden de la inteligencia como al del sentimiento, las van escuchando como la última expresión de una generosa voluntad que se acaba.

Por las líneas copiadas y por lo que el libro expresa, se comprende perfectamente que Quinet, al ocuparse en el estudio de la antigüedad clásica griega, trató de establecer un contraste vívido entre la situación de Grecia, cuando las guerras médicas, y la actual de Francia, según el autor creía verla.

«El primer acto de los griegos, dice en el capítulo 3.º, al tiempo de la guerra médica, fué el de llamar á sí toda la raza griega. La convocatoria llegó á Corcira, á Sicilia, á Italia, á todas partes donde se hablaba el idioma griego. Con este motivo el sentimiento de la raza griega se despertó en todos los pueblos griegos. Los poetas dramáticos se hicieron intérpretes de la unidad de la Helade. Ninguna de las tradiciones populares esparcidas desde la Tesalia á Sicilia fué cosa extraña para el poeta de Atenas ó de Eleusis. Todos ellos se vieron en medio de una multitud innumerable de tradiciones:

no había más que escoger. Los asuntos se presentaban por sí mismos y de aquí el número pasmoso de tragedias que producía cada escritor sin esforzarse... Suprimid con el pensamiento el acuerdo de toda la raza helénica en los campos de batalla y agotáis el manantial donde han bebido los poetas. Nadie ve más que su ciudad, su tribu. El horizonte se limita para todos. Atenas no se interesa ya por las fábulas de Argos, ni Esparta por las de Corinto, ni la Tierra Firme por las de las islas. ¿Qué viene á hacer el viejo Edipo á Atenas? A los tebanos corresponde cantarlo...

»¿Cómo han podido hasta hoy separar de las guerras métricas el arte griego, que ha salido de ellas, que es su corona? Veo que las letras, las artes, los mármoles, florecen al soplo de aquellas victorias. La Helade que estaba á punto de sucumbir, ha triunfado de los bárbaros. ¿Qué escritor, qué poeta, qué estatuario no corresponderá á este hecho?... ¿Cuál podrá ser el carácter de esas obras? El que comunica la convicción de haber vencido: es decir, la paz, el equilibrio, la serenidad de los inmortales.

»La Grecia se ha reconocido en todas sus obras, y lo preconiza en todas sus obras.

»El arte griego nació de la victoria; en esto consiste su principal carácter.»

Con todo, una sombra aparece en tan esplendoroso cuadro, y su referencia á lo actual no puede ser más clara.

«En nuestros días se establece una oposición absoluta entre el heroísmo y la prudencia. El primero es una locura; la segunda es la razonable. La superioridad de los griegos estuvo en comprender que hay prudencia en el heroísmo, y que el heroísmo es la verdadera prudencia.

»¿Era prudente, era razonable, era sensato combatir contra el innumerable, contra el invencible ejército de medos y persas, aunque á Jerjes, amo de casi todo el género humano, le pareciese una locura?... Y sin embargo, esta locura fué mucha prudencia.... La prudencia habitual aconsejaba someterse á los persas. Si triunfa, desaparece el genio griego.... No fué solamente la oligarquía de Tebas la que se unió á Jerjes contra Grecia, sino también la de Atenas. Los oligar-

cas de Atenas, los pisistratidas emigrados estaban en el campo de la invasión. Hicieron cuanto estuvo en su mano por arrastrar á Atenas.

»Tiembla uno de pensar que si de la nobleza hubiera dependido, la ciudad de Minerva se habría trocado en una Atenas meda y bárbara antes que aceptar el progreso de la democracia.

»Siempre parecerá extraordinario que tantos pueblos diferentes, viviendo bajo el régimen de gobiernos extraños unos á otros, sin otro lazo que el idioma, la igualdad de origen y un poco los dioses, se encontraran exactamente en línea de batalla para resguardar, no un Estado, no un Príncipe, sino la raza, la Helade.

»Porque no existía ninguna confederación establecida, ningún tratado, nada que figurase un Gobierno central.... Apesar de esto, había más de 50.000 griegos en el ejército de Jerjes....

»La mayor parte creyeron ser muy hábiles y se colocaron del lado del más fuerte. Todos fueron castigados de su falsa cordura por su precoz decadencia.

»Los griegos dejaron de ser lo que eran, en cuanto separaron como inconciliables el heroísmo y la prudencia: aquel día se hicieron bizantinos.

»Me he preguntado lo que me subyugaba en la literatura de los buenos tiempos de la lengua griega. ¿Es tan sólo la curiosidad, el placer de haber dominado la dificultad de una lengua muerta? No: nada de esto sería suficiente para explicar tanta maravilla.

»Lo que nos subyuga es el acento de una alma heroica, eco de los hermosos días de Salamina y de Platea.

»El aliento de aquellas grandes batallas respira en las inmortales obras de los griegos, poetas, prosistas ó escultores de los tiempos clásicos.

»Se puede marcar el poderío del genio griego, según que dicho eco ha sido más débil ó más vigoroso. Aún dura su energía en tiempo de Aristófanes. En Jenofonte languidece ya.... El eco de las guerras médicas apenas se nota en Plutarco. Acaba de desaparecer con los alejandrinos. Por último,

en la decadencia el alma se destroza; no cuida más que de divertirse ó de recrearse en el misticismo....

»¿Creéis que el Júpiter de Fidias habría sido tan olímpico si hubiera tenido que doblar la cabeza delante de los dioses de Darío y de Jéjjes?...

»¿Puede figurarse nadie que la Palas Athenea de Fidias hubiera tenido la misma majestad, que hubiera cubierto tan altivamente con su egida la tierra extendida á sus pies?

»No; todo el genio de Fidias no hubiera podido infundir la fiereza de la omnipotencia á una Palas vencida, esclava de Ormuzd y de Ahriman...

»La principal de esas ideas, la que comprende todas las otras, es que nadie ha mostrado de una manera concluyente el efecto de las guerras médicas sobre la educación, el temperamento, el carácter continuado del genio griego.

»El heroísmo en la vida y en el arte; he aquí la Grecia.

»He aquí lo que yo quería evidenciar al escribir las páginas que siguen.»

Según hemos manifestado, no llegó á escribirlas, contra-tiempo tanto más lamentable, cuanto que la grandeza del plan, tratándose de un hombre como Edgar Quinet, tan erudito en la filosofía y literatura generales y dentro de ellas en la filosofía, literatura y bellas artes de Grecia, tan conocedor de su idioma, prometía un libro excelente, resultado de muchos y profundos estudios y lleno de aplicaciones prácticas á la Francia moderna y acaso á otros pueblos.

Dadas la fuerza y la rectitud del criterio de Edgar Quinet, no había motivo para inquietarse de que al escribir la historia antigua con el propósito de deducir lecciones para la Edad Moderna, la reconstruyese caprichosamente, según las ceguedades de escuela ó de partido de nuestros días, ó tal vez de las circunstancias del momento.

No ofrece duda, porque las mejores historias así lo acreditan, que la Grecia en su principal representación de Atenas y Esparta, sobre todo de la primera, pues lo que se llama, y con justificado motivo, civilización ateniense, irradió al mundo, tuvo en las guerras médicas una muy favorable coyuntura para reconocerse, para saber con seguridad que

había un mundo griego, aunque constituyendo muchos y diversos Estados, con la bastante fuerza para resistir á los persas y derrotarlos apesar de su inmenso pero deleznable poder, y que el movimiento más poderoso del genio griego en todos los órdenes de vida, se inició entonces prolongándose y dilatándose su influjo muchos años después que el pueblo había perdido su independencia.

Como en la obra de que hablamos no hay las suficientes explicaciones de la teoría del autor, tal como la hemos resumido en las citas más arriba expuestas, no es posible determinar la participación que pensaba reconocer á la prepotencia del espíritu griego tal como se manifestaba antes de las guerras con Persia, porque lo cierto es que el sentimiento vigorosamente democrático de aquellos pueblos, en general considerados, los adelantos que habían hecho en cuanto á la organización de sus Gobiernos concernía, así como en las ciencias, en las artes, en el comercio y en la agricultura, siguiendo bajo muchos puntos de vista una gradación semejante á la de los municipios de la Edad Media, y sobre todo la exuberancia de vitalidad y de desarrollo que probaron con el establecimiento de tantas y tan florecientes colonias fundadas en gran parte del litoral Mediterráneo; da á entender que si los griegos requerían una ocasión solemne para unir sus fuerzas y proclamar muy alto la unidad de la raza, no por eso dudaban que el sentimiento de esa unidad, siquiera latente, existía en ellos, y la prueba está en el apoyo que reclamaron los atenienses y espartanos de los demás Estados y colonias, y la guerra que hicieron á algunos de aquellos ó de éstas, porque, ó de mala fe, ú obligados por las fuerzas de Jerjes, ó de las circunstancias, se abstuvieron de socorrer á sus hermanos, ó tomaron parte en la guerra al lado de los invasores.

Atenas y Esparta llevaron verdaderamente el peso de ella; muchos dejaron de ayudarlas sin que la mala fe ni la imposición de los sucesos, sino sólo la indiferencia ó las distancias, tuvieran parte en ello. Atenas y Esparta, después que los peligros de la guerra pasaron, emprendieron una cruenta y dilatada lucha entre sí y con otras repúblicas de la misma

raza, prueba de que ni la pequeñez y proximidad de los dos Estados ni las afinidades de origen fueron bastantes para mantenerlas unidas, y así pudo Filipo subyugarlas más adelante con tan grande facilidad.

Insisto en la idea que he indicado ya. Antes de los persas, los griegos habían adelantado mucho, y los progresos de aquella época guardan relación con los que posteriormente hicieron, y los prepararon de una manera lógica y ordenada, por sucesivos y marcados perfeccionamientos; no de un modo brusco que los precipitara y acelerase, porque esto no se verifica en la naturaleza. En pueblos como aquellos, donde el sentimiento democrático era tan levantado que las Constituciones por que se gobernaban son hoy día objeto de profundos estudios, nada tiene de particular que no pudiesen resistir un gobierno tiránico, y que lanzasen á los pisistratidas porque la oligarquía de que eran jefes no estaba en consonancia con las costumbres de aquellas gentes. Esto, á mi entender, es importantísimo consignarlo, porque sirve para explicar en mucha parte la elevación de pensamientos que poseían, y la grandeza que imprimieron en todas las manifestaciones de su existencia. Que la derrota de los persas exaltara poderosamente el orgullo griego era muy natural, y que este orgullo ó, si se quiere, satisfacción de su victoria, se revelara en muchas de las obras que se produjeron después, también era lógico; pero repetimos que la unión no fué muy duradera y que de las Repúblicas que contribuyeron al vencimiento, Atenas casi exclusivamente fué la que llevó y tiene la representación de la vida griega, papel de que hubieran debido participar los otros Estados, si, como se supone, á todos alcanzaron las consecuencias morales del hecho.

Aunque la civilización de aquel país, en sus primitivas revelaciones, fué una secuela de la civilización oriental, sin embargo de esto, empezó muy pronto á emanciparse, á constituir una filosofía sobre el antroporfismo, sobre el individualismo, sobre el reconocimiento de la personalidad humana en contra del panteísmo asiático tan absorbente, según cuyas creencias el hombre no era nada ante la divinidad absoluta que lo abismaba todo en su infinita esencia. Las escue-

las filosóficas griegas, anteriores en mucho á las guerras médicas, aunque desprendiéndose lentamente de tan mortales lazos, evidencian de una manera clara que, ya partiese de originalidad propia del genio griego, si es que ninguna filosofía puede considerarse como tan autóctona que no se deduzca de otras anteriores; ya de la situación geográfica de Grecia, de las circunstancias de su suave clima, ni tan cálido como en los orientales que enerve al hombre, ni tan frío que no puedan florecer bajo su hermoso cielo muchas de las producciones más preciadas de la naturaleza, dando lugar así á que el hombre, sin considerarse absorbido por ella, la venera y la glorifique con las mismas fuerzas que ella comunica para dejarse dominar; ya del contacto en que se vió con otros pueblos, poseídos de otras ideas en cuanto á la explicación del hombre, del mundo y de Dios, patentizan indudablemente, repetimos, que el espíritu griego había tomado diferentes y más fecundos derroteros para darse razón de sí y de cuanto le rodeaba, de su personalidad sobre todo, aprovechándola como elemento indispensable para constituirse con carácter propio y separado del de los pueblos orientales. Esto les infundió, les comunicó una energía, una posesión de sí mismos extraordinaria, y por eso vemos tan elocuentes indicaciones de esta disposición de ánimo en la guerra de Troya, cuyo sentido filosófico no se encuentra más que en la lucha de las dos tendencias insinuadas: de la civilización oriental con la occidental, constituídas ambas por ideas opuestas.

Sin duda alguna el esplendoroso triunfo que consiguió una parte de Grecia sobre Jerjes, hizo que el sentimiento público se exaltara, se enorgulleciera de haberlo alcanzado, y que esta gloriosísima satisfacción se exteriorizara en las grandes obras de todo género que nos ha legado la antigüedad griega; pero de todos modos, si en aquel suceso el impulso civilizador recibió más intensidad y se extendió á más, no se produjo exclusivamente, en nuestra opinión, de aquella guerra, sino que estaba preparado por la civilización anterior que no era mezquina. Nuestra historia patria ofrece un señaladísimo ejemplo de que las victorias, cuando no van acompañadas de la fuerza de las ideas, antes son perjudiciales que be-

neficiosas. Fuimos á América, y como la idea cristiana era muy superior á las que allí existían, las vencimos; pero luchamos con los protestantes en el Norte de Europa, y apesar de nuestros repetidos triunfos, el resultado definitivo fué para ellos.

Según el plan que se había trazado, Edgar Quinet pensaba ocuparse de las más ilustres figuras de la historia griega, refiriéndolas á las consecuencias de las guerras médicas; pero sólo lo verificó en pocas, pero brillantísimas páginas dignas de él, páginas en que resplandece su inmenso amor patrio, de Herodoto, Esquilo, Píndaro, Alcibiades, Demóstenes y Plutarco, para decir de unos que sus obras estaban animadas de la sublime inspiración que produjo en los griegos la memoria de sus inmortales victorias sobre los persas; de otros, que sus libros no pueden ser colocados á tanta altura, porque el poder y la virtualidad de la gran memoria habían disminuído mucho, merced á que las generaciones descendientes de los invictos héroes de Marathón y Salamina se hacían una guerra mortal, ó se supeditaban á influencias extrañas, ó á los estímulos de su corrompidísimo carácter, como sucedió con Alcibiades. Demóstenes fué el último que, lleno del recuerdo, hizo por explicar elocuentemente su sentido á los degenerados griegos, despertar en ellos vida y heroísmo para que lo reprodujeran, mas no lo consiguió: los cálculos del egoísmo prevalecieron.

A la viuda de Mr. Quinet debemos bastantes amplificaciones del plan de éste, y un enlace perfectamente hecho de las notas sobre que debía ser escrita la obra; mas no se crea que este delicado trabajo lo sea puramente de enlace; nada menos que eso: la distinguida señora ha mostrado tener un profundo conocimiento de la historia y literatura griegas, pues sólo así se explica que con las escasísimas notas que de su esposo recibió, con sus recuerdos, haya podido hacer un libro tan interesante y que por todas sus condiciones presenta una personalidad diferente de la de Mr. Quinet, sin que el asunto quede menoscabado. Si algún defecto tiene es el exquisito cuidado con que la ilustre escritora procura desvanecer su personalidad ante la de Mr. Quinet. Digno es de tan respe-

tuoso tributo, mas no por eso pierde nada quien lo rinde.

Sus estudios acerca de las cualidades del pueblo griego antes de las famosas guerras; la narración de éstas con sus accidentes y detalles; su crítica de los grandes trágicos Esquilo, Eurípides y Sófocles, de Pericles, de Fidias, de Epicuro y otros personajes son excelentes. Desearíamos insertar aquí una imitación que de los diálogos de Platón ha hecho, pero es algo extensa y no queremos alargar demasiado este escrito.

Lo que sí haremos, porque es más breve y porque honra á dicha escritora como tal y como mujer de delicados sentimientos, es terminar con una parte del comentario que hace al *Edipo en Colona*, de Sófocles. Después de describir la grandeza de alma de Antígona, la hija del desgraciado Edipo, que se somete llena de heroica abnegación á sacrificarse por su padre ciego, anciano, inerme y perseguido por los dioses y por los hombres; después de fijarse en las sublimes inspiraciones que la generosidad de su corazón dicta á la joven, del sin par cariño y fortaleza de ánimo con que mantiene la vida de su padre, y después, por último, de haber dispuesto en otras páginas la atención del lector sobre lo independientemente que hablaron algunos de los trágicos griegos contra la injusticia de sus dioses, dice así:

«Aquella alma tan grande se eleva de cada vez más. Su nombre ha quedado como sinónimo de virtud. La antigüedad deja á los modernos muy poco que añadir. Si el cristianismo ha creado un tipo de pureza y de santidad en la madona que tiene al divino niño en los brazos, la poesía griega nos ofrece un ideal no menos divino en aquella virgen, modelo de ternura filial y paternal. La heroica joven afronta la ley de los tiranos y prefiere la muerte por cumplir su promesa.

»Honor eterno para la antigüedad por haber concebido una idea tan completa y tan elevada de la mujer. Antígona reúne todas las cualidades del alma humana: la fuerza intrépida, la acción heroica, la audacia del atleta que lucha contra bestias feroces, la piedad de un alma santa y fiel, y al mismo tiempo la firmeza de un alma sedienta de justicia, y

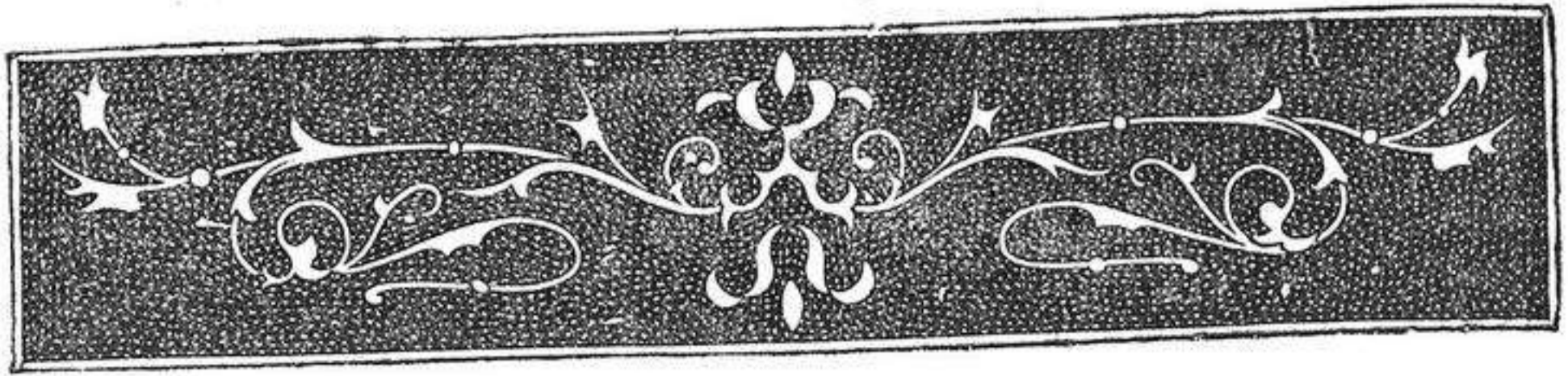
que extrae su fe de la idea del derecho eterno, derecho anterior á toda legislación. En ella se sostiene una voluntad que no se fatiga por nada, un valor que no se intimida por nada, una altiva y serena indiferencia del dolor, de la tortura y de la muerte. ¿Qué digo? La posee el entusiasmo del martirio, pero entusiasmo reflexivo; no por un sentimiento sobrenatural y de confianza en las recompensas celestes, sentimientos que á tantas heroínas cristianas inspiró, no: Antígona se sacrifica estoicamente á la idea del deber.»

Creemos que no se puede desentrañar mejor la significación del personaje. Para dar una idea completa de Antígona, termina el estudio repitiendo la frase que Sófocles puso en boca de la heroína: «Mi corazón está hecho para amar, no para odiar.»

El conocimiento literario, la profundidad de la crítica y la delicadeza del sentimiento, son prendas que difícilmente se reúnen, y Mme. Quinet ha mostrado tenerlas.

LUIS BARTHE.





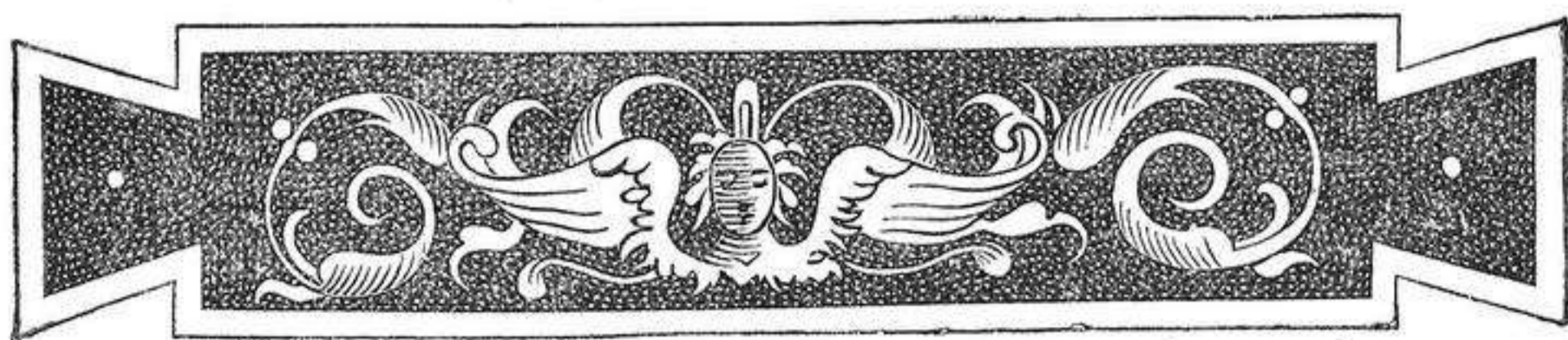
EN UN ABANICO

Libro en que sus notas
 escribe el amor;
arma de la astucia,
 velo del pudor;
aunque sin palabras,
 rítmico lenguaje,
aliento de Flora;
 de Venus mensaje;
ave, cuyas alas
 rozan blandamente
los menudos rizos
 de velada frente,
avivan la llama
 de los negros ojos,
ó encienden la púrpura
 de los labios rojos;
movedizo espejo,
 que copia ondulante
luces y contornos
 de gentil semblante;
álbum de poesías,
 de bellezas rico,

clave de armonías...
es un abanico.
¡Ramo de cien flores,
que echan á tus pies
amistad é ingenio...
tu abanico es!

M. GUTIÉRREZ.





DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

Continuación (1).

25. Conferencio con nuestro Ministro, con el General Ribotti, con Finzi, con Visconti Venosta, y otros y otros.

La revolución se extiende cada día más en las provincias meridionales. El General Garibaldi avanza sin obstáculos y de triunfo en triunfo.—La corte se halla por momentos más y más aislada. Son muchos los que la abandonan; pero hay también excepciones, tanto más meritorias cuanto más raras.—El Rey no puede ya continuar residiendo en palacio; á lo más podrá retardar un poco el abandonarle.

El Sr. Nisco vuelve á tierra.

Los dos comités, el del *Orden* y el de *Acción*, redoblan su energía; y si bien inspirados por distintos principios, procuran aparecer unidos. El primero escribe:

(1) Véase la pág. 31 de este tomo. 414 del tomo anterior.

«Falsas voces han hecho creer que el comité del *Orden* camina en desacuerdo con los amigos, con quienes hasta aquí había cooperado. Tales voces de todo punto carecen de fundamento; y en prueba de ello todos sus actos llevarán de hoy en adelante para ser auténticos los dos sellos impresos á continuación. (El uno era la palabra *Orden*, y el otro el escudo de Saboya.) Cualquiera demostración en las calles, por inocente que fuese y por legítima que fuera su causa, conduciría ahora á nocivas provocaciones; por lo cual se advierte á todos los patriotas que no tomen parte en ella.»

Pero el desacuerdo no tarda en manifestarse; pues el comité de *Acción* ha dado á luz con fecha de hoy el tercer número de su *Boletín de la revolución*, el cual dice:

«Invitamos á todos los amigos de nuestro programa á no dejarse engañar por las tendencias de una gente que tiende á fraccionar el gran movimiento unitario, y que va mendigando con afán un dictador cualquiera, con tal que no sea Garibaldi.—Nuestro programa, lo repetimos por milésima vez, se resume en estas pocas palabras:

Unico objeto, *unidad y libertad de Italia con Víctor Manuel*.

Unico medio, *la revolución*.

Unico representante, *el héroe del pueblo José Garibaldi*.

Cualquiera que por cualquier modo ponga obstáculos á la marcha del hombre necesario, es enemigo de Italia.»

Menester es convenir en que el lenguaje del comité de *Acción* es el lenguaje reclamado por las circunstancias, atrevido, pero nada inconveniente; y no puedo persuadirme de que no pueda ser acogido desde luego por el comité del *Orden*. ¡Proclama á Garibaldi como dictador! Pero el Conde de Cavour no es contrario á la dictadura de Garibaldi: es contrario á todos aquellos movimientos, que pueden hacer que se nos venga encima la Europa monárquica, arruinando así la empresa de nuestra unificación. No quiere locuras, he ahí el verdadero punto de vista. Quiere que se constituya un Gobierno, antes de llegar Garibaldi, no para quitarle la dictadura, sino para salvar de trastornos y disolución la cosa pública en el intervalo desde la partida del Rey á la llegada del General. Si el Conde de Cavour puede haber asentido á la idea de una dictadura sugerida por alguien, fué ciertamente en el concepto de que

la dictadura surgiese en tal intervalo; de otra suerte no habría expresado en el telegrama dirigido á mí el 24 de este mes la idea de que sólo provisionalmente estuviera yo dispuesto á asumir el mando de todas las fuerzas. Por tanto, si fué sugerida aquella idea, el error no consistió en el concepto en general, sino en haberle echado á volar sin atender á que había de ser modificado según las circunstancias y teniendo en cuenta en especial que un dictador ¡y qué dictador! se hallaba ya en camino hacia Nápoles. Y en efecto, si se hubiera hablado, no de dictadura, sino de prodictadura, como era del caso, la propuesta no habría parecido exorbitante ni suscitado tan tenaz oposición. Pero se me dice: ¿no veis que aquél «*con Víctor Manuel*» es tierra que se echa en los ojos, es un expediente para el momento y nada más? Sí, lo veo y lo temo, respondo yo, y no olvido el dicho agudo de Máximo de Azeglio, que no pocos de aquellos que ahora gritan ¡*viva Victorio!* añaden en voz baja ¡*rey provisorio!* Pero me basta que entretanto rindan homenaje á nuestra bandera; y el Conde de Cavour sabrá aprovecharse de ello en su tiempo y lugar. Entretanto cumplen obra santa de caridad patriótica todos aquellos que se dedican á quitar de enmedio hasta la sombra de antagonismo entre el gran Ministro y el soldado heroico. Venga, pues, éste á Nápoles: Cavour no ha soñado jamás en impedirselo, ni podría hacerlo antes ni ahora. Garibaldi en Nápoles tendrá en su mano la suerte de todas las cosas; pero ¿qué importa, estando como estamos seguros de su sincera devoción á Italia y á Víctor Manuel? Bueno será, eso sí, procurar que los mazinianos no le cojan en sus redes, para inducirle á sospechar del Conde de Cavour ó insinuarle que éste solamente quiere el engrandecimiento de una provincia italiana y no la unificación de Italia. Concordes y unidos Garibaldi y Cavour, nada hay que temer; éste con la mente, aquél con el brazo, sirven á cumplir el gran designio, y todo marcha felizmente. ¡Pluguiera al cielo que cesara hasta el desacuerdo entre los dos comités, que ha retardado la partida del Rey! Si se encontrara modo de poner fin á estas excisiones, la acción unánime de los dos comités produciría un suceso tan deseado y tan importante. Quiero escribirle sobre ello al Conde de Cavour.

Continúa con el mayor secreto el desembarco de las armas y municiones, que van perfectamente á su destino.

Envío el *Tanaro* á Génova con despachos de nuestro Ministro para el Conde de Cavour. Yo también le escribo; y es para decirle que se va despacio aquí; y que intime á... que no se devane más los sesos en proyectos de ataques y de capturas, sino que se dedique más bien á hacer que se levante la población en masa al grito: ITALIA UNA Y VÍCTOR MANUEL. Este es el objeto verdadero y cabal; esto es lo que se quiere; esto lo que nos daría la razón á los ojos de Europa.

Entretanto se va susurrando que en la noche pasada tuvo lugar un gran desembarco de garibaldinos entre Bagnara y Scilla, y que la marina de guerra napolitana *ha dejado hacer*.

El mismo General Garibaldi se anuncia desde Palmi con estas enfáticas y fatídicas palabras:

«*Palmi 25 de agosto de 1860.*

Nuestra marcha es un triunfo; las poblaciones están frenéticas; las tropas reales se desbandan.—J. GARIBALDI.»

En mi carta al Conde de Cavour le indico también que hasta ahora no he suministrado más que diez mil ducados de los millones que ha puesto á mi disposición sin intervención de nadie; y que estos señores se quejan de mi parsimonia.

26. Estamos empavesados como de fiesta y hácense los disparos del saludo real en honor del día del Príncipe consorte de Inglaterra. Lo mismo hacen todos los buques de guerra estacionados aquí, que pertenecen á once naciones diferentes.

El Marqués de Villamarina, en su calidad de Ministro cerca de esta corte, me escribe para manifestarme que el Gobierno de aquí le había hecho reclamaciones, porque yo me hallaba situado con la *María Adelaida* en posición que dominaba demasiado al Palacio Real y le había excitado á invitarme para que tomase fondo en otro punto, fuera de tiro de cañón. Respondo de oficio que apenas los buques de guerra de las demás naciones estacionados aquí hayan hecho movimiento, para cumplir la invitación que se me había comunicado, y que yo no dudaba se les habría dirigido también á ellos, no

retardaría ni un momento el imitarlos; que no siendo así, permanecería en donde estaba.

De tierra me advierten de nuevo que si el Rey parte, se quiere darme la dictadura hasta la llegada del General Garibaldi, y que se juzga tal expediente á propósito para salvarnos del partido maziniano.—Telegrafío sin tardanza sobre esto á S. E. el Conde de Cavour, haciéndole observar que á mi juicio la ejecución de tal idea sería un grave error, merced al cual las mismas condiciones políticas podrían resultar sumamente complicadas.

El General Nunziante me envía la esquila, que transcribo aquí, en prueba de las precauciones que se hallaba en el caso de tomar para eludir las pesquisas de la policía:

«Ilustre Sr. Conde:

Tendría mucho gusto en verle. Las señas para encontrarme son: Ribera de Chiaja, palacio *Le Febre*, y pregunte por el Sr. Fillioli en la planta baja. Esta noche estaré en casa de Cicarelli desde las nueve y media.—DUQUE DE MIGNANO.»

Voy al punto.—Se lamenta conmigo de la flojedad de quien debería ayudarle. Me dice que á mitad de la obra fueron trasladados los comandantes y oficiales de los cuerpos. No desespera sin embargo de salir adelante con el intento; pero los obstáculos crecen desmesuradamente, y me pide que informe de ello á S. E. el Presidente del Consejo Conde de Cavour.—Lo haré cuanto antes.

Le devuelvo la visita al insigne escritor Alejandro Dumas á bordo de su buque de recreo. Se entra al momento en conversación sobre nuestras cosas. Háblame de una suscripción para ganar un regimiento á favor de la causa de la independencia italiana. Me presenta al encargado de recoger el importe de cada suscripción particular, y él, sin más, entrega una fuerte suma de su bolsillo, que me ha parecido subir á algunos millares de francos.—Cogido de improviso, me empeño en suscribirme yo también. Mas, restituído á mi bordo, hablo de tal promesa mía con algunos de los refugiados políticos, á quienes yo había dado asilo, y me dicen que aquel dinero pasaría probabilísimamente á manos que lo serían todo menos amigas. ¡Buen negocio habría yo hecho en verdad, si hubiera

dejado correr las cosas sin tomar informes!—Resuelvo, pues, no dar un maravedí y dejar que de mí se diga lo que se quiera; que se pueden hacer necedades con el dinero propio, nunca con el ajeno.

Nuestro Ministro se complace en venir á bordo de la *María Adelaida*. Tiene más esperanza que yo de una sublevación en masa, que le haga huir al Rey.—Será Garibaldi quien le obligará á marcharse con su avance casi sin combate.—Pero, sea de un modo ó de otro, es lo cierto que al punto á que hemos llegado, no puede ya permanecer aquí; y tendrá que dejarnos el campo libre. Entretanto estamos seguros de la marina real, hecho de la mayor importancia; dado que aísla al Rey, y nos refuerza en caso necesario contra el Austria. La población está por la unidad de Italia, y luego que haya salido el Rey la proclamará con extremos, atendida su índole natural, que la lleva, si una vez se mueve, á caminar y caminar hasta el delirio; y esto le dará fuerza á Cavour enfrente de la diplomacia. Si ahora aquélla se está quieta, es merced á las circunstancias del momento y aun á los impulsos de su buen corazón. El sentimiento nacional la apremia; pero es también accesible á cierta compasión respecto del joven Rey, por lo cual se mantiene en suspenso; y no habiendo quien sepa inducir la á resolverse, espera.

El Conde de Cavour responde en los términos siguientes á mi telegrama de hoy, antes referido:

«Si se verifica el movimiento, es menester que tengáis el poder en vuestras manos. Si consiente Siracusa en prestar su nombre, valeos de él. Si llegare el caso, aprovechaos de Finzi y de Visconti-Venosta.—C. CAVOUR.»

Está bien; mas no juzgo posible por ahora un movimiento de tal consistencia que pueda intimidar á las tropas de guarnición aquí y obligarle al Rey á huir. De cualquier modo, conferenciaré con Finzi y con Visconti-Venosta.

Llega el *Governolo* del faro de Messina informándome de lo concerniente á las órdenes que le tengo enviadas al Comandante de aquella estación.

El General Nunziante se retira momentáneamente á bordo de la *Constitución*, por haber conocido que se le seguía la pis-

ta. Me escribe para que le haga yo decir al Sr. Devincenzi que vaya á verle á la nave de dos á tres de la tarde, y al abogado Ranieri de seis á siete.

S. A. R. el Conde de Siracusa se traslada á bordo de la *María Adelaida* para verme, y durante nuestro coloquio me trata con su acostumbrada benevolencia. Querría S. A. que el Rey, su sobrino, tomara la generosa resolución de abdicar en favor de Víctor Manuel y de proclamar que lo hace para que Italia ascienda al puesto de las grandes naciones. En verdad que tan noble sacrificio redundaría en grande honor suyo y le conquistaría aquella veneración que tienen los italianos hacia el Rey Carlos Alberto; pero son más bien únicos que raros los reyes de la traza de aquel saboyano, al que le cuadra tan propiamente el sobrenombre de Magnánimo.

Acompaño á tierra á S. A. R.

27. Las tropas reales napolitanas no oponen ya ninguna resistencia á la marcha del General Garibaldi sobre Nápoles. Tiénense noticias de que la brigada Calderelli, apostada en Cosenza, compuesta del regimiento de *carabineros*, de la *batería* núm. 22 y de dos escuadrones de *lanceros*, se ha comprometido á no combatir ya contra Garibaldi, ni sus soldados, ni los guardias cívicos del reino de la Sicilia. Cada vez se hace más imposible que el Rey permanezca, y todos preven que se irá pronto.

Las protestas de anexión por parte de la marina real son más firmes que nunca, y las excepciones tan en pequeño número, que no vale la pena de pensar en ellas.

Recibo una carta de Máximo de Azeglio, fechada el 24 del corriente en Cannero, sobre el Lago Mayor. Está allí por unos pocos días; después volverá á Milán. No transcribo aquí la carta, porque habla demasiado de mí y en lenguaje de amigo, que mira al otro amigo por el prisma de la efusión más benévola. No está contento gran cosa de la marcha de soslayo que se sigue. Recto en todo y en tan alto grado, como él lo es, no puede tolerar engaños de esta clase para ningún fin. Dice que el mal es siempre mal, aun cuando se haga en pro de la Patria. ¿Cómo contradecirle? Según él, todo caminaba en regla hasta el desembarco de Garibaldi en Sicilia; desde

entonces en adelante se navega al azar. Lo que le tiene más preocupado es cabalmente el hecho de que aquellos que más ruido arman y entonan más quejumbrosas lamentaciones, son cabalmente los que proclaman como el mejor de los resultados *la anexión de Nápoles*, cuando él la considera prematura. Por lo demás, se complace en esperar buen suceso y conviene en que si la fortuna suele asistir á los audaces, debe, sin duda, asistirnos á nosotros, que lo somos en alto grado.

S. A. R. el Conde de Siracusa me envía la carta siguiente:

«Lunes 27 de agosto de 1860.

Caro Persano:

Estoy en este momento con D. Liborio Romano, el cual me parece decidido á servir bien la causa italiana con Víctor Manuel. El mazinismo se extiende en grandes proporciones y no hay tiempo que perder. Romano me aconseja partir al momento á Turín, para exponerle al Rey y al Conde de Cavour la situación del país. Estoy pronto á hacerlo. No hay sacrificio que no afronte para salvar á la Italia y á este pobre Nápoles de la anarquía. Si lo aprobáis, podría partir para Génova con un vapor aviso de los vuestros hoy mismo.

Si queréis hablar con Liborio Romano, estará conmigo ahora mismo. Os espero.

Vuestro amigo.—LEOPOLDO, CONDE DE SIRACUSA.»

Voy y me pongo al momento á sus órdenes, encontrando en su casa al Ministro Liborio Romano.

El Príncipe me confirma cuanto me ha escrito un momento hace; se conviene en que telegrafíe yo al intento á S. E. el Conde de Cavour y que se espere su respuesta. Entretanto, S. A. R. le escribirá al Rey Víctor Manuel y enviará la carta por medio de Nisco, al cual le daré el *Authión* para ir allá.

Le envío á S. E. el Presidente del Consejo el telegrama convenido, para consultarle sobre la partida del Conde de Siracusa, y al mismo tiempo le pido instrucciones para el caso de que el Rey deje á Nápoles. Le informo de que he hecho partir al *Authión* para conducir á Nisco con una carta del Conde de Siracusa para el Rey, y concluyo asegurándole que la flota napolitana quedará por nuestra, de grado ó por fuerza.

Regreso á bordo y le ordeno al *Authión* que esté pronto para hacer rumbo á Génova á la señal primera.

Vuelvo á tierra y voy á buscar á Nisco para hablar de su viaje á Turín, como portador de la carta del Príncipe Conde de Siracusa á S. M. el Rey Víctor Manuel. Me dice que se han podido ahorrar cerca de mil ducados en los gastos ocurridos para el desembarco y reparto de las armas, cuya cantidad le entregará á Devincenzi; y está bien. Veo después al General Nunziante: desea que Poerio venga á Nápoles cuanto antes.

Voy á ver á nuestro Ministro y enterarle de mi telegrama á S. E. el Conde de Cavour, de la partida del Conde de Siracusa y del deseo del General Nunziante de tener aquí á Poerio. El General cree que será cosa excelente la venida de este hombre dignísimo. Encuentro al Ministro un tanto retraído, lo cual me disgusta, porque el acuerdo es necesario. Tendré empeño en desvanecer toda sombra, con que pueda ser herida su susceptibilidad, tanto mas cuanto que su posición le da derecho de preferencia respecto de mí. Le telegrafío, pues, á S. E. el Conde de Cavour de esta suerte:

«Le ruego á V. E. que no hiera el justo amor propio de Villamarina: déjele en primera línea, si quiere conservar nuestro perfecto acuerdo: yo no tengo el menor reparo en ello; y además, sé que debo estar después de él. Y en cuanto á mí, esté seguro que jamás he de faltarle, sea cualquiera la posición que me señale. Nunziante pide que venga aquí sin dilación Poerio.»

Vuelvo á bordo para escribirle al Conde de Cavour con el *Authion*. Entretanto me traen la respuesta que por telégrafo da á mis preguntas sobre la partida para Génova del Conde de Siracusa y sobre el modo de conducirme, si el Rey se marcha. Hela aquí:

«Ponga la *Constitución* á las órdenes del Conde de Siracusa, que partirá de ahí, cuando mejor le plazca. Vuestro ayudante de bandera os lleva mis instrucciones para los casos que sobrevengan. Si el Rey se va, haceos dueño del movimiento, que le haya inducido á ello. Sobre todo apoderaos de la flota y de las fortalezas.—C. CAVOUR.»

¡Pues es una friolera! Mas, como dicen los del campo, haremos lo imposible para salir adelante.

En mi carta al Conde de Cavour no hago más que repetirle minuciosamente cuanto le he significado este día con los dos telegramas antedichos. Insisto en la necesidad de que haya pleno acuerdo entre el Marqués de Villamarina y yo; y le ruego nuevamente que busque el modo de persuadirle que él está en primera línea, como le corresponde, y que yo estoy en la segunda, bien entendido que yo me complazco en ello, y que no he de faltar jamás por eso á mis deberes. Prosigo manifestándole que juzgo por ahora imposible una insurrección imponente de la ciudad; por lo cual se debe recurrir á otros medios; que ya quedan pocas esperanzas en el éxito de la tentativa del General Nunziante, dado que habiendo penetrado el Gobierno el intento, se había puesto sobre aviso; que se había por lo mismo proyectado que algunos de los primeros Generales y Jefes de los cuerpos, con el Conde de Siracusa á la cabeza, se presentasen al Rey y le suplicaran que abdicase á favor de Víctor Manuel en obsequio de la unidad de Italia; que eran pocos los que se habían adherido á tan ruda propuesta; que en cambio muchos se habían declarado prontos á firmar un escrito en que se invitara al Rey á hacer tan magnánimo sacrificio; pero que no podía tampoco tenerse confianza en que tal proyecto sea puesto en ejecución, porque aun con la pluma en la mano muchos vacilarán; que únicamente podía contarse de fijo con el Conde de Siracusa, firme siempre y sincero en sus propósitos nacionales, y deseoso por otra parte de que el sobrino ennoblezca en algún modo su caída; que sin embargo es bastante probable que se haga alguna de estas cosas. Le notifico también que el General Ribotti está á punto de apoderarse del fuerte de San Telmo por un golpe de mano; que tal hecho podría dar la señal de la insurrección popular, pero crearnos también grandes embarazos, y que he resuelto por tanto arreglarme al compás de las circunstancias. Concluyo refiriéndole que corren voces de que el Ministro de Francia le ha pedido á este Gobierno la entrega de los fuertes, y aunque no doy fe á tales voces, he resuelto hablar de ello al Almirante inglés.

Entrego la carta al Comandante del *Authion* y le hago partir con rumbo á Génova para la incumbencia del Conde de

Siracusa. Le doy un cordial apretón de manos á Nisco y le manifiesto el más vivo deseo de su pronto regreso.

28. Los dos comités han dirigido calurosas y patrióticas palabras al pueblo y al ejército, excitándoles á sublevarse y á proclamar la unificación de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel con la dictadura de Garibaldi.

Corre también por la ciudad una alocución impresa dirigida al ejército, que se atribuye al General Garibaldi. Hela aquí:

«Señores:

Debemos crear un ejército de *doscientos mil* hombres.

Aprecio y estimo mucho á los voluntarios; pero sin embargo, prefiero nombrar coronel á un capitán leal que conozca bien su oficio, antes que á un abogado. Prefiero hacer capitán á un sargento, antes que á un médico.

Si sois realistas, yo lo soy también; pero Rey por Rey, prefiero á Víctor Manuel, que nos conducirá á todos un día contra los austriacos, antes que á Francisco de Borbón, que pone á italianos enfrente de italianos.

Señores, elegid.

Venceremos sin vosotros; pero yo tendría orgullo en vencer con vosotros.—JOSÉ GARIBALDI.»

Pero tanto aquellas palabras como este escrito resultan ineficaces.

Es indudable que el concepto de la Italia una es aceptable á las muchedumbres; pero este pueblo rehuye el sublevarse contra Francisco II por compasión á su juventud, la cual cree que ha sido extraviada por malos consejeros. Sin embargo, el ejército no merece excusa, pues ni sabe resolverse y hacer frente y combatir á las fuerzas garibaldinas, ni decidirse á proclamar la independendencia nacional. La marina real por lo menos se ha decidido por el partido de la unificación. Dejemos á un lado, si no habría mirado mejor por su propia honra defendiendo su bandera y á su Rey, y otorguémosle mérito por haber desplegado una voluntad resuelta, y librádose de aquellos tecleos, que son siempre la mancha más fea en todo y para todo. ¿No es así?

Vuelvo á bordo muy contento de haber salido de un embarazo, que podría traer en pos consecuencias serias. He aquí

de qué se trata. Hallábame en la platea del teatro absorto en mis pensamientos, cuando se acerca uno á mí, procurando no llamar la atención, y me susurra al oído: *Almirante, la casa en que se aloja Cicarelli y en la cual se encuentra ahora el General Nunziante está rodeada por la policía. El General puede escaparse por salidas secretas, y desearía trasladarse á bordo de la «Constitución.»—Estaré con él en breve—*respondo.—*Vaya allá mientras que yo busco algunos de mis oficiales, que están en el teatro, y dígame que esté dispuesto para seguirme.*—Este diálogo fué asunto de un momento; y habiéndose marchado el emisario, me dediqué á buscar á algunos de mis oficiales en los que podía tener más segura confianza; y hallados comencé por enviar uno al banco del muelle de Santa Lucía con orden de preparar una de nuestras lanchas: á los otros, que son Racchia, Conti y Sambuy, les mandé que anduvieran por allí, á donde yo llegaría con un señor buscado por la policía; que era menester salvarle á toda costa, y por tanto que estuviesen prontos á hacer frente á quien intentara arrestarle, sin reparar en peligros, para darme á mí ocasión y tiempo de conducirle á salvo sobre la lancha, replegándose después todos á bordo si era necesario. Dadas estas órdenes, salgo del teatro; alquilo la primera carrocilla que hallo á mano, en la cual me recuesto cuanto puedo, por ser descubierta, como son aquí todas, y hago que me conduzcan á los alrededores de la casa de Cicarelli. Llegado allá, me apeo, ordeno al cochero que me espere hasta que vuelva, corro á la casa consabida, salgo al momento con Nunziante, que iba disfrazado merced á una barba postiza y unos anteojos verdes, y subo con él á la carrocilla sin proferir una palabra. Apenas acomodados en ella, grito: *al trote á Santa Lucía*; pero está el caballo tan cansado, que á duras penas puede moverse al paso, y el cochero nos lleva á pasar cabalmente por delante y á lo largo de la extensísima fachada del Palacio Real, fulgurante de luces, y que á causa de ser la mansión del Rey, tiene montado en grande el servicio de guardia. No siendo aún hora avanzada, los oficiales y soldados que á la sazón están de servicio hállanse todos á la parte de fuera tomando el fresco y viendo pasar la gente. Tiemblo á la idea de que alguno de ellos pue-

da distinguir al General, que es conocidísimo de todos ellos, y apropósito por su estatura para ser reconocido. Llegamos, cuando Dios quiso, al alto de Santa Lucía, en donde nos vemos obligados á bajar de la carrocilla, porque ésta no puede llegar hasta el muelle. Aquí nos encontramos con otro obstáculo, pues está de guardia una compañía de aquellos cazadores creados por el mismo Nunziante, los cuales le conocen perfectamente. Pero he aquí que para alentarme sálenme al encuentro mis jóvenes oficiales, que yo sabía eran resueltos á toda prueba, y con cuya custodia tenía seguridad de llegar á nuestra lancha. Afortunadamente, no hubo tropiezo alguno, y en pocos minutos estábamos ambos sentados en mi esquife, que bogaba hacia nuestras naves ancladas en la rada. En verdad que me sentí como si hubiera vuelto á nacer.

Conducido el General á la *Constitución* y dándole las buenas noches, me dirigí á la *María Adelaida* después de haber convenido que al día siguiente muy temprano iría yo á verle para los acuerdos oportunos.

29. Al amanecer voy en busca de Nunziante y me encuentro que ha descendido ya á tierra. Ciertamente que con ello se juega la cabeza, y si no sale adelante, no se dirá que haya sido por economizarle riesgos á su persona.

Llega la *Dora* con mi ayudante de bandera, que me trae la siguiente carta autógrafa de S. E. el Conde de Cavour:

«Sr. Almirante:

»Según le dije por telégrafo, el Gobierno desea que si se verifica una revolución en Nápoles, acepte la dictadura, si el pueblo se la ofrece. Si la oferta le fuese hecha á Villamarina, lo cual sería un mal, Villamarina debería también aceptar, con el objeto de evitar el mayor de los peligros, á saber, que el poder caiga en manos débiles ó infieles.

Tenga ó no tenga la dictadura, deberá asumir inmediatamente el mando de la flota napolitana y ocupar los fuertes con los tiradores (bersaglieri) de las naves de la Marina Real, y si es menester, asumir también provisionalmente el mando del ejército.

Reunirá en Nápoles y sus cercanías toda la escuadra napolitana, alejando á los oficiales devotos del Rey y sustituyéndolos con liberales probados.

Facilitará licencias, ó por mejor decir, comisiones tempora-

les, á los oficiales napolitanos, nombrando de entre ellos un segundo jefe de Estado Mayor.

Debiendo enviarse al punto á Nápoles una división piamentesa, compuesta de las brigadas *Aosta* y *Piamonte*, verá de expedir para Génova cierto número de buques de vapor, napolitanos y suyos, para trasportarla.

Tengo en Génova prontos al objeto solamente el *San Miguel* y los dos vapores de la Trasatlántica, el *Víctor Manuel* y el *Conde de Cavour*. Cuento, pues, con la *Dora* y el *Tanaro*; pero convendría tener además cinco ó seis grandes vapores por lo menos, los cuales puede suministrárnoslos la flota napolitana. Si no puede disponer de buques napolitanos en bastante número, entonces envíe á Génova los buques de nuestra escuadra.

Si la revolución no se consuma antes de la llegada de Garibaldi, nos hallaremos en gravísimas condiciones. Mas no hemos de turbarnos por esto. Se apoderará V. S., si es dable, de los fuertes; reunirá la flota napolitana y la siciliana; dará comisiones á todos los oficiales; les hará prestar juramento al Rey y al Estatuto, y después veremos. Entretanto, bueno será que reuna toda la escuadra en Nápoles ó en sus cercanías, para tener á su disposición las mayores fuerzas posibles.

Almirante, el Rey, el País y el Ministerio tienen plena confianza en vos. Siga las instrucciones que le trazo, en cuanto sea posible; mas si se presentaren casos imprevistos, obre como lo juzgue mejor, para lograr el grande objeto que nos proponemos: constituir la Italia, sin dejarnos dominar por la revolución.—C. CAVOUR.»

No duden el Rey, el País y el Gobierno, que estaré pronto á cualquier sacrificio, y me esforzaré siempre para corresponder á la confianza que se dignan tener en mis débiles fuerzas. Esto es cuanto puedo darles al Rey y á la Patria; y Dios está viendo si lo hago de corazón. ¡Ojalá correspondiera la inteligencia á la buena voluntad! Pero los selectos son pocos. Doy lo que tengo; y solamente pido que se tome en cuenta por lo poco que valga: otra cosa no ambiciono ni deseo.

Consiento en autorizar libranza de tres mil quinientos ducados sobre la casa de banca De-Gas á favor del comité del *Orden*.

La *Dora* ha trasportado dos cañones rayados de grueso calibre para la *María Adelaida*, á fin de cambiarlos por dos lisos del mismo calibre. Doy las órdenes al intento.

El Almirante inglés, por telegrama de su Ministro en Turín, recibe aviso de que el *Orwell* ha arribado á Montecristo; y se le dice que en Génova, después de la captura, habiéndose negado los maquinistas á hacer andar las máquinas, fueron obligados á ello por la fuerza; que los agresores eran cerca de ochenta, mandados por cierto Pilotti y cierto Settembrini; que el uso de la fuerza se verificó hacia las diez de la noche, pero que aquel buque no pudo dejar el puerto antes de la media noche. El Almirante, aunque persuadido de que en estos informes ha de haber mucha exageración, está furioso por el acto, que califica de verdadera piratería. Y en verdad sería tal, si los hechos hubieran pasado según son referidos; mas yo no sé, ni puedo persuadirme, que haya habido la audacia de apoderarse en tal manera de un buque inglés sin completa connivencia de su capitán, de los armadores y de los propietarios. Indudablemente, queriendo cometer un acto arbitrario, habríase elegido un bastimento nacional, y nunca un buque de la nación más poderosa por mar. Esto le digo al Almirante y á cuantos quieren y no quieren oírlo. Conozco personalmente á Settembrini. Sé que es italiano hasta la médula de los huesos; pero al par le tengo por incapaz de todo acto que no sea honrado.

Las noticias de hoy son: que el General Garibaldi camina rápidamente hacia Nápoles á la cabeza de más de 20.000 combatientes, de los cuales muchos son calabreses, capitaneados por Bosco. Las tropas borbónicas se adhieren ó se retiran, sin oponer resistencia. Pero el Rey no desespera todavía; antes confía en una seria resistencia en Salerno, coronada por el triunfo de los suyos, mandados por los Generales Ghío y Calandrelí, aquel mismo que se había retirado de Cosenza, sin disparar un tiro y mediante una capitulación vergonzosa. Ni siquiera le descorazonan las mil y mil defecciones verificadas; tanto prevalece en este Príncipe infeliz aquella ceguedad, que viene en pos de un largo ejercicio del poder.

Le escribo á S. E. el Conde Cavour:

«Nápoles á 29 de agosto de 1860.

Excelencia:

La desunión que persiste entre los dos comités, el del *Orden*

y el de la *Acción*, por querer el primero súbito la insurrección, á fin de obligarle al Rey á irse, sin intervención del General Garibaldi; y procurar el segundo retardarla todo lo posible, deseoso de que no se verifique, sino por medio de él, y preparándose á que sea estrepitosa y enteramente en nombre suyo; me persuade, Excelencia, que la senda que debiera seguirse sería un perfecto acuerdo con el General. El movimiento revolucionario, promovido por ambos partidos, triunfaría sin más que esto, y por tanto el Rey se vería obligado á dejar la capital, que es lo que importa conseguir. Marchado el Rey, yo sería de parecer de confiar la cosa pública, mientras el General Garibaldi no llegase, á un Gobierno provisional, compuesto de hombres juiciosos, de fe segura y de amor patrio inconcuso, y abandonar de un todo la idea de dictadura ó prodictadura, á propósito solamente para engendrar envidias y excisiones. Mientras que el Rey permanezca en palacio, mientras que la revolución no estalle, ningún pretexto tengo para apoderarme de la flota, y continúa el temor de que pueda ser cedida al Austria; hecho que, si se verificare, ocasionaría no leve daño á la causa italiana, privados, como lo estamos, de una verdadera flota, y reduciéndose toda nuestra marina á cinco fragatas, tres de hélice y dos de ruedas, sin que el resto sea sino una mezcolanza de buques ligeros de poca ó ninguna importancia militar.

V. E. conoce la adhesión sincera del General Garibaldi al Rey, á la cual se agrega su pleno convencimiento de que sin Víctor Manuel la Italia no se hace; así es seguro que no dará oídos á ninguna de las veleidades mazzinianas, y que se negará á toda combinación, que no tenga por base «la Italia con Víctor Manuel por Rey.»

Si V. E. lo aprueba, obraré en el sentido que me he permitido indicar.

Aguardo sus órdenes y las instrucciones oportunas.

Con profundo respeto de V. E., muy humilde y obediente servidor.—C. DE PERSANO.»

30. Voy á ver á nuestro Ministro, para conferenciar sobre las cosas del momento.

Telegrafío á S. E. el Conde de Cavour todas las noticias que se han recibido del General Garibaldi.—Le digo que hoy parten de aquí siete mil hombres de tropas, para reforzar las que deben hacerle frente en Salerno; pero que estoy convencidísimo de que el General seguirá adelante, ahora evitando su encuentro, ahora combatiéndolas, ahora, en fin, recibiendo su ad-

hesión á la causa italiana. Le informo de que en Nápoles no quedan más tropas que las necesarias para guarnecer los fuertes de *Sant'Elmo*, Castel dell'Ovo, Castel Nuovo y el *Carmen*; pues la custodia de la ciudad ha sido confiada á la guardia nacional, cuya fuerza en el día asciende á diez y seis mil hombres.

En tierra gran movimiento de nuestro partido; pero no se ha conseguido la entrega que debía hacerse al General Ribotti del fuerte *Sant'Elmo*; lo cual apesadumbra no poco á aquel valiente, que en verdad quería hacer de las suyas.

Por la noche recibo el telegrama siguiente de S. E. el Conde de Cavour:

«Al punto á que han llegado las cosas, no conviene arriesgar una revolución en Nápoles para hacerle al Rey marcharse. Se irá al acercarse Garibaldi, con quien conviene caminar franca y enteramente de acuerdo. Sin embargo, apodérese, de todos modos, de los fuertes y de la flota apenas pueda hacerlo, sin esperar á su llegada. Esto servirá para allanarle el camino y para impedir que la flota le sea cedida en ningún caso al Austria. Le enviaré instrucciones con el *Authion*. Si el Conde de Siracusa se decide á venir á Turín, á lo cual le invita S. M., ponga á sus órdenes la *Constitución*.—C. CAVOUR.»

Respóndole sin tardanza:

«Está bien; la flota vendrá á nuestro poder á toda costa. Haré lo posible tocante á los fuertes. Le allanaré el camino al General. Desembarcadas armas aquí y enviadas repetidamente á Salerno. Espero con ansiedad las instrucciones que V. E. me anuncia; y entretanto, me hallo dispuesto á seguir las, sean cuales fueren.»

31. Me traslado á casa de S. A. R. el Conde de Siracusa, á fin de manifestarle que había recibido orden de poner la *Constitución* enteramente á sus órdenes, á fin de que pueda partir para Génova ó para donde mejor le plazca. S. A. R. me dice que partiría esta tarde mismo de seis á siete con rumbo á Génova. Respondo que la fragata de vapor estará pronta á sus órdenes á la hora que había tenido á bien indicarme; y que yo me encontraría para recibirle en la lancha que había de conducirle á bordo; ó más bien, si me lo permitía, me trasladaría á su palacio para ir en su comitiva. Consiente en ello

y conversa conmigo en muy íntimo coloquio por más de dos horas.

Regreso á bordo. Mando anunciar á nuestro Ministro la hora de la partida con la *Constitución*, que me había señalado S. A. R. el Conde de Siracusa. Dispongo lo necesario para que esta nave esté pronta y le doy instrucciones á su comandante el caballero Wrright, á fin de que se ponga enteramente á las órdenes de S. A. Telegrafo á S. E. el Conde de Cavour la hora en que S. A. R. el Conde de Siracusa dejaría estas aguas, con rumbo á Génova.

En seguida le escribo la carta siguiente:

«Excelencia:

Después de su telegrama de ayer me apresuré á hacerle saber al General Garibaldi que yo tenía fundada esperanza de que el Rey dejaría cuanto antes la capital, con lo que se allanaría el camino para su llegada, manifestándole, al par, que las órdenes por mí recibidas del Gobierno de nuestro Rey eran: que procediera de acuerdo con él enteramente para la unificación de Italia bajo el cetro nacional de Víctor Manuel; por lo cual dispusiera lo que yo debía hacer; que entretanto podía desde ahora asegurarle que la flota napolitana quedaría en nuestro poder y que procuraría apoderarme de los fuertes.

He tenido, Excelencia, que suministrar más dinero; veinte mil ducados á Devincenzi; dos mil al cónsul Fasciotti, según invitación del Marqués de Villamarina, y cuatro mil al comité. Si bien todo esto se hace con las formalidades que tengo establecidas, para que ni un sueldo pase por mis manos, sin embargo, este asunto de dinero me consume. En verdad no es para mí. Me tocó el debatir con Devincenzi á presencia del Marqués de Villamarina: él pedía más de veinte mil ducados, y yo no quería darle tantos.

Espero con ansiedad las instrucciones que V. E. me anuncia he de recibir con el *Authion*: siento más que nunca la necesidad de ellas, pues nada más fácil que tropezar en los escollos políticos de los momentos presentes.

Tocante á las personas con quienes me hallo más particularmente en relación, he aquí lo que puedo decirle:

El comité del *Orden* se ocupa de buena fe en la anexión, pero le falta energía;

El comité de *Acción* es maziniano puro; hostiliza la revolución promovida por el comité del *Orden*, porque la quiere con la bandera de Garibaldi: incansable en este propósito, nunca

está ocioso para procurar el éxito, y se prepara para que surja estrepitosa, apenas sea proclamada por el General;

N.... se da prisa en la empresa patriótica; pero más lo hace por adquirir méritos, que por amor patrio;

El General Nunziante se ha entregado á ella con alma y vida, y se juega la cabeza;

Finzi y Visconti-Venosta son *positivos*, y de tal suerte, que pocos se cuentan iguales;

Los Mezzacapo, activos, con tal que no corran peligro de perder lo que tienen;

D..... trabaja con sincera voluntad, pero ligeramente;

N..... así, así;

El Coronel Boldoni, muy bien;

D'Afflitto, Carrano y Tomasi... resueltos;

Liborio Romano, como se lo permite su posición delicadísima;

El General Ribotti, con un valor atolondrado, pronto á todo, con tal de hacer algo: no repara en ninguna clase de peligros;

F..... atiende á contraer méritos, al servir la causa;

Spaventa, Pisarrelli y Ranieri, con juicio y patriotismo.

Dígnese, Excelencia, aceptar el devoto respeto de *su humildísimo y obedientísimo servidor*—C. DE PERSANO.»

Un tercer telegrama de Sir James Hudson para el Almirante Mundy le da noticia de que el *Orwell* había arribado á Montecristo, y que, después de haberlo puesto á saco todo, había salido con rumbo al medio día y probablemente en dirección de Nápoles. Continúo, no obstante, en mi convicción de que todos los incidentes relativos á aquel buque se han verificado de común acuerdo, como he dicho y redicho antes.

El comité del *Orden* con objeto de suscitar á la población y al ejército les ha dirigido patrióticas palabras.

A los ciudadanos les dice:

«Ciudadanos, estad resueltos. Allí donde hay acción y rectitud de propósitos, allí está el porvenir. ¡Viva la unidad de Italia! ¡Viva Víctor Manuel, Rey de Italia! ¡Viva José Garibaldi, dictador!»

Al ejército:

«¡Levantaos, oh valientes! Declaradle al Borbón, no como individuos, sino como cuerpo colectivo, que sois italianos y queréis consagraros á la unidad italiana. No es cuestión de

persona, entendedlo bien, sino cuestión de Italia, de honor, de bienestar para vosotros. Y así, Dios os ayude.—¡Viva la unidad de Italia! ¡viva Víctor Manuel! ¡viva el dictador Garibaldi!»

Continúa, sin embargo, la misma vacilación de parte de los ciudadanos, por las razones que ya indiqué.—El ejército se mantiene inerte, indiferente.

Nosotros continuamos con el mayor sigilo, desembarcando armas para la revolución á espaldas de las tropas napolitanas, que están unas en Salerno y otras en la ciudad.

A la hora convenida voy á casa del Conde de Siracusa, poniéndome á sus órdenes: allí estaba ya el Marqués de Villamarina. Ambos le formamos su comitiva hasta á bordo de la *Constitución*, que está pronta á darse á la mar. Nos despedimos: S. A. R. nos abraza. Estoy contento de verle partir; porque así se libra de una posición demasiado dura para su corazón, que es excelente. Siempre fué para mí tan benévolo y me manifestó tal confianza, que mi respetuosa devoción hacia su persona será imperecedera.

Llegado á bordo de mi buque, me encuentro con que se ha refugiado allí un cierto Sr. Mayo, capitán de ingenieros.

CARLOS M.^a PERIER.

(*Se continuará.*)





SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



U última conquista era el General Saint-Josephs, hombre hermoso, arrogante, frío, reservado, de gran corazón, que ocultaba bajo una glacial apariencia la sensibilidad de una muchacha. ¡Cuántas mujeres se hubieran considerado dichosas con verse seguidas en el Parque por semejante esclavo y enseñarlo como se enseña un oso sujeto á una cadena! ¡Cuántas habrían hecho alarde de su imperio sobre aquel austero veterano, hasta que su propio corazón se hallase interesado y hubiesen ardido en deseos de cambiar de puesto con su víctima, sirviendo en vez de mandar!

En el mes de febrero, Londres empieza á despertar de su sueño de invierno. Algunas de sus grandes casas tienen ya las persianas levantadas y los escalones de su entrada limpios y barridos. Figuras muy conocidas se encuentran por las calles, y algunos jinetes cruzan ya el Paseo de los Caba-

(I) Véase la pág. 97 de este tomo.

llos, de la misma manera que se ven algunas moscas precoces revolotear en los cristales. La yegua negra se lanzó en seguimiento de uno de aquellos jinetes, con tal arrebató, ejecutando media docena de saltos largos y peligrosos, que un grito de espanto subió del corazón á los labios del General. La Srta. Douglas se mantuvo firme, sin soltar las riendas, y luego aplicó á su cabalgadura un fuerte latigazo que hubo de dejar una pronunciada huella en la piel lisa y brillante del animal. Luego que se afirmó en la silla, se puso á elogiar á su favorita, como si la apreciase aún más por su indocilidad misma.

—Quisiera que no volviérais á montar esa mala yegua,—dijo tiernamente el General.—Algún día se arrebatará y podrá causaros alguna desgracia.

—¡No montarla!—replicó la Srta. Douglas abriendo cuanto pudo sus grandes ojos negros. ¡No montar á mi muy querida! General, si tal hiciera, no merecería yo volverme á sentar á caballo.

—Hacedlo por amor de vuestros amigos—insistió el General, oprimiendo con la rodilla los ijares de su caballo para acercarse más á su compañera;—por amor de los que os quieren; por... amor mío... Srta. Douglas.

Su mano tocaba casi el cuello de la yegua y su cabeza se inclinaba hacia la amazona. Pueda ó no un hombre de su edad tener el aspecto de un enamorado, es lo cierto que el General hubiera verdaderamente dado que reir en aquel momento á todos los cornetas del ejército.

Ella se sonrió bastante desdeñosamente, y con un brusco movimiento de la mano se puso á algunos pasos de distancia del caballero.

—Ni siquiera por amor vuestro, General—repuso ella,—renunciaría á mi querida yegua. ¿Pensáis que no tengo corazón?

Frunciéronse las cejas del General y su rostro se puso grave y triste; desechó, sin embargo, la respuesta que iba á abrir sus labios, limitándose á preguntar:

—¿Por qué la queréis tanto? Es hermosa, sin duda, y anda lista; pero no es ciertamente una montura para señora.

—Ese es mi secreto—respondió la Srta. Douglas con regocijo.—¿No daríais algo por saberlo, General?

La joven tenía en ocasiones maneras muy seductoras, sobre todo, por el contraste que ofrecían con su conducta ordinaria. El General se vió entonces bajo el imperio de una de aquellas seducciones.

—Si el mundo fuese mío os lo daría, sin pedir os en cambio vuestro secreto—replicó.

Y como ella volvió á tomar el camino de su casa, el General añadió:

—Otra vuelta, Srta. Douglas, os lo ruego. Todavía no es la hora de almorzar, y quisiera deciros... quisiera deciros...

—¡Ya me lo diréis más tarde!—interrumpió la amazona imprimiendo á las riendas una sacudida que llevó á la yegua en dos saltos á orilla del paseo de los de á pie.—Es menester que vaya á hablarle. ¡A fe mía, que mi yegua le conoce aún! Tiene un paraguas nuevo. ¡Aquí está!

—¿Pero quién?

—¿Cómo quién?... ¡Bellorita!

—¡Llévese el diablo á Bellorita!—refunfuñó el General.

Y abandonó luego el parque muy pensativo.

CAPÍTULO III.

BELLORITA.

Walters se preciaba de tener sangre fría. Si se hubiese verificado el hundimiento del mundo, un verdadero hundimiento, hubiera considerado la situación más bien cómica que peligrosa, y para valerme de un dicho suyo, que habría empleado entonces, *impavidum ferient ruinae*. Sin embargo, sus ojos brillaron de una manera extraordinaria y se puso encendido cuando la Srta. Douglas se acercó, é inclinándose por encima de la baranda le dió un apretón de mano.

Es que, claro está, quería mucho á la yegua negra y creía firmemente en su superioridad sobre todas las de su especie.

—¡Oh Bellowita, cuánto me alegro de veros!—dijo la señorita Douglas,—no hubiera creído que estuvieseis en Londres con un tiempo tan hermoso. Os lo agradezco mucho y sois el más amable de los hombres; pero... ¿No es verdad que tiene buena planta?

—Buena planta tenéis las dos—dijo Bellowita galantemente,—ya sabía yo que no dejaría de encontraros si subía el *Row* por este lado y bajaba por el otro.

—¡Oh Bellowita, no habéis venido expresamente!—exclamó la joven con una risa un si es no es forzada y un ligero sonrojo.

Siento declarar que el joven respondió con un solemne guiño. Que la edad de la galantería esté ó no en su declive, no es menos cierto que hoy los adoradores de las mujeres tienen maneras singulares de expresar su culto, poco lisonjeras por cierto para el ídolo ante el cuál se inclinan.

—¿Deseabais de veras verme?—continuó la amazona;—entonces, ¿por qué no habéis venido á mi casa? Con vos habría montado á caballo esta mañana, si hubiese sabido que estabais en Londres.

—No tengo caballo—respondió lacónicamente Bellowita.

—¡Y sin embargo, me habéis prestado vuestra yegua!—dijo ella;—verdaderamente no puedo pensar en guardarla más tiempo; voy á devolvéroslo. ¡Oh Bellowita! ¡Oh corazón desinteresado! ¡Oh!...

—¡Oh! ¿Qué más? ¿Qué más soy todavía?

—Un ganso—repuso la joven. En fin, ¿cuándo queréis que os la envíe? Miradla tan pacífica, como tenía la costumbre de estarlo, y creo que no hay otra parecida en el mundo.

—Por esto os la he dado—dijo Bellowita.—No me habléis de préstamo, es vuestra como este paraguas es mío. ¡Que no hay otra parecida; ya lo creo! No está en mis costumbres hacer cumplimientos; si no fuera así, os diría que vos sois su pareja. Escuchadme ahora, Srta. Douglas; quiero deciros que tal vez á mi vuelta tengáis que prestármela durante un mes, si veo la posibilidad de comprometerme en un

asunto muy bueno. Creo que no os he contado nunca de qué manera tan particular llegué á comprar esta yegua.

—Decídmelo—repuso la Srta. Douglas presurosa.—Pero, vamos andando; la gente mira demasiado cuando una se para. Por lo demás, supongo que lo mismo podréis decirme la verdad andando que quedándoos aquí parado.

—Entonces voy á contaros la verdad—replicó el joven riendo.—Oí hablar de esta yegua allá en el Roscommon, cuando ella no tenía todavía dos años. Durante año y medio, traté de comprarla y acabé por poseerla, porque no soy impaciente, pero no pierdo nunca de vista lo que deseo.

—¡Velar y esperar!—interrumpió la amazona.

—Sí, velé y esperé—prosiguió el joven,—hasta que por fin me la dejaron montar. Acababa de dar al traste con un *dogcart*, que habían querido que tirase, y creó que el día en que fuí á verla, su propietario estaba más cansado que nunca de ella por los destrozos que le había ocasionado. Estaba entonces muy delgada y parecía morirse de hambre.... No era ni la mitad de lo que es hoy; pero me llevó casi dos millas, y ví que podía andar... muy bien. Regateé, pues, juré y perjuré; pero apesar de todo tuve que dar un montón de dinero por ella. Cuando la tuve en el cuartel, la hice educar en toda regla; pero no ha sido nunca fácil montarla y no lo será en la vida.

Como única observación, la Srta. Douglas tiró de la brida, y la yegua obedeció dócilmente á su mano.

—¡Oh!—dijo Bellorita,—ya sé que hombres y caballos os obedecen de buena gana y que tenéis el talento de dominarlos en un día. La llevé en esta estación para cazar en el Mearth y en el Kildare; pero no hemos tenido nunca mucha suerte. Finalmente, una mañana, muy adelantada la estación, lanzamos un ciervo en el país de Dublín y le rendimos exactamente en veintisiete minutos. Sólo entonces supe lo que tenía. ¿No es verdad, vieja mía?

El militar acarició el cuello de la yegua, y la amazona, cuyos ojos brillaban, puso su mano precisamente en el mismo sitio donde había estado la del joven.

—Y la encontrasteis tan valiente, como parece serlo—

añadió la joven.—¡Oh Bellowita! La yegua debió creerse tan feliz en aquel país de praderas, como si se encontrase en el cielo.

—No lo sé—respondió el dragón;—todo lo que puedo decir es que en las alturas estábamos algunas veces, cuando recorriamos las crestas de las montañas. No he encontrado ningún caballo que la haya aventajado, ni igualado en la carrera. En los diez últimos minutos los deja siempre á todos detrás, á más de una milla irlandesa. Después la llevé al Curragh... pero... Srta. Douglas, ¿sabréis guardar un secreto?

—No hay duda—replicó ella.—¡Vaya una pregunta! ¿No sabéis que casi soy más hombre que mujer?

Bellowita dió á su rostro una expresión de gravedad en consonancia con lo importante de lo que iba á comunicar, y bajando la voz, miraba furtivamente al rededor suyo, como si temiese ser oído.

—La probamos á siete libras, contra *Robber Chief*, en un *steeple-chase*, de cuatro millas irlandesas. Dió á *Robber Chief* siete libras, su año, y lo ganó. ¡Esto la iguala con *Lamb*!

Apesar de la gravedad del asunto, la Srta. Douglas soltó una carcajada.

—Estáis muy en carácter, Bellowita, dejándoos arrastrar por una idea—dijo la joven.—Lo sucedido no la iguala á *Lamb*, puesto que vos mismo me dijisteis que *Robber Chief* no corre nunca bien en un ensayo. Ya veis que de todo me acuerdo. Supongo sin embargo que mi preciosa vale tanto como él y que su aspecto es por lo menos dos veces mejor.

—Pues bien; ¿no adivináis ahora de qué se trata, señorita Douglas?—repuso Bellowita.—He pensado que ambos podríamos hacer un buen negocio. Mi idea es comprometerla en Punchestown para el *Great United Service Handicap*. Me la llevo para hacerla correr á mi gusto en un sitio que conozco á 15 millas de aquí. Nadie podrá saber de dónde viene, ni lo que vale. Yo mismo la montaré, porque conozco la pista y estoy acostumbrado al país. Si ganamos, tendréis la mitad de las apuestas, y por otra parte podéis apostar por ella cuanto queráis. ¿Qué pensáis de esto?

—¡Me agrada enormemente la idea!—dijo la Srta. Douglas.—Sólo que no comprendo gran cosa de lo referente á vuestros pesos, ni á lo demás de que me habláis. Pero... ¿estáis seguro de que no hay peligro? Hablo naturalmente por vos. ¡He oído hablar de accidentes tan terribles en esas Steeplechases de Irlanda!

—Os aseguro que no caerá—respondió el joven y ardiente sportman,—y espero no apearne por las orejas.

La Srta. Douglas estaba vacilante.

—Pero, ¿no podría yo misma montarla—observó con timidez,—en los galopes de prueba?

El militar se echó á reír; pero pronto su rostro hubo de oscurecerse.

—No hubiera debido pedíroslo—dijo;— me parece muy egoísta el privaros de vuestra favorita; pero la verdad es, señorita Douglas, que estoy terriblemente apurado; estoy sin blanca, y á menos de alguna fortuna inesperada, me encuentro por puertas.

—¿Por qué no me lo habéis dicho?—exclamó la joven;— ¿por qué no me habéis...

Se paró, prosiguiendo después con un tono bastante seco:

—Estáis con apuros, y naturalmente tratáis de salir de ellos lo más pronto posible. Así, pues, tomad vuestra yegua, y otra vez, Bellorita... Pues bien; otra vez, no seáis tan tímido para pedir consejo á una amiga. Si yo fuese uno de vuestros camaradas, por ejemplo, ¿habríais dudado en consultarme?

—¡Vive Dios que sois muy buena muchacha!—exclamó él con calor, y añadiendo luego un correctivo á esta singular exclamación, repuso:—Quiero decir que tenéis tan buen corazón que mereceríais ser hombre.

La joven se puso encarnada de placer; pero su rostro, que se había vuelto grave, expresaba una profunda tristeza, cuando respondió:

—¡Quisiera ser hombre! ¿Sabéis lo que dice Tennyson? Pero ¡qué os importa! Supongo que no sois muy aficionado á leer á Tennyson.

—No me fijo mucho en lo que quieren decir los poetas con

sus famosos versos—replicó Bellowita. — Sin embargo, me gusta una buena canción cuando está en inglés, y sobre todo me gusta oiros tocar el piano.

—¿Por qué decís esto?—interrumpió la amazona con impaciencia.—Hablábamos de la yegua. Enviadla á buscar mañana, por la mañana; ya podéis inscribirla desde luego. ¿Qué nombre tiene?

La llamaba la *Dama Negra*, en honor vuestro—respondió Bellowita, sonriendo con malicia.—Pero he cambiado su nombre.

—Esto debe lisonjearme. ¿Y cuál es su nuevo nombre?

—*Satanella*.

La joven se mordió los labios, esforzándose por aparecer molestanda; pero no podía enfadarse con Bellowita; así es que acabó por sonreirse cordialmente al despedirse. Y regresó á su casa á un pequeño galope.

CAPÍTULO IV.

CLARA LUSHINGTON.

No se crea que, apesar de toda la independendencia de su carácter, la Srta. Douglas estuviese en el mundo sin su correspondiente rodrigón. Sólo el matrimonio libra á la mujer de ciertos miramientos y le confiere lo que puede llamarse libertad de ciudadanía. Esa inmunidad parece independiente de los años. Una solterona de cincuenta años, se manifiesta más briosa, bajo la tutela de una casada de diez y nueve, y lanza sus rayos con más firmeza y seguridad al verse protegida por la égida de inesperta patrona. ¿Por qué? ¿Por qué comemos por la tarde?... ¿Por qué nos acostamos cuando amanece?... ¿Por qué nos levantamos á medio día? ¿Por qué nos ahogamos en escaleras estrechas y en salones incómodos durante la estación más calurosa del año? ¿Por qué convidamos á comer á gentes que nos aburren? ¿y por qué, no

siendo nosotros cuerdos, aguantamos con paciencia á los locos? Me alegraría de saber quién es el guapo que pueda contestar á estas preguntas.

Así, pues, Blanca Douglas, que tenía más valor, resolución y tacto que de diez hombres, nueve, se había colocado espontáneamente bajo la tutela de la Sra. Lushington, mujer de un hombre acomodado, que, á imitación de cierto cortesano célebre, no se encontraba nunca ni muy cerca, ni muy lejos. La Sra. Lushington hablaba de Frank, así llamaba á su marido, cada diez minutos; pero de todos modos no se les veía casi nunca juntos, excepto una vez cada semana, el domingo, en los oficios de la tarde.

En cuanto al marido, debía ser el más arreglado ó el más astuto de los mortales; su mujer propendía por esta última hipótesis.

La Sra. Lushington conocía á todo el mundo é iba á todas partes. Ninguna razón particular justificaba la buena aceptación que obtenía; pero la sociedad lo quería así, y así también se encontraba ella perfectamente.

Era una linda personita, con buena fisonomía y voz melosa, muy vestida y muy pintada, y no podía imaginarse contraste más notable que el que Blanca Douglas presentaba al lado de esta mujer.

Las dos estaban sentadas á las dos de la tarde en el comedor de Blanca. No había otra igual á la Sra. Lushington para comer fuera de casa. Siempre que había algún convite agradable, no importa dónde, á una milla alrededor del *Hyde Park Corner*, podía apostarse con seguridad que allí se la encontraría. Ella misma era un pequeño *lunch* en miniatura. No había mucho; pero todo era ligero, delicado, sabroso y con muchos perifollos.

—¿Por quién te decidirás, querida?—preguntó aquella señora, después de haber vaciado con delicia un vaso *Sherry*.

—Ya sé que pronto tendré que felicitar á uno de ellos y enviaros el regalo de boda; pero antes tendréis que decirme...

—¿Pensáis que sea cuerdo el casarse, Clara?—preguntó la otra en lugar de responder, al mismo tiempo que fijaba con gravedad sus negros ojos en el rostro de su amiga.

La Sra. Lushington estuvo reflexionando un momento.

—Pudieran decirse muchas cosas en pro y en contra, querida mía, replicó esta última, y no sé lo que yo haría si me encontrase en lugar vuestro. Por lo que á mí concierne, ya sabéis que es diferente. Si yo no me hubiese arreglado con Frank, aún estaría cuidando á estas horas á mi inaguantable y vieja tía. Vos sois ahora muy independiente así y podéis hacer cuanto se os antoje. Pero, querida, esto no dura siempre, y es un verdadero tormento para nosotras las que somos lindas. Por otra parte, ¡tenéis tantos á quienes poder elegir! Sí, decididamente yo me casaría en vuestro lugar.

—Y... vais á burlaros de mí, Clara, estoy segura de ello, dijo la Srta. Douglas. Pero ¿creéis que es un buen sistema el casarse con un hombre que sea indiferente ó que más bien fastidie?

—Es lo que yo he hecho, respondió la Sra. Lushington, y sin embargo no sé que tenga motivos de arrepentirme.

—Debe ser cosa temible verle todo un largo día, tener que estudiar sus manías y almorzar tal vez con él, todas las mañanas á las nueve.

—Si Frank no supiese hacerse el té, tendría que pasar muchas veces sin desayunarse, aun en el caso de que se atreviese á despertarme á una hora tan intempestiva. No, querida, hay cosas mucho peores. Hemos de ir al campo, cuando se les antoja cazar, y hasta algunas veces en la primavera si son aficionados á la caza de venados. Pero, por otra parte, nosotras, las mujeres casadas, gozamos de ciertos privilegios. Podemos permitirnos más coquetería que vosotras. ¡Aunque no creo que el General lo sufriese mucho! Si puede imaginarse un Otello blanco, este seguramente es Saint-Josephs.

—¡Saint-Josephs! Y ¿creéis que yo quiera casarme con Saint-Josephs?

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS



lo que parece, y por el epígrafe del artículo se desprende, vamos á ocuparnos de los teatros; y decimos á lo que parece, porque si hasta ahora ha sido empresa escabrosa, pero posible de realizar, en los actuales momentos raya en lo imposible, atendiendo que estos espectáculos, tan favorecidos por el público madrileño, á los que dan su preferencia un si no es forzosa lo más escogido y selecto de nuestra aristocracia, van ya de capa tan caída y remendada, que más parecen prendería de objetos sin salida que exposición culta de bellezas literarias y artísticas; pero como esto no es de nuestra incumbencia y sí el cumplir nuestra misión en tanto que nuestra pluma tropiece con un átomo teatral, siquiera se encuentre perdido en el espacio, repitiendo los adagios tan vulgares como conocidos de *A mal tiempo buena cara* y *A mal dar tomar tabaco*, componiendo la primera y oprimiendo con nuestros labios un cos gayón de á 10 céntimos por barba, emprendemos nuestra tarea, como Dios nos da á entender, sin plan fijo ni idea preconcebida.

*
* *

Nuestro público y nuestro pueblo (por más que uno y otro vengan á ser lo mismo), encarnado en la pluma de D. Ramón de la Cruz, Mesonero Romanos, Larra y otros notables escritores de costumbres, antiguos y modernos, han seguido las huellas que aquéllos les dejaron trazadas, y sin diferenciarse más que en el traje y en algunas frases francesas aplicadas á Deum de Deo, y firme en su propósito de imitar y traducir, parodiando al *Sopista mendrugo* del sainete, ha dividido los días de la semana en los diferentes espectáculos de la corte, y sin cuidarse de lo que allí se representa ó expone, se da cita y acude, no para ver y aplaudir, sino para que los vean y aplaudan; que las bellezas literarias, los prodigios del arte, la magia del verso y la sublimidad de las ideas y de los conceptos, son indiferentes para esos dramaturgos de la moda, que afectando independendencia, se esclaviza espontáneamente, y lo mismo la da que Rossi declame el *Otello* que ad

mirar las piruetas y contorsiones de los elefantes que se exhiben en el Circo de Price, al que acude con religiosa exactitud los viernes, día á propósito para verificar la *pasión* del gusto y el martirio de los nervios. ¡Cuánta cara bonita, cuánta esplendorosa hermosura, cuánta elegancia, amabilidad y galantería, qué de gemelos que se encuentran y se flechan buscando una expresiva mirada, una cariñosa sonrisa, una esperada seña y un amante saludo.

Cuánta mujer en embrión, cuánto pollo de azúcar cande, cuánto sabio de real orden, cuánta gente, cuánta animación, y qué de saltos, piruetas, ejercicios arrojados, chistes sin chiste, caballos en libertad, arcos, trapecios, perros y monos, y cuánto sorprende y admira á los aficionados á las emociones fuertes y desagradables, y todo esto al compás de libérrimos instrumentos que, á semejanza de la mayoría fusionista, de eterna memoria, van por donde quieren sin hacer caso de la batuta del maestro archémbalo (que dice para su capote aquello del cuento), «ya nos encontraremos en el calderón.»

Terminado el espectáculo, que, dicho sea de paso, es el mismo, con ligeras variaciones, que venimos admirando desde Mr. Paul acá, y después de haber cambiado visitas, saludos, cortesías y genuflexiones á *la derniere*, como diría un pisaverde de antaño, nos retiramos satisfechos de haber cumplido uno de los más ineludibles preceptos de la moda, sin que nos haya importado un ardite el espectáculo, ni podamos decir si es bueno ó malo, por más que nosotros creamos tiene más de lo segundo que de lo primero.

*
* *

Por cogernos más á mano, como dice la locución vulgar, desde la Plaza del Rey nos trasladamos á su vecina la calle de la Libertad, y penetramos en el salón del Teatro de la Alhambra, del que vimos ocupadas todas las localidades por los más genuinos representantes de la sociedad moderna, en sus diferentes y múltiples esferas. Aquello á primera vista no es un circo ecuestre, parece un teatro, se canta, se baila, se declama, lucen sus bellas formas las actrices, detallan los actores sus papeles, por supuesto todo en italiano, porque de ese modo las frases de color subido, los chistes rojos, las actitudes demasiado acentuadas, y cuanto allí se presenta, como no está en nuestro idioma, no se entiende y no se ve, y la joven más tímida y pudorosa puede ver un traje ligero á las actrices, contemplar cómo se abrazan y admirar sus insinuantes maneras, sin que su inocencia padezca ni la moral se vulnere, porque al fin el espectáculo es con música y en italiano, y tiene el *régium exequátur* del buen gusto.

¿Que el argumento de la obra no se presenta? ¿Ni hace falta que el mérito literario de la misma no exista? Qué más da. ¿La música es alegre, festiva y *cantabile*? (ya se nos pegó el idioma.) ¿La Rosselle, Poggi y Bianchi, cantan y bailan, se mueven y gesticulan, y los muchachos del coro lucen sus encantos? Sí, señor; pues entonces, á qué más, si al teatro ya no se va á estudiar, sino á ver; no se concurre para pensar ni juzgar, sino para reír, ¿nos reímos? Sí, pues entonces ya hemos satisfecho nuestro deseo, que será completo si alguna *máquina comediera* de las que tienen figura corporal la *vacia* al castellano y la pone en las augustas manos del *Rey de los empresarios*, Arderius, para que con ella *acose* al público y al sentido común.

Buen ánimo y en el próximo invierno podremos ver en el escenario de la Zarzuela al lado del *Boccaccio* á *Donna Juanita*, *Il Guitarrero* y el *Peccolo Ducca*.

* * *

Un pasito más, complaciente lector, tomaremos el *tranvía* ó *la tramvía*, como dijo D. Salustiano, y en un *Santi-amén* (frase ultramontana) nos encontraremos en el Teatro del Príncipe Alfonso, y allí, allí sí que nos vamos á divertir, qué cosas vamos á ver tan ajustadas á los preceptos artístico-pedestres, bufos y demás adherentes, que sazonan á maravilla unas tiples, tan desconocidas por la voz como por el nombre, unidas por el indisoluble lazo del mérito artístico á Escriu, Rossell y Rihuet, que se despachan á su gusto en el género sandio de *La Calandria*, *La isla de San Balandrán* (y ésta al menos tiene gracia y está bien escrita), y otras obritas de precoces ingenios dignos de estarse en su casa, guardar la pluma, vaciar el tintero y dedicarse á otra cosa con gran contentamiento y aprobación de los hombres sensatos y serios que no pretendan convertir la literatura y arte dramático en ejercicio acrobático bufo, tan manoseado como insulso.

Pero dejemos esto, que ahora va á empezar lo bueno, y lo bueno es el baile, y si es como el de la *Casa de Campo*, que lo mismo podía titularse *El portero es el culpable* que *En el seno de la muerte*, veremos maravillas de agilidad y destreza á la pareja Limido-Cachette; aquello sí que es el arte, y lo más sublime y maravilloso que se ha visto en *brincología*, qué *padebieres*, *finflanes*, *escobillas*, *sease* y *contrasease*, y todos los preceptos de la coreográfica ciencia.

Esto es lo que priva ahora: espectáculos donde no funcione la inteligencia, donde sean los primeros fautores el baile, las decoraciones y los trajes, es decir, la literatura de talco, brocha y aguja.

Lo malo es que no va gente; ya irá, ya irá cuando empiece la temporada de baños y nos quedemos solitos.

*
**

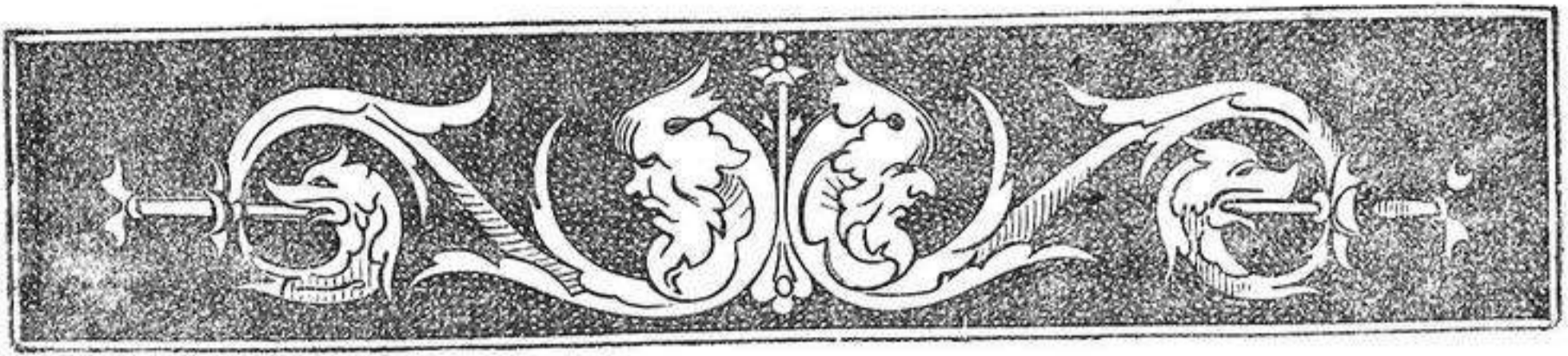
De regreso á nuestros patrios lares, y cuando la función esté al terminar, entraremos un momento en el teatro de la Comedia, que será breve, por evitar que la tristeza se apodere de nuestro ánimo al ver trocada aquella elegante sala, siempre concurrida, en un vasto cementerio en el que sólo los poco *amateurs* del arte que quedan aplauden y admirán á Rossi en la preciosa comedia *El Médico Homeopático*, en la no menos aplaudida *Pamela*, y en el *Mercader de Venecia*, géneros perfectamente distintos y en los que el actor pone de relieve sus raras facultades y su reconocido talento.

La gente que sobra en Price y en la Alhambra falta en la Comedia; lo que prueba una vez más que el gusto y la afición al teatro se va perdiendo, que se acude á ellos por moda ó por recurso, siendo indiferente que se representen dramas de verdadero mérito por actores verdaderamente notables, eso es lo de menos, ya lo hemos dicho, ó ir á ver á los demás y ser vistos, murmurar, criticar, hablar de política ó de modas, lo que lo mismo puede hacerse en la Castellana que en el teatro, y si lo demás, el móvil ó el objeto que á él nos lleva y sólo nos saca de nuestras casillas es un chiste procaz, un gesto de un payaso ó una alusión política con ribetes de insulto.

Dejemos, pues, el escenario del desierto Coliseo de la calle del Príncipe, y ya de retirada, asomemos el rostro á los de Variedades y Eslava, en los que veremos inmensa concurrencia que se solaza con *Vivitos y coleando*, *Los cómicos de mi pueblo* y *El conspirador*, mamarracho monumental que en el primero de los nombrados se estrenó con el aplauso de la *claque* en el beneficio del Sr. Carceller.

*
**

Terminada nuestra correría lírico-dramática bailable, y una vez en nuestro domicilio, abandonando el reducido espacio de la realidad, nos lanzaremos por el inmenso de las ilusiones, y que por cierto no fué floja la que nos hicimos al creer sinceramente que el Teatro Español iba á ser explotado en la próxima temporada por una sociedad de autores, entre los que figuraban los Sres. Echegaray, Cano, Sellés y Valentín Gómez; pero bien pronto se desmintió la especie, y hemos visto al asendereado Corral de la Pacheca ir y venir en la prensa, ya en manos de la Sociedad de Apolo, y quizá en la de Arderius, que es el llamado á arrojar por la ventana el arte dramático español.—RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

TODO Mesías tiene su profeta; todo Parlamento su preliminar en las reuniones respectivas de mayorías y minorías. Aquélla en la Presidencia del Consejo de Ministros y éstas en recintos menos amplios, juntáronse, en efecto, antes de que las Cortes empezasen sus tareas, con objeto de acordar la línea de conducta que en las Cámaras habían de seguir unos y otros.

Los izquierdistas resolvieron consignar que, perseverando en el pensamiento que informó la política del Gabinete Posada Herrera y en su deseo inquebrantable de aliar la democracia con la monarquía, mantienen como base de su programa la necesidad de llevar á la Constitución de una manera clara y terminante todos aquellos principios y derechos que, inscritos en la de 1869, no están consignados en la de 1876.

Como se ve, la fórmula es extensa, puesto que comprende todo el título 1.º del Código revolucionario, es decir, los famosos derechos inalienables, ilegislables, imprescriptibles, etc., etc., con sufragio universal inclusive, al tenor del artículo 16; el 32 del título 2.º, que confiere á la nación el ejercicio de la soberanía, de la cual emanan *todos* los poderes, y en fin, el título 11, relativo á la reforma de la Constitución, en cuya virtud las Cortes por sí ó á propuesta del Rey pueden acordarla libremente, sin que, una vez convocadas al efecto, pueda ser disuelto ninguno de los Cuerpos colegisladores.

Esto y hacer amovible la monarquía y convertir al Rey en mandatario de sus súbditos, y exponerle á que, legalmente y con todos los requisitos debidos, llegue un día en que se le pon-

ga el pasaporte en la mano, es todo una misma cosa. Esto es, sin embargo, lo que la izquierda pregona como última palabra de su credo. Y en esto se supone que estuvieron incondicionalmente conformes todos cuantos prestaron el concurso de su nombre y de su voto á la reunión del partido, lo mismo el Sr. Posada Herrera que el Sr. Martos, así el General López Domínguez como el Sr. Linares Rivas.

Las más circunstanciadas versiones de lo ocurrido en la junta, circuladas por los interesados, demuestran, sin embargo, que ni hubo ni podía haber tal conformidad en el fondo. Por de pronto, D. José Posada y su Ministro de Ultramar, el señor Suárez Inclán, empezaron por abandonar el salón tan pronto como dejó de hablar el Sr. Martos, de cuyos labios brotaron las soluciones radicales al fin triunfantes. No son menester grandes perspicacias para deducir que el ex-Presidente del Consejo y sus amigos no miran con buenos ojos esa tendencia avanzada y exclusiva mantenida por el diputado por Valencia. De otra parte, bien trasparente fué el disentiimiento doctrinal del último ex-Ministro de Gracia y Justicia, al levantarse á oponer graves reparos á las teorías del jefe suelto sobre sufragio y soberanía. Hubo precisión de que el Sr. Montero Ríos, oficiando de árbitro componedor, hiciera un verdadero *tour de force* á fin de acallar los recelos del Sr. Linares sin desautorizar las predicaciones del Sr. Martos.

El discurso de éste fué, según se cuenta, una exposición completa de principios. La soberanía nacional y la realidad de la monarquía: la primera, que se equivocó en 1873 al establecer la república; la segunda, que, sancionada por la soberanía, deshizo la equivocación y reorganizó las verdaderas fuerzas políticas del Estado. Pero la una como base, como fuente de poder; la otra como expresión, como forma de la voluntad del país. Tales fueron sus manifestaciones. En punto á jefatura, una frase y nada más: el polvo debe ser triturado por los pies.

El Sr. Montero Ríos tuvo que poner puntos y comas, notas y aclaraciones al texto de su colega de profesión. Merece consignarse con alguna prolijidad lo que dijo el abogado gallego, ya que, satisfechos con ello de igual modo el Sr. Martos que el Sr. Linares Rivas, parece como que constituye la interpretación auténtica del programa de la izquierda reflejado en la fórmula unánimemente aceptada.

«El sufragio universal, dijo, es un derecho inmanente en el ciudadano en su condición de miembro de la sociedad civil, un derecho que tiene por base su propia naturaleza y su calidad de asociado. Pero al mismo tiempo ese derecho

viene á caer bajo la ley, sin que esta determinación que la ley hace, disminuya ni empequeñezca en lo más mínimo aquel derecho propio del ciudadano.

»En los países en que rigen en todo su esplendor los principios democráticos, las leyes prohíben el ejercicio del derecho de sufragio al mendigo, al acogido en un establecimiento de beneficencia, al criminal, á los que forman parte del ejército activo, y en el período que imperaron en nuestra patria las instituciones democráticas, figuraba en el Código una pena, que era la de suspensión del derecho de sufragio, bien temporal, bien perpetuo.

»La ley establece estas distinciones guardando relación al estado especial en que, por circunstancias especiales, el ciudadano se coloca; y prueba de ello es que, quitadas estas circunstancias, el ejercicio del derecho renace por sí mismo en el ciudadano sin que la ley se lo restituya expresa y claramente. Y una vez que al mendigo sonrío la fortuna y pierde aquel carácter, y una vez que el asilado abandona el establecimiento de beneficencia, y una vez que el militar deja de estar sujeto á las estrechas leyes de la ordenanza, todos ellos entran á ejercitar el sufragio sin declaración alguna especial y sólo atendiendo á su condición de ciudadanos.

»Acontece en este punto cosa muy parecida á lo que ocurre con los derechos civiles. Nada más sagrado que los derechos de familia: el matrimonio, la paternidad, no dependen del Estado, y, sin embargo, las leyes regulan estos derechos y dicen al ciudadano cómo ha de casarse y determinan los límites de la patria potestad, sin que esto destruya ni limite aquellos derechos.

»Las confusiones que puedan nacer respecto á la soberanía desaparecen no menos fácilmente. La soberanía es inmanente en la nación; por eso se dice: «soberanía nacional.» La nación, en uso de su soberanía, establece las leyes; pero una vez establecidas y sancionadas, cuando desea volver á ejercitar su derecho, se acomoda á las que á la par se ha dado, determinando la forma y la manera de ejercer esa soberanía. Es decir, que vivo y patente su derecho, para hacer mejor uso del mismo, determina los términos en que lo ha de usar cuando lleguen los casos en que la nación se muestra verdaderamente soberana.»

He aquí, en sustancia, y con arreglo al texto más autorizado, cómo pretendió neutralizar el Sr. Montero, á fuerza de distingos y salvedades, el efecto de las afirmaciones terminantes y concretas del Sr. Martos, cuyos amigos muéstranse cada vez más satisfechos y no ocultan sus desig-

nios acerca de la franca y resuelta tendencia democrática que han logrado imprimir al programa de la izquierda, pese á los escrúpulos del Sr. Linares Rivas y al interés del Duque de la Torre. El porvenir es nuestro, dicen los martistas... y acaso dicen bien. Si se da de una vez la batalla entre los distintos grupos izquierdistas, la bandera quedará en poder de los que, al cabo, proclaman principios definidos, siquiera tan radicales que rayan en el absurdo. Absurdo, porque no de otra manera puede calificarse el empeño de someter la monarquía á todos los moldes de la república, sin conservar más que el nombre, y eso por misericordia y como de limosna. Pero, así y todo, presentando, cual presentan, tantos flancos á la impugnación, las soluciones del Sr. Martos tienen siquiera la ventaja de que permiten apreciar claramente la trascendencia y significación del credo político al que sirven de raíz y fuente. En cambio, los fusionistas, mistificando la libertad y renegando del orden, ni son sinceros amigos de la una, ni enemigos prácticos del otro, al cual se acogen, como áncora la más segura, para conservarse en el poder, cuando á él arriban. La nota más saliente en la reunión de éstos fué el *speech* solemnemente pronunciado por el Sr. Alonso Martínez para exhibirse como apoderado del General Martínez Campos y declarar en su nombre que había aceptado el mando del ejército del Norte, como militar. Claro es que no había de aceptarlo, ni nadie se lo hubiera dado, como centralista. Lo principal era consignar que el ex-Ministro de la Guerra sigue siendo amigo del ex-Ministro de Gracia y Justicia. Como lo sea siempre, y esto nadie ha de dudarlo, del Rey, de la Monarquía y de la patria, lo que resultará en definitiva, es que el ilustre caudillo dará todo género de satisfacciones á los fusionistas, pero que en el servicio de aquellas altísimas representaciones tendrá que estar al lado de los conservadores, donde encuentran tan sagrados lemas el único escudo con su significación y alcance compatible.

El bota-sillas del Sr. Sagasta—no de otro modo debe calificarse su peroración—causó mal efecto entre sus propios correligionarios. El lenguaje que empleó, violento y apasionado, desdice en verdad de la importancia que pretende atribuirse como jefe de partido, y habla poco en favor de la seriedad de sus ideas. El Sr. Sagasta, recurriendo á la amenaza para cohonestar mejor su impotencia, no imita ciertamente, y hace mal, aquella reposada tranquilidad con que los prohombres del partido conservador presenciaron su encumbramiento á las regiones gubernamentales, desde cuya cúspide tantos atropellos consumara y tantos abusos cometiera.

Después de todo, es bien sabido que la destemplanza de las palabras suele ser hermana inseparable de la falta de razones. El jefe de la fusión se ha propuesto, por lo visto, demostrarlo una vez más.

Los Sres. Alonso Martínez y Colmeiro tuvieron que levantarse á rectificar un concepto de los que á aquél se escaparon en el calor de la improvisación ó del despecho, en punto á la legitimidad de las actuales Cortes, eterna pesadilla del ex-Presidente del Congreso.

*
* *

Senadores y diputados adictos al Gobierno oyeron de labios del Sr. Cánovas del Castillo los propósitos que han de inspirar la política por éste y sus colegas de Gabinete representada en las altas esferas del poder.

Somos, dijo con su proverbial elocuencia á los diputados, lo que éramos al principio de la restauración, lo que fuimos en 1875 cuando reconstruímos la Monarquía, dimos paz á la nación, rescatamos la isla de Cuba, restauramos el crédito, organizamos y levantamos la Hacienda y dejamos el orden público en condiciones de estabilidad. De algún tiempo á esta parte España ha retrocedido en fuerzas políticas, sociales, económicas, en fuerzas de toda especie, y es preciso á todo trance recobrarlas. En este retroceso, el partido conservador, sin desearlo ni solicitarlo, ha sido llamado y ha acudido á cumplir un deber y lo está cumpliendo. ¿Cómo? Anteponiendo á otros fines y á otros propósitos una idea: la de defender, contra todos aquellos que sea necesario, la monarquía, que es el fundamento de nuestro régimen parlamentario, que es el fundamento del orden y debe ser el fundamento de nuestras costumbres. Tolerancia amplia, tolerancia sin límites para los que defiendan la monarquía, sin la cual es imposible una España ordenada, una España grande, una España gloriosa. Todo lo admitiremos con tal de que sea legítimo; no transigiremos, ni poco ni mucho, ni guardaremos contemplaciones, con los enemigos de la monarquía.

¡Qué gallarda brotó ésta de sus frases, al erigirla en causa suprema de los esfuerzos del partido conservador, que prescinde de conveniencias de otra índole, hasta de la honra de sus hombres, abandona á los que hacen *algo peor que blandir el puñal del asesino, manchando la pluma del escritor*, pero que ni prescinde ni abandona, ni olvida jamás en ningún concepto, por ningún motivo, la augusta persona del Rey, representación de todos los poderes, vida y aliento de todos los grandes intereses permanentes de nuestra patria!

La libertad de los pueblos, exclamaba, está en relación directa con la firmeza del poder. Dadme una monarquía fuerte, vigorosa, dadme una monarquía como la inglesa, y esa monarquía podrá dar, dará todas las libertades que puedan existir en una república. Dadme una monarquía débil, y no podrá dar libertad, cuya base ha de ser la monarquía.

Entusiastas aplausos de todos los concurrentes coronaron la magnífica peroración del jefe del Ministerio. Cuando tan claros principios se profesan y tan gentilmente se sustentan, bien puede decirse que el partido que así se manifiesta ante el país y ante las demás naciones tiene los mejores y más eficaces títulos para la dirección de los negocios del Estado.

Designado para la presidencia de la Cámara popular el Sr. Conde de Toreno, éste pronunció afectuosas palabras de gratitud, por la honra que recibía, achacándola á su adhesión incondicional á las doctrinas de orden, á las ideas monárquicas, tan diestramente expuestas por el Presidente del Gobierno.

Todos venimos de las provincias, añadió, saturados de la necesidad apremiante de que se mantengan las instituciones y se rechace y castigue con firmeza á aquellos que pretestando el porvenir y la felicidad de la patria, quieren derrumbar el orden público y destruir la tranquilidad y la marcha pacífica de las instituciones; «¡lleguen pronto, prorrumpió brillantemente, los momentos más difíciles, si es que han de llegar alguna vez, para que podamos prestar resuelto apoyo á quien mantiene enhiesta la bandera de la patria y de la monarquía y defiende los altos y sagrados deberes y derechos de la nación y del país!...»

La tendencia de los discursos es eminentemente conservadora, sin debilidades ni distingos. Hay que decirlo de una vez: esa es la tendencia general de la mayoría de los españoles; hastiados de fantásticas ponderaciones de la libertad, la democracia, las conquistas de los tiempos, el progreso de los sistemas filosóficos y políticos, y otros lugares comunes del propio jaez, que si algo resuelven es, en definitiva, la anarquía, el desquiciamiento, el caos, y por consecuencia inevitable, la reacción, la tiranía, la dictadura, el despotismo.

El acto solemne de la apertura de las Cortes verificado en la alta Cámara fué nueva confirmación de estas verdades. El mensaje regio, leído con hermosa entonación por S. M., es un documento tan notable por su forma como concienzudo y decisivo por sus conclusiones. El entraña el programa político del partido conservador con toda la alteza de miras

propia de la índole del escrito y de la ocasión en que se ha leído. Sobrio, pero explícito y categórico, empieza por asentar que en cuestiones de orden no hay más que un sistema. Deja después á la voluntad de los partidos el ponerse ó no en aptitud de ser poder: el Monarca se atenderá á las indicaciones de la opinión pública, de acuerdo con su iniciativa constitucional. Manifiesta que las relaciones internacionales son cordialísimas y que Alemania y España elevarán á Embajada la categoría de sus mutuas representaciones, prueba de la excelente amistad que á ambos pueblos une. Promete someter á las Cortes los tratados comerciales con Portugal, Países Bajos, Inglaterra, Dinamarca, Estados Unidos, Italia, Rusia, Turquía, Colombia y Méjico, y afirma que se establecerá una pesquería en Ifni para dejar cumplido en todas sus partes en convenio de Vad-Ras.

En Hacienda, se reformarán las contribuciones; en Guerra, se mejorará la situación económica de los oficiales y se aumentará el haber del soldado; en Marina, se atenderá á las exigencias del material flotante; en punto á la administración local y provincial, se segregará de la competencia de Diputaciones y Ayuntamientos algunas facultades, para conferir las á delegados del poder central; en materias de justicia, se reformará el Código penal, prescindiendo por ahora de una legislación especial para los delitos de imprenta, y se ultimaré el Código civil, respetando varias instituciones de las legislaciones forales; en cuanto á enseñanza, se establecerá un amplio y generoso organismo que concilie todos los intereses; respecto de Cuba y Puerto Rico, se simplificará su régimen administrativo, y á Filipinas se llevará, entre otros progresos, el Código penal...

La impresión que el discurso de la Corona ha producido es en general satisfactoria, puesto que condensa vigorosamente los fines de esta segunda etapa de la dominación conservadora, llamada á asegurar de nuevo, sobre incommovibles bases, el trono secular del Rey legítimo, enfrente de los manejos y conspiraciones de los eternos enemigos de todo lo existente.

Así lo corroboró el Presidente del Consejo al dirigir la palabra algunas horas después á los senadores, á quienes expresó que el mensaje no es quizá tan vehemente como alguien hubiese deseado, porque el partido conservador no ha menester recurrir á los arrebatos de la ira, bastándole inspirarse en los consejos de la prudencia, que son los que dan verdadera fortaleza á las decisiones oficiales. Por lo demás, que el interés de la monarquía es el primero y más imperio-

so interés del partido conservador y de los hombres que ocupan el poder, por consiguiente: he aquí la síntesis de sus declaraciones. Al efecto, el Gobierno trata de hacer con sus actos la crítica de los que constituyeron la política de sus antecesores. Nada más. Y no es poco, ciertamente. Crítica suave, templada, pero eficaz y decisiva. El país se dará la enhorabuena.

*
* *

Abiertas las Cámaras; expuestos ante ellas, con la franqueza de la verdad y con la precisión propia de quien no tiene por qué esconder sus fines, los principios en que se inspira la política del actual Gobierno, parece llegada la ocasión de tender una mirada investigadora á los derrroteros del camino que así se señala al porvenir de los negocios de Estado en esta clásica tierra de los errores de partido y las impacencias personales.

Por fortuna, todo anuncia que para aquéllos y éstas se inicia un venturoso paréntesis que, durante largo tiempo, ha de imposibilitar los unos y las otras.

Trazada está y en magistrales rasgos por cierto, la conducta que se proponen seguir los hombres á quienes toca en estos momentos dirigir los destinos del país. El mensaje regio, los discursos del Presidente del Consejo en la reunión de diputados y senadores, que lo complementan y vigorizan, demuestran hasta qué punto es firme la voluntad del Gabinete para llevar á cabo la obra bienhechora de asegurar sobre sólidas bases los intereses más altos, más importantes y trascendentales de toda sociedad, de la nuestra muy principalmente: el orden público, sin el cual no hay bienestar posible, ni prosperidad, ni progreso, ni mejoramiento, que no encuentren insuperable obstáculo en la intranquilidad general, en el miedo que todo lo cohibe y mata en germen; el crédito de nuestra bandera y de nuestro tesoro; la normalidad de la vida administrativa, las libertades civiles, cien veces más apetecibles que las políticas, porque éstas sin aquéllas son absolutamente estériles y baladíes, como que carecen de fin y hasta de molde; el respeto á todos los derechos, á todas las aspiraciones legítimas mediante una administración de justicia inteligente y recta que, según la hermosa frase del Rey Sabio, dé y comparta á cada cual lo suyo; la protección debida á las manifestaciones de la actividad y de la iniciativa nacional, brazo y nervio de la riqueza de los pueblos; atención preferente á la enseñanza que forma á los ciudadanos y

es semilla de grandes dichas ó inmensas aflicciones para la patria... Y por espléndido coronamiento del edificio, la monarquía secular entre nosotros, que nos hizo poderosos y temidos, que fué inseparable compañera de nuestras glorias y puso fuerte dique á nuestras caídas en días de decepciones y desgracias.

He ahí el pensamiento del Gobierno: hé ahí el credo político del partido conservador. Para realizarlo cuenta, en primer término, con la confianza de la Corona y con el asentimiento de la mayoría del país; de lo que realizará es eficaz garantía el recuerdo de su anterior dominación á raíz de tris-tísimos sucesos que nos habían arrebatado todo cuanto representa elementos de existencia en una nación, el trono, la paz, la seguridad de personas y cosas, el prestigio ante los extraños, hasta la unidad de miras en asuntos de interés común para los propios.

En frente del Gobierno, que tan claros propósitos abriga, riñen constante batalla grupos sueltos del partido liberal, á quienes separan profundas diferencias de doctrina y graves resentimientos familiares. Así cada señor de horca y cuchillo lleva tras sí su correspondiente mesnada, sin que todos juntos compongan ejército, ni acampen bajo las mismas tiendas. Fuerza es que tal estado de descomposición de las huestes liberales cese de una vez, á favor de mutuas transacciones que reconstituyan un núcleo vigoroso y disciplinado, con el cual pueda luchar cuerpo á cuerpo el partido conservador. Elevadas conveniencias políticas lo reclaman, en bien del pacífico turno de todas las ideas en las esferas del poder.....

Pero en tanto esa concentración de los elementos avanzados no se verifique, ¿á qué título pueden pretender gobernar sagastinos ni centralistas, dominguistas ni martistas, moretistas ni becerristas, encarnados rosa, encarnados grana ó encarnados rojos?

Las próximas campañas parlamentarias pueden facilitar el intento, y de ello nos felicitaremos sin duda todos los sinceros amantes del país y de las instituciones.

Como argüía en Orihuela no hace muchos días el Sr. Cánovas del Castillo al inaugurar la línea férrea de Alicante á Murcia, es preciso que en la vida política, como en la vida de los intereses materiales, se sacrifique lo ideal á lo práctico, lo que funda sus triunfos en efímeras gallardías de un momento, á lo que adquiere títulos para perpetuarse en provecho de los fines generales de las naciones. Así enaltecía bizarramente á los hijos del trabajo que no *hablan* pero que

hacen; á los hijos de la fortuna, del talento ó de la actividad, que no malgastan sus fuerzas ó sus recursos en el continuo discreteo de la palabra, sino en las obras de utilidad, en el taller, en la fábrica, en el mostrador, en el laboratorio y en el campo.

Merece también honroso recuerdo el discurso pronunciado por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia al presidir la primera sesión del colegio notarial de Valencia. A juicio del señor Silvela, no hay progresos ni adelantos de que tanto necesite el pueblo español como el de afirmar y rectificar su sentido jurídico, siendo esto aún más preciso en las clases gobernantes, que en las gobernadas.

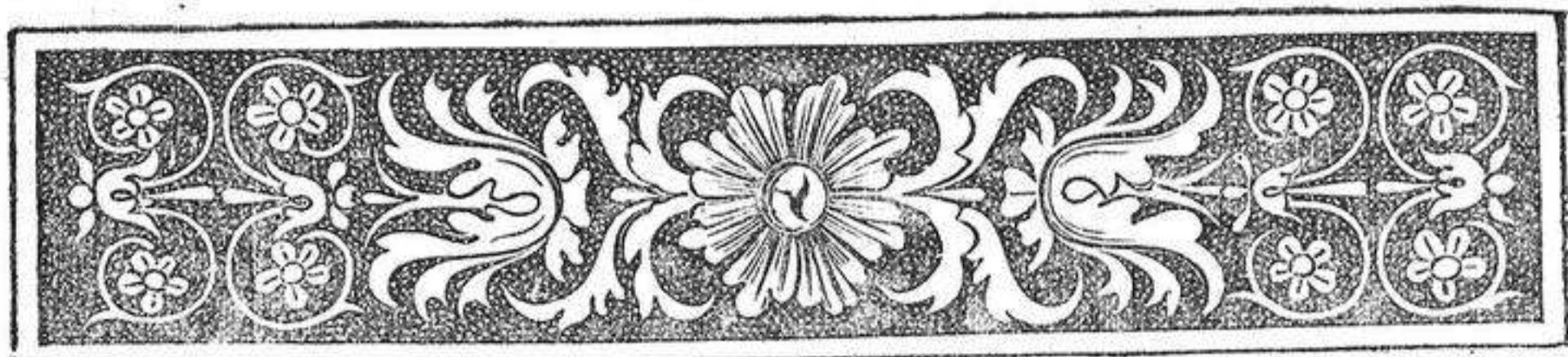
A ello brinda, en primer término, según el orador, la repugnancia evidente, el merecido descrédito con que la opinión mira todo lo que se refiere á reformas constitucionales, que antes apasionaban y distraían de pensamientos más útiles, hasta el punto de que los mismos que por consideraciones especiales predicaban tales cruzadas, se olvidan del compromiso moral que contrajeron, de entusiasmarse mutuamente con ellas; y el pueblo y la verdadera opinión entretanto pide, lo mismo á los liberales ayer que á los conservadores hoy, reformas civiles, administrativas y económicas, que mejoren su vida, porque adivina y siente que por lo mismo que no somos un país rico, no nos podemos permitir el lujo, que otros pueblos muy liberales y muy parlamentarios soportan con desahogo: el lujo costosísimo de vivir mal administrados. España, decía, está harta de atonismos que la aniquilan y necesita de grandes colectividades que la gobiernen.

Las Cortes y los partidos prestarán un grande y meritorio servicio al país, si en esta profunda verdad inspiran sus resoluciones y sus actos.

*
* *

La muerte del propietario de *El Imparcial* ha sido generalmente sentida. Ha bajado á la tumba el Sr. Gasset y Artime joven aún, bien quisto, después de una vida de honradez intachable y de trabajo á toda prueba, que le ha permitido labrar para sus hijos una posición holgada, legándoles á la vez un nombre querido y respetable.

U.



REVISTA EXTRANJERA

DARECE, al fin, que la conferencia europea solicitada por la Gran Bretaña para el arreglo de la cuestión financiera de Egipto, está en vías de reunirse en breve, apesar de haber hecho el Parlamento inglés cuanto ha estado de su parte para oponerse á las miras del Gobierno. No ha podido presenciarse una oposición parlamentaria más empeñada, ni una mayoría más tibia que la de estos últimos días en el ataque y en la defensa de la política de Lord Gladstone. No ha sido sólo la hostilidad y las recriminaciones de sus adversarios los conservadores lo más grave de los últimos debates: es evidente también el descontento, y han salido á la superficie las preocupaciones de los mismos whigs en quienes se apoya el Ministerio, impotente ya para contener la tempestad desencadenada en ambas Cámaras, sin que sea bastante á amenguar sus efectos el respeto que merecen las negociaciones pendientes ni el tradicional secreto de la diplomacia.

Los conservadores ingleses quisieron saber dentro de qué condiciones la Gran Bretaña va á la conferencia, y cuáles son los límites del programa de la reunión europea. Ni Lord Gladstone ni Lord Granville pudieron responder de una manera satisfactoria, porque necesitan obrar con cierta libertad,

y lo único que les consta es que la conferencia es necesaria para resolver las múltiples dificultades de Egipto, y que esta conferencia no podrá celebrarse si sus atribuciones quieren estrictamente limitarse al arreglo de la cuestión financiera. Por esto el Ministerio inglés, haciendo caso omiso de las apremiantes instancias de la oposición, ha eludido en las Cámaras toda clase de declaraciones terminantes relativas á su primitivo programa. Sin duda alguna, razones de estrategia le aconsejarán aplazar para las próximas vacaciones parlamentarias el arreglo de los detalles de esa conferencia europea, siendo siempre más fácil imponer un hecho consumado que el hacerlo aceptar anticipadamente.

Sin embargo, toda la habilidad del liberal Gabinete inglés no ha bastado para impedir que Lord Granville ante Mr. Waddington, y Lord Lyons ante Mr. Jules Ferry, hayan reconocido, según versiones que parecen exactas, que las cuestiones políticas «no pueden en absoluto excluirse de las discusiones del próximo Congreso europeo.» Es natural que así suceda.

* * *

De todas maneras es difícilísima la situación del Ministerio inglés. Ya en el voto del Parlamento relativo á la proposición de censura presentada por sir Michaëls Hicks Beach, Lord Gladstone no obtuvo más que una mayoría de veinticinco votos, y los periódicos de la oposición conservadora observan que si los diputados irlandeses, que de ordinario votan con Parnell, hubiesen respetado la consigna, el Gabinete Gladstone no existiría á estas horas.

¿Cederá Lord Gladstone el poder, como muchos suponen, á Mr. Goschen y á Lord Derby, que constituirían un Gabinete de transición para preparar la subida de los conservadores? Las conjeturas de los periódicos de Londres siguen siendo en extremo contradictorias, y es lo cierto que el carácter del actual primer Ministro de Inglaterra se presta poco á tales heroísmos.

«Todo por alcanzar el poder y para conservarlo,» parece

la divisa del que se dice heredero de Pitt y de Pálmerston. Sus últimos discursos lo justifican. Lord Gladstone declara que no quiere hacer la guerra al Mahdí, porque... esta guerra implica hostilidades contra un pueblo que lucha por conquistar su libertad. Declara que la oposición conservadora sólo se interesa por el General Gordon para alcanzar el poder, y puesto que los conservadores quieren que se auxilie á dicho General inmediatamente, él aplaza para octubre el envío de los socorros necesarios... ¿Puede explicarse tal sentimentalismo?

La escuadra inglesa, bombardeando á Alejandría, respetaba sin duda la libertad ajena. El atrevido arranque de Gordon yendo á encerrarse en Khartum por patriotismo y por orden de su Gobierno, constituyéndose prisionero y arrostrando la muerte, es por lo visto un acto que sólo aprovecha á los conservadores, y es conveniente que la agonía que lamentaba sir Michaël Hicks Beach continúe durante los meses de verano, puesto que los adversarios políticos manifiestan anhelo de que cese desde luego. ¡Singular manera de discurrir si los conceptos políticos significasen siempre lo que expresan!

De aquí al mes de octubre, el Mahdí habrá asaltado con sus fuerzas ó habrá rendido por hambre la ciudadela donde se ampara el héroe inglés, y cuando las cabezas de Gordon y de sus compañeros hayan sido levantadas de la sangrienta arena por las picas de las feroces huestes, como un reto á la dominación británica, Lord Gladstone dirá, como puritano fatalista, que los designios de Dios son inmutables y que el partido que tiene la honra de representar sigue siendo el más digno de regir los grandes destinos políticos de Inglaterra.

A última hora se da como seguro que el Gobierno otomano ofrece á Lord Dufferín enviar unos diez mil hombres de tropas regulares turcas á Djeddah y á Hobeida, junto á Suakim y Massuah, teniéndolas dispuestas á dirigirse al Sudán. Este cuerpo expedicionario, solicitado por Inglaterra, cruzaría el mar Rojo y desembarcaría en Suakim. El ejército turco, después de haber vencido al Mahdí y restablecido el orden en el Sudán, se retiraría del país, y así que las tropas de Constantinopla hubiesen evacuado el Sudán, los ingleses se

retirarían igualmente de Egipto, dejando el pachalik del Nilo con sus dependencias bajo la soberanía del Sultán, en el mismo estado en que se encontraba con anterioridad á la guerra.

Todos estos rumores no pasan tal vez de buenos deseos en los optimistas que trabajan por el triunfo definitivo de la política inglesa á orillas del Nilo, dominado ya hasta cierto punto por una flotilla de vapores ingleses.



La otra tempestad, que arreciaba por el lado de la China, ha desaparecido. Se ha firmado el tratado de Tien-Tsin por el comandante Fournier, nombrado para este objeto plenipotenciario de la República francesa. El Ministro Mr. Jules Ferry ha leído su texto en el Parlamento francés. La dominación francesa es un hecho en el Tong-King.

Por el art. 1.º Francia se obliga á proteger las fronteras meridionales de China, limítrofes del Tong-King, contra todo ataque de cualquiera nación y en todas circunstancias. Por el art. 2.º, la corte de Pekín se compromete á respetar ahora y en lo futuro los tratados hechos directamente ó que se hagan entre Francia y el Annam, mediante el compromiso de los franceses de que en dichos tratados no se inserte nunca ninguna expresión capaz de aminorar el prestigio del Celeste Imperio. Es decir, que China no renuncia á su derecho de soberanía en el Annam. El art. 3.º concede al Gobierno chino otra satisfacción de amor propio: Francia se declara agradecida á la conciliadora actitud de China y rinde un tributo de homenaje á la patriótica sabiduría de Li-Hung-Chang.

Tal es tratado que principia por lisonjear á los chinos, hablando en primer lugar de las obligaciones que incumben á Francia, obligaciones que pudieran extraordinariamente complicarse, involucrando responsabilidades políticas y militares de cuantía y muy difíciles de prever en estos momentos, y no concediendo más ventaja aparente á la República que la demolición de las barreras comerciales que cerraban á las ex-

portaciones francesas las tres provincias del Imperio limítrofes del Tong-King.

Apesar de todo, la lectura del tratado y los prolijos comentarios del Sr. Ferry han sido acogidos con notoria frialdad por la Cámara francesa. Se había acariciado la idea de imponer al Celeste Imperio una indemnización de guerra; se había hablado de verdaderos monopolios mercantiles y todo resulta problemático y muy incierto.

En el acto mismo en que el Gobierno francés se felicitaba por sus triunfos en Asia tenía que pedir nuevos créditos. Cuando Ferry dejó de hablar, el Ministro de Marina presentaba un proyecto de ley pidiendo 38 millones para el servicio del Tong-King, y anunciaba que muy pronto habría necesidad de aumentar esta suma. Será preciso administrar debidamente las nuevas posesiones, organizar el protectorado, limpiar de piratas el río Rojo y de aventureros el Tong-King, y proteger la frontera meridional de China, lo que ha de costar dificultades, gente, tiempo y dinero.

¿Y las ventajas? Por el tratado de Tien-Tsin, toda la frontera de China, desde Lao-Kai, en el río Rojo, hasta Pa-Kai, en el mar, pasando al Norte de Cao-Bang y de Lang-Son, se encuentra libremente abierta al tráfico y tránsito de los productos, con el derecho de establecer tarifas de aduanas.

Los franceses ven allí para sus capitales una perspectiva de remuneradores negocios, y un mercado sin límites para su industria. Pero, según observa un periódico de mucho alcance, «los extranjeros no pierden el tiempo. El telégrafo funciona activamente entre París, por una parte, y Francfort, Amberes, Nueva York y Londres, por otra. Todas las casas de comercio se mueven, comprendiendo la ventaja de los que se anticipen.»

De suerte que alemanes, holandeses, americanos é ingleses, reclaman participación en el hallazgo. Principalmente Inglaterra no oculta sus pretensiones, y llega á tomar una actitud casi conminatoria. Un telegrama dirigido de Londres á París el 16 de este mes se expresa en los siguientes términos: «Si tres provincias de China quedan abiertas al comercio francés, ¿significa acaso que el comercio inglés que-

de excluído de esta parte de China, que presenta precisamente las mayores probabilidades de nuevos y fecundos mercados? Es imposible suponer que Francia conozca tan mal el carácter de los ingleses para creer que Inglaterra sea capaz de someterse á una exclusión semejante. Sean cuales fueren las cláusulas del tratado de Tien-Tsin, Inglaterra, á falta de otras medidas reparadoras, tendrá que exigir de China condiciones igualmente favorables para su propio comercio.»

Lo cierto es que los ingleses pueden invocar el art. 54 del convenio de 1858, que les aseguró en China los beneficios de la nación más favorecida. También el art. 12 del tratado de 15 de marzo de 1874, firmado por Francia y el Annam, abrió el Song-koi, no sólo á los franceses, sino á todos los extranjeros en general. Y esta disposición fué confirmada y precisada por el art. 1.º del tratado de comercio de 31 de agosto de 1874, que «abre al comercio extranjero, sin distinción de bandera ó nacionalidad... el río Nhi-Ha (Song-koi) desde el mar á la frontera china.»

Ya en una carta, dirigida hace algún tiempo por el Almirante Courbet al Ministro de Marina del Gabinete francés, se indicaban como artículos que podían desde luego importarse útilmente al Tong-King los tejidos de algodón de un solo color ó impresos, terciopelos, lanas comunes, franelas y merinos, paños, mantas, calzado, quincalla, relojería barata, etc. Se trata, pues, en las expediciones militares y en la famosa política colonial de negocios productivos. Es de esperar una nueva reyerta de mercaderes, disputándose la explotación exclusiva de aquellas comarcas del Oriente.



El Gabinete Ferry se ha lanzado resueltamente en el peligroso camino de la revisión constitucional. Toda la importancia del plan de revisión estriba en la forma de las elecciones que destruyen la inamovilidad y en las prerrogativas del Senado, que no ha de entender en los presupuestos.

Llama la atención en estos momentos en Francia el estudio de este asunto publicado por un senador de la mayoría, Mr. Bezerian, que no coincide exactamente con el proyecto del Gobierno. Acepta, sí, el principio de la proporcionalidad entre la cifra de la población y el número de los delegados que han de formar con los electores de derecho el colegio senatorial; consiente la supresión de las preces públicas, pero no la de los senadores vitalicios ni el menoscabo de sus atribuciones en los presupuestos, exigiendo la institución de senadores *parlamentarios*, nombrados por mayoría absoluta en ambas Cámaras constituídas en colegio electoral distinto, y limitándose á cinco años el mandato de los elegidos.

El folleto de Mr. Bezerian pone en evidencia que no sólo está el Ministerio en desacuerdo en esta cuestión con los republicanos radicales, partidarios de la revisión absoluta, sino también con los republicanos moderados, partidarios de la revisión limitada. En tales condiciones es fácil prever que el proyecto ministerial ha de encontrar tanta oposición en la Cámara de los Diputados, por parte de los intransigentes, como en el Senado por parte de los moderados. Demasiado conservador en una parte, será demasiado radical en la otra.

Ante la mala impresión producida por su proyecto, el Gabinete anuncia ya que juega su existencia en esta obra de la revisión, haciendo de ella cuestión de confianza. ¿Cuál será el resultado de la nueva empresa del Sr. Ferry?

Entretanto que se preparan así los días de la gran lucha, sigue discutiéndose con calor la ley del divorcio, que no tardará, al parecer, en implantarse con todas sus consecuencias y como antirreligioso remedio á la inmoralidad que corroe las entrañas y agota las fuerzas honradas de la moderna Babilonia.

*
* *

Ocupa largas columnas en la prensa de París la ruptura del Príncipe Víctor con su padre el Príncipe Jerónimo, hoy representante hereditario de la dinastía napoleónica. Dícese

que el joven Príncipe Víctor ha recibido, gracias á la liberalidad del testamento de una señora llamada Auban-Moët, la suma de dos ó trescientos mil francos, y se ha instalado en la calle Monceau, separándose definitivamente de la casa de su padre.

Un periódico monárquico, *Le Gaulois*, publica una carta en la que se supone que las disensiones no son más que aparentes, y que los rumores que se propagan son el primer acto de una comedia política que conviene poner en claro.

Dice que nunca el Príncipe Napoleón y su hijo han estado más de acuerdo que en estos momentos, y que su aparente separación es el resultado de una conducta convenida para desorientar á la vez al Gobierno de la República y al partido monárquico.

La actitud republicana que ha tomado el jefe de la familia Bonaparte y las ideas radicales y anticatólicas de que en varias ocasiones ha hecho alarde, constituyen una verdadera renuncia á la imperial herencia. Pero, al mismo tiempo, el Príncipe quiere reservar intacta en su personalidad esta herencia y en beneficio de su hijo, siendo con este fin que ambos han separado sus existencias materiales, por más que sea el mismo padre el que ha instalado á su hijo en la calle de Monceau en condiciones convenientes y con todo el aparato requerido. El Príncipe Víctor no tiene ninguna fortuna personal, y tal vez el rumor que ha corrido, sin ningún fundamento, de que una persona particular acababa de legarle una fortuna considerable, forma parte de las precauciones tomadas para dar mayor verosimilitud á la comedia convenida.

El Príncipe Napoleón no abdica, pues, ni piensa abdicar en manera alguna; pero al mismo tiempo que conserva su situación al frente de la familia, guardando su actitud personal, quiere para lo que pueda suceder que el Príncipe Víctor tenga también la suya. El Príncipe Napoleón sabe que no es ya joven y no ignora que padece una enfermedad con la que puede vivir mucho tiempo, pero que puede también tomar de repente un carácter más serio. No se le oculta la gravedad de los golpes que ha inferido al partido imperialis-

ta, y como no le conviene retroceder personalmente, obliga á su hijo á lo que por sí propio no puede.

¿Será verdad el secreto de este desdichado *imbroglio*? Lo cierto es que con ello poco ganan los sentimientos de cariño y las esperanzas de los verdaderos imperialistas en Francia.

*
* *

Terminemos este ligero relato con una observación acerca de las manifestaciones psíquicas de la libertad. Sorprende más cada día el hecho de que, mientras los propagandistas de varias sectas, en consorcio con los que declaradamente se proclaman apóstoles del ateísmo, asestan rudos golpes á las creencias, los católicos de Europa sigan dando más altos ejemplos de constancia.

En el mismo París, donde la literatura acaba de consagrar un ruidoso poema á la blasfemia, la Asociación de católicos celebra su asamblea anual en los locales de la Sociedad Geográfica, y periódicos profundamente republicanos no escatiman sus simpatías á los hombres de fe que se reúnen para reivindicar los derechos imprescriptibles de la libertad de conciencia, pisoteados por los fanáticos de la nada que invocan el pretexto de libertad de pensar.

También los estudiantes católicos de Italia piensan reunirse en congreso, eligiendo la ciudad de Turín para celebrarlo.

En Alemania, una importante discusión religiosa acaba de suceder en el Reichstag. El Sr. Windthorst, el incansable leader del partido católico, ha defendido una proposición para que se revisasen inmediatamente las leyes político-elesiásticas. La Cámara prusiana ha rechazado la moción por 168 votos contra 116; pero el Ministro de Cultos ha declarado, en forma en extremo cortés, que la ley votada el año último le parecía suficiente para llegar á una completa inteligencia en este asunto y que estaba dispuesto á tomar otras medidas más conciliadoras todavía.

Los católicos de Bélgica acaban de obtener señalados triunfos en las recientes elecciones provinciales.

Y mientras que las grandes potencias católicas parecen desinteresarse del asunto de la propaganda de la fe, cuyo carácter internacional pretende desconocer el Gobierno de Roma, convirtiendo los bienes de aquella obra en rentas del Estado, un país donde el catolicismo está en debil minoría, pero donde se profesa el culto del derecho y de la libertad, Holanda, da la primera señal de las protestas. Una comisión de senadores y diputados católicos se ha presentado al Ministro de Negocios extranjeros de La Haya con un documento en la forma que trascribimos:

«Los que suscriben, miembros de la segunda Cámara de los Estados generales, creen poder poner en conocimiento de V. E. lo que sigue:

»Con profunda pena han sabido la sentencia dada el 29 de enero de 1884 por el Tribunal de Casación de Roma, en el litigio seguido entre la Congregación de la Propaganda Fide y el comisario real para la liquidación de los bienes eclesiásticos.

»En virtud de esta sentencia, serán puestos á la venta pública los bienes de dicha Congregación, y el producto se convertirá por el Gobierno en obligaciones *inalienables* de la deuda nacional italiana ó en otras, perdiendo la Congregación la libre administración de su capital y disponiendo solamente de las rentas de las citadas obligaciones.

»Los que suscriben se adhieren de todo corazón á las protestas que sobre este asunto ha hecho oír varias veces la Santa Sede, y consideran también la sentencia del tribunal como una nueva agresión contra derechos inalienables, una violación de libertades indispensables, una traba al libre ejercicio del poder espiritual.

»Como católicos neerlandeses, se creen obligados á llamar la atención de V. E. sobre esta cuestión, porque las relaciones entre la Santa Sede y los católicos de los Países Bajos y de sus colonias están reguladas por la Congregación de *Propaganda Fide*. Es, por tanto, un interés superior para la Santa Sede, que la libertad é independendencia de esta Congregación estén al abrigo de toda duda y garantidas aun contra

toda sospecha. Y la primera condición para una independencia completa y real, es la libertad de posesión y la libertad de la administración.

»Por estos motivos, los que suscriben abrigan la esperanza de que el Gobierno del Rey adoptará en esta cuestión (de concierto con otras potencias ó separadamente) las medidas que considere conducentes y oportunas para defender y proteger los derechos de sus súbditos católicos.»

El Ministro ha prometido á la comisión de senadores y diputados de Holanda que el Gobierno se ocuparía activa y preferentemente de este importante asunto.

No han muerto todavía los sentimientos levantados y generosos en el alma de los pueblos.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

José Jordana y Morera.—*Notas sobre los alcornoques y la industria corchera de la Argelia.*—Publicación oficial del Ministerio de Fomento.—Madrid, 1884. Imp. del Colegio nacional de sordo-mudos y de ciegos.—Un vol. en 4.º de XXII-168 páginas con 9 láminas en negro.

Con los datos recogidos por sí mismo en la Argelia, con los publicados por el ingeniero francés Sr. Lamey y con los inéditos del ingeniero Sr. Marmín, también del cuerpo forestal de Francia, ha formado el Sr. Jordana y Morera, ingeniero jefe de montes y autor de otras publicaciones forestales y agronómicas, el libro de que damos cuenta en este lugar, en el cual ha reunido una porción de datos tan curiosos como nuevos, acerca de las condiciones dasonómicas del alcornoque y del tratamiento de los montes que dicha especie constituye, comparando además los resultados ob-

tenidos en la Argelia con algunos de los que se han observado en los alcornoques andaluces, montes que presentan gran semejanza con los africanos.

Se trata en dicho libro de la conveniencia del conocimiento de los alcornoques, de las principales publicaciones que tratan de aquel árbol, de sus condiciones naturales, de la corchabilidad, turno, producciones, método de beneficio y plan de aprovechamiento, recolección del corcho, curtido, madera, leña y carbón, mejoras, cultivos, daños causados por los insectos, microfitos é incendios, aplicaciones del corcho, fabricación de tapones, plantillas ó suelas, y rodajas para ferrocarriles, etc., terminando con unos datos estadísticos sobre el comercio del corcho y sobre la extensión de los alcornoques argelinos.

Es la primera vez, que sepamos, que se publican en España representa-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

ciones gráficas de las máquinas para trabajar el corcho, cuyo conocimiento conviene no descuidar, porque este ramo de la mecánica aplicada hace muchos progresos en la Argelia, y mayores aún en los Estados Unidos, donde todos los objetos de corcho se elaboran por medio de máquinas especiales, muchas en número ya, y desgraciadamente, desconocidas casi todas en España.

Reviste, por lo tanto, el libro del Sr. Jordana y Morera novedad é interés, conviniendo que fijen en él su atención los ingenieros, propietarios é industriales, que de un modo ú otro han de entender en todo lo que se relaciona con los alcornoques y la producción del corcho.

Se distingue además el libro en cuestión por la claridad y corrección del lenguaje, y por sus excelentes formas tipográficas.

No deben escasearse los elogios al Ministerio de Fomento que ha hecho la publicación, porque se trata de un libro de reconocida utilidad. Este es uno de los medios de que disponen los centros oficiales para proteger el progreso científico y material de nuestros elementos de riqueza. Nosotros quisiéramos ver marchar por ese camino siempre á los jefes de los departamentos ministeriales.

X.

*
* * *

Gimnástica civil y militar,
por D. *Francisco Pedregal Prida*,
teniente de Infantería; obra ilustrada
con 185 grabados. Su precio, 5 pesetas en casa de D. Francisco Bueno, plaza de Bilbao, 5; en la calle de la Libertad, 16 duplicado, imprenta, y en las principales librerías.

Mens sana in corpore sano, se dijo

hace muchos siglos, y á fe con sobra de razón. Un cuerpo enfermizo y débil con dificultad podrá abrigar un espíritu firme, por más que la excitación del sistema nervioso supla la falta de salud en ocasiones, así como la robustez deja lugar al entendimiento para ejercer sus facultades sin estorbo. La naturaleza, sabia maestra en cuanto nos conviene, cuando prestamos atención á sus lecciones, nos manifiesta la importancia de la gimnástica. Los niños, apenas pueden tenerse en pie, auxilian el desarrollo de sus fuerzas ejercitándose en la carrera, el salto, la lucha, trepan á los árboles, arrojan piedras, y si á mano hallan el mar ó río, naturalmente se adiestran en la natación.

Para los que se dedican á la carrera militar la necesidad de los ejercicios corporales no ofrece duda. «Buscadme soldados fuertes, que yo les haré valientes,» decía el famoso Pirro á sus reclutadores, y al cabo de tan remotos años el encargo sería oportuno.

Es cierto que hoy la fuerza muscular no tiene la importancia decisiva en las batallas que tuvo en lo antiguo; pero á quien falte resistencia en las marchas, sufrimiento contra el hambre y la sed, fortaleza para sobrellevar la lluvia, el calor y el frío, mal podrá suponersele las cualidades inherentes á un hombre de guerra. ¡Cuántas veces se ha malogrado una operación importante por enfermedad repentina del General en jefe! Muchos ejemplos pudieran encontrarse en todas las naciones militares del mundo.

El mejor elogio que se puede hacer de esta publicación es el prólogo del Sr. Navarrete, que la acompaña. En él se demuestra, no sólo las ex-

celencias de la gimnástica, sino el profundo conocimiento con que el Sr. Pedregal trata la materia, relacionándola con los progresos y el porvenir de la patria. Los proyectos gubernativos para el establecimiento de gimnasios, la inclusión de la gimnasia entre los primeros estudios y la necesidad de que durante el servicio militar adquieran los individuos el conveniente desarrollo, han sido los principios en que el Sr. Pedregal se ha fundado para el método de su trabajo, para el orden militar á que lo sujeta, y que es igualmente recomendable en los gimnasios civiles que en los campos de instrucción. Este orden lo recomienda á su vez el distinguido prologuista, que funda el mérito del libro en la progresiva dificultad que, á medida que se avanza en las lecciones, van adquiriendo los ejercicios, sin instrumentos ni máquinas primero, con máquinas é instrumentos luego; lo completo de los trabajos, la claridad de las explicaciones, las figuras que acompañan y aclaran el texto de la obra y el ser ésta la única en su clase que trata de la gimnástica.

El libro empieza por una curiosa serie de apuntes para la historia de la gimnasia, su utilidad, condiciones de local y régimen de los ejercicios; la primera parte comprende los ejercicios de agilidad sin instrumentos; la segunda los ejercicios con instrumentos, y la tercera los ejercicios de aplicación.

La obra, sobre ser muy recomendable por su asunto, método y autoridad de su autor, llena también otra de las exigencias de la tipografía moderna: la de estar muy bien presentada.

*
* *

Arboles frutales.—Cultivo en macetas de los enanos y miniaturas, ó el huerto de los balcones, por *don Diego Navarro y Soler*.—Un tomo en 8.^o francés con 59 grabados. Diez reales en Madrid, y 12 en provincias.

Todo cultivador versado en los diferentes conocimientos agrícolas, aprecia las muchas obras del Sr. Soler en la materia, por su gran utilidad en nuestro país, donde no abundan las de su género, y tanta aplicación tienen; pero á la sazón el autor ha tomado otro camino en la obra que anunciamos, combinando el recreo con la utilidad, porque utilidad presta difundiendo el buen gusto entre las señoras y clases acomodadas, por el cultivo de los árboles frutales en tiestos, dando origen á una industria que ha de tomar importante desarrollo á medida que se generalice la decoración y ornamentación de mesas, escalinatas y avenidas de comedores con frutales en miniatura que constituyen una afición delicada, tan propia de una señorita como del hombre sabio y estudioso.

Hemos dejado á los belgas é ingleses que nos arrebatan la palma en punto tan esencial, siendo así que la situación geográfica y las circunstancias climatológicas de nuestra Península nos debieran asegurar los primeros premios en los concursos internacionales; hora es ya de remediar este descuido. El Sr. Soler nos ha dado la pauta; sigámosla con fe, que la tarea es agradable y honrosa.

*
* *

Prolegómenos del Derecho.—No hace mucho publicó esta misma obra el catedrático y rector de la Universidad *D. Francisco de la Pisa*

y *Pajares*; fué recibida con aceptación, y más debe serlo ahora que la presenta reformada y aumentada con más de 100 páginas de extensas ilustraciones, que la práctica ha hecho conocer son necesarias.

Como el libro sólo ha de andar en manos de quien conozca su índole y objeto, excusado fuera detenerse á explicar su contenido, pues sabido tiene, aun el estudiante de primer año, que siendo los prolegómenos parte de la filosofía, versan necesariamente sobre cuestiones elevadas y difíciles, y por tanto dignas de ser tratadas por sujeto de ciencia y experiencia, cual reúne el ilustrado rector de la Central.

Se vende á 5 pesetas en la casa editorial de Góngora, calle de San Bernardo, 50, segundo.

*
* *

Nociones de bibliografía y literatura jurídica de España, por *D. Manuel Torres y Campos*; un tomo en 8.º Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias al precio de 3 pesetas.

Sin otro mérito que la novedad, fuera digno de examinarse el libro que anunciamos, pues es lo cierto, según decía el Sr. Gómez de la Serna, que la historia de nuestra literatura jurídica está por hacer: materiales encontramos para ella esparcidos en muchos libros, pero sin relación, sin dependencia, sin estar dominados por el pensamiento de marcar la senda difícil y laboriosa por la que hemos llegado al estado presente.

Siendo esto así, elogio merece quien á costa de ímprobos desvelos ha conseguido reunir esos materiales, proporcionando al alumno noticias

que le faciliten consultar libros inspirados por diversas escuelas, y de este modo ampliar y confrontar las enseñanzas que ha de recibir en las aulas.

*
* *

El Crédito agrícola.—Informe de la Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Santiago, redactado por el socio numerario *D. Joaquín Díaz de Rábago*.

Un cuaderno de 328 páginas en 4.º El siguiente y último cuaderno, que se publicará á la mayor brevedad, contendrá, cuando menos, 200 páginas. Se vende el Informe completo en toda España á 7'50 pesetas pagadas al adquirir este primer cuaderno.

Responde este Informe á un interrogatorio formulado por el Ministerio de Fomento, anejo á un real decreto, fecha 17 de enero de 1881, que ordena una amplia información para el establecimiento del crédito agrícola en España.

No titubeamos en decir que tal vez no se ha publicado en nuestro país obra de mayor utilidad para la agricultura práctica desde hace muchos años, aun teniendo presente la famosa Ley agraria de Jovellanos. Comenzando el ponente por la subdivisión de la propiedad en Galicia, población agrícola y salarios, entra después en consideraciones generales que tienen aplicación eterna y otras son de urgencia suma para toda España.

Considerando el crédito agrícola bajo sus diversas fases, se explica su historia, vicisitudes, adelantos, estado actual en Europa, y particularmente en la Península, y hace más: el ponente detalla sus vicios y presenta el re-

medio, ofreciendo ejemplos de lo que se ha hecho para ello en varias partes y se proyecta en otras.

La pavorosa cuestión social, las agitaciones agrarias de Irlanda y Escocia se tratan también, así como no se olvidan los meritorios esfuerzos de la Iglesia católica en beneficio de la fundación de Bancos y Montes de Piedad para los labradores pobres, que desde muy antiguo fueron objeto del constante celo de algunas comunidades religiosas.

Con esto y reseñar el tránsito de los Pósitos á Bancos agrícolas, y como puede favorecerlos el Gobierno, termina el primer cuaderno del Informe (tomo voluminoso más bien), cuyo estudio es indispensable en las presentes circunstancias, si ha de conocerse á fondo la situación de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y procurar su mejora, dando solución al grave problema socialista al par que mejorando y aumentando la producción de nuestros ricos frutos.

*
* *

Memoria del Instituto Geográfico y Estadístico.—Tomo IV, en folio, de excelente impresión.

Dos años hace que se publicó el tomo tercero de esta colección de Memorias, y son no obstante de gran valía los numerosos trabajos realizados en este intervalo por el personal del Instituto Estadístico.

Merecen ser mencionados especialmente por su importancia excepcional, á la par que por su novedad en España, la determinación de la intensidad de la gravedad por medio del péndulo de inversión, la medida de diferencia de longitudes geográficas

con auxilio del telégrafo eléctrico y el resultado definitivo del censo de la población en todos los dominios españoles.

Comienza el volumen con una Memoria metrológica-geodésica y termina con otro que se refiere á la misma materia.

Si de los trabajos geodésicos y metrológicos de primer orden se pasa á los que tienen por objeto final la representación de nuestro territorio, resultará que éstos han avanzado en la misma proporción que aquéllos.

En fin, la Memoria es un elocuente testimonio de la utilidad científica del Instituto y del saber y competencia de su director general el Excmo. señor D. Carlos Ibáñez.

*
* *

Estadística general de primera enseñanza, correspondiente al decenio que terminó en 31 de diciembre de 1880, publicada por la Dirección general de Instrucción pública.

Los documentos examinados para formar esta obra ascienden á 40.253 en la forma siguiente: 50 resúmenes formados por los inspectores, con los 23.132 interrogatorios devueltos por los maestros y maestras de las escuelas públicas, y 6.996 de las escuelas privadas, unidos como justificantes: 50 resúmenes de las Juntas provinciales de Instrucción pública, con los 9.314 interrogatorios devueltos por los locales, y unidos por la misma razón; 185 interrogatorios contestados por los inspectores, por las Juntas provinciales, por los jefes de los establecimientos de sordo-mudos y de ciegos, y por los directores y directoras de las escuelas normales de maestros y maestras, y 826 relacio-

nes de los expresados funcionarios, sobre diferentes datos pedidos en diferentes circulares.

Las diversas partes que forman la estadística, son: Escuelas.—Maestros.—Alumnos.—Fondos, gastos y emolumentos.—Congregaciones religiosas y asociaciones.—Sordo-mudos y ciegos.—Juntas provinciales.—Inspectores.—Juntas locales.—Escuelas normales de maestros.—Idem de maestras.—Siguen 105 cuadros gene-

rales de la Estadística y 9 Apéndices que forman parte de la misma.

De lo que resulta, según puede comprenderse, un trabajo detallado y completo del estado de la primera enseñanza en 1880, cual pudiera desear el investigador más escrupuloso, para quien el tomo en gran folio que le contiene será un testimonio demostrativo de los adelantos realizados en la materia entre nosotros.

D. CH.

